HARLEQUIN™

# Jazmín™

## El amor más hermoso

Trish Wylie

El amor más hermoso
Trish Wylie

# Capítulo 1

Una raqueta de tenis fue lo primero que encontró, aunque lo cierto es que le hubiera servido cualquier cosa. Parecía milagroso que hubiera oído el ruido con la tormenta que hacía fuera. Pero el hecho de estar pasando su primera noche en aquel caserón con la única compañía de su hija, y el grosor de aquellos muros, que amortiguaba el ruido de los truenos, habían aguzado los sentidos de Rhiannon MacNally. Estaba claro que había alguien en la casa. Lo supo con seguridad cuando llegó al último escalón y percibió un movimiento. Un escalofrío le recorrió la espalda. Ir a averiguar de quién se trataba no era probablemente la mejor idea que había tenido en su vida. Detestaba a las heroínas de las películas de terror, que siempre se metían en la boca del lobo. Pero, maldita sea, aquélla era su casa, y no estaba dispuesta a agazaparse en su dormitorio.

Así pues, pasando por alto la piel de gallina y el frío que se le colaba por los pies al contacto con el gélido suelo de pizarra, atravesó de puntillas el recibidor de espaldas a la pared, blandiendo la raqueta firmemente con ambas manos.

Se quedó paralizada, con el pulso latiéndole violentamente. Ahí estaba el ruido de nuevo, sólo que esa vez le había parecido oír claramente un traqueteo seguido de una apagada imprecación, como si alguien se hubiera golpeado contra un mueble de la cocina. Tragó saliva, se humedeció los labios con la lengua y se acercó sigilosamente hacia la puerta. Esta se abrió justo en el momento en que acercaba la mano al picaporte. Conteniendo un grito, izó la raqueta, dispuesta a golpear a quienquiera que apareciera tras ella. La sombra se movió hacia Rhiannon y ésta, echándose a un lado, arremetió con fuerza enfilando la raqueta hacia donde consideró estaría la cintura del intruso, pero dispuesta a apuntar más abajo en caso necesario. Nada más oír el grito de dolor supo inmediatamente que se trataba de un hombre. Mascullando una maldición, él agarró un extremo de la raqueta y, torciendo el brazo de Rhiannon, la empujó contra la gélida pared.

—¡Pero qué diablos…!

Había cometido un gran error.

—¡Déjeme en paz! —protestó mientras forcejeaba con todas sus fuerzas—. He llamado a la policía; estará a punto de llegar. Así que más le vale largarse de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Aquello era mentira. Lo cierto era que no había sido capaz de encontrar el móvil en la oscuridad, pero él no tenía por qué saberlo.

—¿Rhiannon?

El sonido de su propio nombre en un tono tan brusco y retumbante la inmovilizó. De pronto, percibió una fragancia que, tras colársele por la nariz, le atenazó la garganta. Aquel olor a canela y a algo más que le resultaba familiar y que reconoció inmediatamente.

Rhiannon conocía aquel aroma, aun después de diez años. No había conseguido olvidarlo, a pesar de sus intentos. ¡Y ahora él estaba en su casa! ¡Y la tenía atrapada contra la pared! ¡Aquello tenía que ser una pesadilla!

—¡Kane! —fue una afirmación más que una pregunta, pues sabía perfectamente quién era—. ¿Qué estás haciendo aquí?

El enorme cuerpo del hombre seguía apretado contra el de ella; su cálido aliento le hacía cosquillas en la frente. Aquel olor despertaba tantos recuerdos… Sintió rabia.

—¡Suéltame! —insistió.

—Sólo si me prometes no volver a atizarme con eso que tienes en la mano.

—Has tenido suerte de que no te diera con algo más grande y de que no apuntara más abajo. ¡Me has dado un susto de muerte! ¿Qué demonios haces aquí en mitad de la noche? ¿Cómo te las has arreglado para entrar? ¡No tienes derecho a entrar en esta casa!

Él adoptó un tono burlón.

—¿Y por qué no? A mí me han invitado a esta casa tantas veces como a ti en los últimos años. ¿Qué te hace pensar que no tengo cosas aquí que me pertenecen?

La pregunta la desconcertó durante unos instantes. Sintió una oleada de pánico en la boca del estómago y respiró hondo varias veces. ¿No se estaría refiriendo a…?

Rhiannon dejó de forcejear. Suspiró profundamente mientras intentaba ordenar sus pensamientos.

—Brookfield es mi casa. Y no puedes entrar en ella cuando te venga en gana ahora que Mattie no está. Podrías haber venido a buscar tus cosas en plena luz del día o, mejor aún, hacer que te las enviaran.

De esa manera, ella no tendría que haberlo visto.

—¿Cómo has entrado? ¿Has roto la cerradura? Porque si lo has hecho…

—Tengo una llave.

¿Desde cuándo tenía él una llave?

—Pues dámela ahora mismo. Y haz el favor de soltarme.

Hubo una larga pausa antes de que se apartara de ella. Se estremeció al notar una corriente de aire frío donde antes había sentido la calidez del cuerpo masculino.

—Ahora en serio. ¿A qué has venido? Porque yo no te he invitado.

—Tenemos que hablar —explicó él tras una breve pausa.

Rhiannon lo miró sorprendida mientras se dirigía hacia la puerta. Hablar con él en la oscuridad la desconcertaba.

—No tenemos nada de qué hablar. Y aunque lo tuviéramos, que no es el caso, existe un aparato que se llama teléfono. Podrías haberme llamado en lugar de darme un susto de muerte en mitad de la noche. A esto se le llama allanamiento de morada, ¿sabes?

—No si se utiliza una llave. Se me ha pinchado una rueda; por eso no he podido llegar antes —explicó mientras Rhiannon palpaba la pared de la cocina en busca del interruptor.

—Me habían dicho que no estarías aquí hasta dentro de una semana.

¿Qué demonios le importaba dónde estuviera ella? Frunció el ceño al ver que la luz no se encendía a pesar de haberle dado al interruptor.

—Ya he intentado encenderla yo; debe de tratarse de un apagón.

Genial. Se echó hacia un lado y se golpeó la cadera con el borde del aparador, lo que le hizo gemir de dolor. Y allí estaba Kane otra vez, sosteniéndola entre sus brazos. Le iba a hacer falta un poco de luz si quería evitar tanto contacto físico fortuito. La lluvia golpeaba los cristales de la cocina. La voz de barítono de Kane retumbó junto a su oído, en un tono ligeramente irritado.

—¿No hay velas por aquí?

—Sí —respondió sacudiendo los hombros para desasirse de él. Más le valía que hubiera. Apartándose de él, palpó el aparador, abrió uno de los cajones y comenzó a remover su contenido con fastidio. No recordaba haber visto velas o cerillas en ninguna de las cajas que había desempaquetado aquel día, que se estaba convirtiendo en uno de los más largos de su vida. ¡Pero tenía que haber en algún sitio! Brookfield llevaba siglos ubicada en una zona aislada. No podía creerse que fuera la primera vez que se producía un apagón durante una Nochevieja tormentosa. Oyó que Kane revolvía los cajones y, durante unos minutos, ambos se afanaron en la búsqueda de las velas en silencio. Por fin Rhiannon encontró lo que buscaba.

—Aquí están.

Se oyó un traqueteo desde el otro lado de la gran estancia.

—Tengo cerillas. Quédate dónde estás; ya voy yo para allá.

Ella se quedó inmóvil, conteniendo el aliento y abriendo mucho los ojos, en un intento por verlo en la oscuridad. Pero no le hacía falta percibirlo con la mirada; su fragancia lo precedía. Él encendió una cerilla y acercó la llama a la vela que ella sostenía entre sus manos. La claridad repentina le hizo guiñar los ojos. Lo observó a la cálida luz de la vela. Había envejecido, al igual que ella, pero seguía conservando la áspera belleza de antaño. Evitarlo durante todo ese tiempo no le había resultado fácil, pero de alguna manera lo había conseguido hasta el funeral de Mattie. Y aquel día había tenido cosas más importantes en las que pensar, por lo que no había tenido tiempo de fijarse en su apariencia. Ya no le importaba. Pero en ese momento, estando tan cerca de él, no le quedaba más remedio que mirarlo.

En la semioscuridad sus ojos parecían de color negro, en lugar del azul zafiro que ella recordaba, pero su mirada seguía siendo tan insondable como lo había sido antaño.

—¿Quedan más velas?

La pregunta le hizo apartar la mirada, pero la imagen de él quedó grabada en su mente. Rhiannon supo que aunque aquella vela se apagara, ella seguiría viéndolo en su imaginación: el brillo de su cabello corto y castaño oscuro, que caía en mechones cortos sobre su frente; las cejas espesas, enarcadas mientras la miraba con detenimiento, las largas pestañas que enmarcaban sus ojos; la nariz recta y esa boca sensual cuyas comisuras se curvaban hacia arriba en un gesto burlón.

Iluminando el cajón, siguió buscando velas. Finalmente, y después de aclararse la voz, le preguntó en un tono gélido:

—Bueno, ahora dime qué quieres. Cuanto antes lo hagas, antes podrás marcharte.

—Ya te lo he dicho. Tenemos que hablar. La muerte de Mattie ha cambiado las cosas.

—No tenemos nada de qué hablar —intervino ella mientras un escalofrío le recorría la espalda. Más le valía no creer de verdad que tenían algo de qué hablar. ¡Porque llegaba diez años tarde!

—Tenemos que hablar de Brookfield.

¿Cómo?

—¿Por qué? Brookfield no tiene nada que ver contigo. Mattie me la dejó a mí.

—La casa te la dejó a ti —convino en tono inescrutable—, pero yo soy el propietario del terreno. Por eso tenemos que hablar.

¿Qué querría decir con eso? La casa y el terreno iban en el mismo lote; así había sido durante generaciones. Y, aunque la tarea de hacerse cargo de la casa ella sola era abrumadora, no recordaba haber sentido tanta ilusión por nada durante años. Lo consideraba un reto al que entregarse en cuerpo y alma. Brookfield no era una simple casa; era su futuro, el de Lizzie y el suyo propio.

¡Lizzie! Rhiannon no podía permitir que Kane pasara un segundo más bajo el mismo techo que Lizzie.

Él pareció adivinarle el pensamiento.

—¿Está dormida?

¡Maldición! Lo último que quería era mantener una conversación sobre su hija con él. No se dignó a responder.

—¿Qué quieres decir con eso de que eres el dueño del terreno?

Él se encogió de hombros.

—No hay mucho que explicar. La parcela me pertenece. Mattie me la vendió el año pasado.

—¿Por qué? —preguntó sin poder ocultar su incredulidad—. A Mattie le encantaba este lugar; nunca se hubiera deshecho de él en vida.

—No en circunstancias normales —explicó él mientras encendía otra vela—. Pero había estado viviendo por encima de sus posibilidades. Los tratamientos a los que se sometió para curarse eran caros, y no me permitió que le prestara el dinero. Así que compré sus acciones de Micro—Tech y el terreno, con la condición de que nunca lo vendería sin la casa.

¡Aquello era una pesadilla de la que estaba deseando despertarse! ¿Pensaría él acaso que ella tenía dinero para comprarle la casa? Rhiannon trató de calmarse y de ordenar sus pensamientos. Pero sólo podía pensar en una cosa: no había estado en Brookfield ni siquiera un día y ya habían empezado los disgustos. Y, como era el caso con casi todos los problemas en los que se había visto envuelta a lo largo de su vida, tenían algo que ver con el dichoso Kane Healey.

—No era mi intención hablarte de esto en mitad de la noche. Se suponía que tú todavía no estabas aquí. Mañana por la mañana vendrán los de la inmobiliaria a tasar la propiedad.

—¿Has organizado todo eso a mis espaldas?

Él se encogió de hombros.

—Quería tener cifras concretas para que te pudieras hacer una idea del precio.

—Me acabo de mudar. No tengo ninguna intención de volver a hacerlo.

No sólo eso; también había dejado su trabajo y había sacado a Lizzie de su colegio, apartándola de sus amigos y del único hogar que había conocido. No podía volver a pasar por lo mismo. La única razón por la que había sido capaz de tomar la decisión de mudarse era que por fin iban a tener una casa propia.

—Pero no puedes permitirte vivir en una casa de este tamaño.

—¡Tú no eres quién para decirme lo que puedo o no puedo permitirme!

Él frunció el ceño, enojado. Las cosas no estaban yendo como él había planeado. Nunca salían como él quería cuando estaba por medio Rhiannon MacNally. Pero pensara ésta lo que pensara, él no tenía ninguna intención de complicarle la vida. Sabía que él era posiblemente la última persona con la que a ella le gustaría tratar, por no hablar de tener un negocio conjunto. A lo largo de los últimos años le había dejado claro que no quería tener nada que ver con él. Pero también estaba seguro de que ella no podía permitirse pagar por el terreno, por lo que tenía más sentido que él adquiriera la casa y que ella hiciera con el dinero lo que quisiera. Ya no sería asunto suyo. Parecía muy sencillo, pero las cosas se estaban complicando. Había sentido la presión de aquel suave cuerpo contra el suyo. Y aquello le había devuelto recuerdos que creía enterrados en su memoria. Estaba bellísima a la luz tenue de las velas, que se reflejaba en su cabello color caoba, y hacía refulgir sus ojos castaños bajo las largas pestañas. Un halo de luz la rodeaba, realzando su feminidad apenas oculta bajo la bata rosa de seda. Si hubieran sido dos personas diferentes, en otro momento y en otro lugar, la tentación de hacer algo más que departir a la luz de las velas habría sido casi imposible de resistir. Ella siempre había sido peligrosa en ese sentido. Suspiró hondo.

—Es tarde. Dejémoslo para mañana.

Rhiannon lo miró, incrédula.

—No pretenderás quedarte aquí a dormir.

—Por el amor de Dios, Rhiannon, esta casa es muy grande. No volverás a verme hasta mañana a la hora del desayuno —sonrió, burlón—. Te prometo no volver a buscarte en la oscuridad.

La insinuación no contribuyó a mejorar el humor de Rhiannon.

—No quiero verte en el desayuno. Si tenemos algo de qué hablar, puedes venir cuando Lizzie se haya ido al colegio —replicó ella frunciendo el ceño—. Mi hija y yo estamos viviendo unos momentos muy delicados. Sólo me faltaba que empezara a bombardearme con preguntas sobre ti.

A Kane le pareció una excusa poco convincente.

—Entonces esperaré a que se haya ido al colegio, y hablaremos cuando se vayan los de la inmobiliaria. No hay un hotel o pensión en varios kilómetros.

—¡No hay nada de qué hablar! —repitió alzando la barbilla. Durante unos instantes a Kane le pareció advertir una expresión de temor en su rostro a la que no pudo dar una explicación. No entendía cuál podría ser el problema.

—Sí que lo hay —suspiró él con paciencia—. Te guste o no, el terreno y la casa van juntos, y si te empeñas en no vender la casa pero no tienes dinero para comprarme el terreno, tendrás que aceptar que somos socios y que debemos relacionarnos.

Ella lo miró desafiante.

—Preferiría arrojarme por la ventana antes que relacionarme contigo.

Él enarcó una ceja.

—Antes de volver a relacionarte conmigo, quieres decir —repuso advirtiendo que ella se había ruborizado—. Ya lo hicimos una vez, ¿no?

—Eres un auténtico…

—No creo que ése sea un lenguaje digno de la nueva señora de la casa.

Los ojos de Rhiannon relampaguearon de ira y Kane sonrió. La expresión en el rostro de ella dejaba traslucir las ganas que sentía de volver a pegarle. Pero, tras respirar hondo, logró controlarse.

—No quiero discutir sobre esto en mitad de la noche —anunció, cortante—. Así que vete a dormir donde te dé la gana. Pero asegúrate de que Lizzie no te ve antes de marcharse. No tiene ni idea de quién eres, y me gustaría que las cosas siguieran así.

Kane la miró mientras se alejaba.

—¿Y qué demonios importa si se entera de quién soy? Al fin y al cabo no tenemos nada que ver el uno con el otro —preguntó sin poder disimular un deje de amargura.

Rhiannon masculló algo entre dientes mientras se volvía hacia él.

—Es la primera vez en mucho tiempo que estoy de acuerdo con algo de lo que dices. No te acerques a ella, Kane Healey. Te lo digo muy en serio. No quiero que se entere de la clase de persona que eres.

Él frunció el ceño, molesto consigo mismo por haber dejado traslucir su amargura. ¿De qué diablos estaba hablando? Pero antes de poder preguntárselo, ella ya había desaparecido. No la siguió. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan enfadado. Si tuviera un

poco de sentido común estaría manteniendo las conversaciones a través de un abogado. ¿Qué es lo que le había llevado a aparecer por allí en persona? Estaba demasiado enojado como para intentar buscar una respuesta. Lo que sí sabía era que verla había tenido un efecto indeseado en su libido. Tenía que largarse de allí lo antes posible.

# Capítulo 2

—Mamá, ¿me dejarás tener un poni? ¿Y un perro?

Rhiannon sonrió afectuosamente a su hija mientras ambas salían del tenebroso recibidor por la puerta principal. Se encaminaron hacia el jeep, haciendo crujir la grava bajo sus pies. Lizzie, en un intento por ocultar los nervios propios del primer día de colegio, había parloteado incesantemente durante el desayuno que su madre, temerosa de que Kane emergiera de dondequiera que hubiera dormido, había preparado apresuradamente. Si por ella hubiera sido, se habrían comido unas tostadas en el jeep.

—¿Qué te parece si terminamos de instalarnos antes de montar un zoo en casa?

Claro que pensándolo bien, y después del incidente de la víspera, tener un perro no parecía una mala idea. Uno no muy grande, que tuviera un ladrido profundo y amedrentador, y que viviera en la cocina. Al fin y al cabo, estaban las dos solas en un lugar bastante aislado.

—¿De quién es ese coche?

A Rhiannon le dio un vuelco al corazón. Habían estado tan cerca de dejar la casa sin que hubiera preguntas incómodas… Simulando una sonrisa, miró brevemente al elegante y deportivo descapotable que estaba aparcado en el lateral de la casa.

—Es de un amigo del tío Mattie —explicó sin mentir. Al fin y al cabo, Kane había sido amigo de Mattie, y más durante los últimos años que cuando ella los conoció.

Lizzie parecía intrigada.

—¿Y está en casa? ¿Por qué no ha bajado a desayunar? ¿Lo conoceré cuando vuelva del colegio?

No si ella podía evitarlo.

—No, ya se habrá ido para entonces. No sabía que nos habíamos mudado.

—¿Y cómo es? ¿Por qué no se puede quedar hasta que yo vuelva? —preguntó la niña, curiosa—. Podríamos hablar del tío Mattie. Me gustaría.

A Rhiannon se le cayó el alma a los pies. Era normal que quisiera conocer a los amigos de su «tío» favorito, y Rhiannon siempre la había animado a hablar de él. Era saludable. Y, por mucho que a ella le costara tratar el asunto con una niña que todavía no había cumplido los diez años, no quería que ésta

reprimiera sus sentimientos. Pero tampoco quería que hablara con Kane de nada.

—Está muy ocupado. Seguro que cuando vuelvas se ha ido ya.

Se sintió culpable al ver el gesto de desilusión en el rostro de su hija. Sabía que hablar de Mattie reconfortaba a la pequeña en aquellos momentos de inestabilidad.

—¿Qué te parece si después del colegio decidimos qué cuadros del tío Mattie podemos colgar en la biblioteca?

Lizzie se animó un poco y asintió con la cabeza, echándose hacia atrás el pelo largo y oscuro, que llevaba recogido en una coleta.

—Vale.

Hasta que no hubo dejado a Lizzie en su nueva clase, en una escuela muchísimo más pequeña que el colegio de la ciudad al que estaba habituada, Rhiannon no se permitió pensar en lo que tendría que encarar al volver a Brookfield. No le apetecía nada.

Había pasado la noche en vela, tratando de aplacar el odio que él le inspiraba y que le quemaba las entrañas, intentando encontrar una solución al problema que se le presentaba. Agarrando con rabia el volante, atravesó la enorme verja de hierro forjado que anunciaba que había llegado a Brookfield.

Se suponía que ser la propietaria de la casa y de las hectáreas de terreno que la rodeaban debía ayudar a Rhiannon y a su hija a centrar sus intensas emociones en algo que no fuera la muerte de Mattie. Se suponía que aquello debía ayudarlas a mirar hacia delante, y no hacia atrás, sin que ello significara olvidar a la única persona que las había ayudado cuando más lo habían necesitado. Por fin tenían un futuro prometedor por delante. Las dos, luchando contra el resto del mundo.

Mientras atravesaba la amplia avenida bordeada de árboles altísimos y desprovistos de hojas, recordó el tono amargo que había advertido en la voz de Kane cuando éste preguntó qué importaba si Lizzie se enteraba o no de quién era él. Tenía que hacer que se fuera de la casa antes de que Lizzie volviera del colegio. Aunque durante un breve instante, deseó que él conociera a la niña guapa, inteligente y divertida en que se había convertido su hija.

El camino que llevaba a la casa era bellísimo. El escenario de aquellos árboles tras los cuales se vislumbraban el lago y la imponente mansión le resultaba muy reconfortante. Brookfield. Durante su infancia, transcurrida en un bloque de pisos de una zona deprimida de Dublín, no se hubiera podido imaginar que un lugar como Brookfield pudiera existir en la vida real. Recordó la primera vez que Mattie la invitó a pasar el fin de semana en su «pequeña

casa de campo». El sol había aparecido entre las nubes para reflejarse en cada una de las vidrieras que adornaban aquella casa solariega de tres pisos. Se había sentido como en casa. Y seguía teniendo esa sensación, aunque el lugar parecía asolado ahora que no estaba su mejor amigo para recibirla en la puerta. Sintió una punzada de resentimiento al recordar que era Kane Healey, y no Mattie, el que la esperaba en casa.

No permitiría que él se la arrebatara. Encontraría la manera de arreglárselas sin el terreno.

Suspirando con resignación, entró en el recibidor, pero no oyó otro sonido que el eco de sus pisadas en el pulido suelo de pizarra. Nada, ni un alma. Y, sin embargo, podía percibir la presencia de Kane. Recorrió varias habitaciones; el salón, el comedor, el cuarto de estar, el cuarto de juegos y, por último, la inmensa cocina. ¿Dónde diablos estaría? ¡No tendría por qué estar buscándolo!

Se llevó la mano a la nuca para calmar el hormigueo que la había recorrido nada más percibir su presencia detrás de ella. Su voz profunda sonó muy cerca, lo suficiente como para sobresaltarla.

—¿Todavía cansada por el largo viaje de ayer?

Ella bajó la mano.

—Sí.

—¿Ya has empaquetado todo el contenido de tu antigua casa?

—Sí.

—Y me imagino que lo hiciste sola, ¿no?

—Tenía que saber dónde iba cada cosa, para poder encontrarlas una vez aquí.

No tenía ninguna gana de charlar sobre trivialidades con él.

—Ah, claro —asintió él—. De todas maneras, pensé que te ayudaría Stephen.

Rhiannon tampoco estaba dispuesta a discutir con él su breve y desastroso matrimonio. Así que respiró hondo y fue directamente al grano.

—Terminemos con este asunto cuanto antes, ¿te parece? No quiero venderte la casa.

—Sí, eso ya lo has dicho —observó sonriendo de una manera que la enfureció y, antes de que ella pudiera reaccionar, preguntó—: ¿Quieres un café?

Ella forzó una sonrisa.

—No te cortes, haz como si estuvieras en tu casa.

—Eso hago. ¿Quieres una taza?

«No a menos que quieras que te la ponga de sombrero», pensó.

—No, gracias. Ya he desayunado.

—Sí, con Lizzie. Debe de ser un día importante para ella: el primero en su nueva escuela.

Oírle pronunciar el nombre de su hija era suficiente para revolverle las tripas. Lizzie era su debilidad, y Kane lo sabía.

—No creo que eso sea asunto tuyo…

Kane cruzó los brazos sobre el pecho mientras la observaba. Y justo cuando ella iba a añadir algo a su comentario anterior, él continuó en tono grave:

—Estás siendo demasiado protectora con ella, y eso es un problema. Te das cuenta, ¿no?

Ella también se cruzó de brazos, imitando su actitud.

—Me pregunto por qué será —lo desafió, enfurruñada.

—Explícamelo.

¡Qué cara más dura! A sus ojos, era el diablo en persona, y no sólo porque vistiera por completo de negro: jersey de cuello vuelto negro, vaqueros negros, zapatos negros. Era el malo de la película.

Y ella ya llevaba varios años odiándolo. Incapaz de mirarlo durante un segundo más, descruzó los brazos y apoyó las manos sobre la mesa inclinándose hacia él.

—Quiero que te largues. Todo lo que quieras negociar sobre el acceso a «tu» terreno o al uso de «mis» dependencias, hazlo a través de un abogado.

Él le dedicó una sonrisa que distaba mucho de ser amistosa.

—Estás siendo un poco melodramática, ¿no crees? Estás reaccionando con mucha inmadurez. Sólo porque te ha sentado mal que dijera que proteges demasiado a tu hija…

Se quedó boquiabierta. ¿Estaría hablando en serio? ¿De verdad la había llamado inmadura y sobreprotectora?

Golpeando la mesa con los puños, masculló entre dientes:

—Sólo soy sobreprotectora cuando se trata de mantenerla lejos de ti. Y, para tu información, te diré que no me quedó más remedio que madurar rápido. Es lo que tiene la maternidad.

—Suele ocurrir cuando se tiene un hijo tan joven —pronunció cada una de las palabras en un tono tranquilo que hizo que le dieran ganas de abofetearlo. Nunca hubiera pensado que pudiera odiar tanto a una persona.

—Vete de aquí, Kane. Vete y no vuelvas. No permitiré que le hagas daño a Lizzie. Y no se te ocurra pensar que puedes jugar a los papas después de todo este tiempo.

Él soltó un bramido que acalló su voz.

—¿Qué te hace pensar que quiero jugar a los papas? —exclamó enfurecido, echando chispas por los ojos—. Ella ya tiene padre.

—¡Eso es lo que tú te crees! Su padre se desentendió por completo de ella antes incluso de que naciera.

Kane frunció el ceño.

—Se casó contigo, ¿no? Yo diría que eso prueba que quería ocuparse de ella.

Ella retrocedió, como si él la hubiera abofeteado con una mano invisible.

—¿Es eso lo que te dices a ti mismo? —preguntó sacudiendo la cabeza de puro asombro—. ¿Que Lizzie es la hija de otro hombre? ¡Qué valor tienes!

Por primera vez, sus palabras parecieron confundirlo.

—¿De qué demonios estás hablando?

La tensión se mascaba en el ambiente. Kane la miraba amenazador mientras ella temblaba por la ira y el resentimiento que llevaba años reprimiendo. Un timbrazo repentino le hizo dar un respingo. Detrás de ella, una campanilla de metal exhibía el letrero *Puerta principal*. Kane seguía mirándola con el ceño fruncido.

—Deben de ser los de la inmobiliaria.

—Muy bien, pues habla con ellos cuando salgas. Diles que no hay ninguna necesidad de valorar la casa, porque no está a la venta.

Se había puesto en marcha en dirección a la biblioteca cuando él se interpuso en su camino, impidiéndole el paso. Agarrándola con fuerza por el brazo, preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de que «es la hija de otro hombre»?

Rhiannon lo miró fijamente sin tratar de disimular el odio que sentía.

—No me importa lo que te hayas querido creer para descargar tu conciencia. Pero lo cierto es que renunciaste al derecho a ocuparte de Lizzie hace mucho tiempo, y aparecer de pronto para averiguar cómo está no va a solucionar nada. Me he asegurado de que no tiene ni la más remota idea de quién eres. Así que no te acerques a ella, porque si le haces daño te mataré. Te lo juro.

El apretón en el brazo se intensificó mientras ella trataba de desasirse.

—¿Me estás diciendo que Lizzie es hija mía?

—¡Suéltame, Kane!

—¡Rhiannon!

—Por supuesto que es tuya —afirmó sacudiendo la cabeza, estupefacta—. ¿Cómo es posible que no lo sepas? En la carta que te envié te contaba absolutamente todo lo que…

—¿Qué carta?

# Capítulo 3

El timbre siguió sonando insistentemente hasta que Kane no tuvo más remedio que soltar a Rhiannon e ir a abrir la puerta. Ella se quedó en la biblioteca, tratando de comprender lo que acababa de ocurrir. Le había dado la impresión de que el desconcierto de Kane había sido sincero. Hasta parecía estar afectado. Pero era imposible que no lo supiera. Y, sin embargo, la expresión de su rostro había sido tan auténtica… Negó con la cabeza. Debía de tratarse de una pose. Seguramente él se había convencido de que no sabía nada para apaciguar su conciencia. Había comenzado a alejarse cuando su voz, detrás de ella, le hizo dar un brinco.

—No te vayas. Está claro que tú y yo tenemos que mantener una larga conversación.

Él caminaba a su lado con una actitud de intensa determinación que le puso los nervios de punta.

—¿Y qué hay de los de la inmobiliaria?

—Les he dicho que vuelvan otro día. Eso puede esperar. Lo otro, no.

Ella no quería hablar más con él. Aquello era surrealista, y se encontraba exhausta de repente. No se trataba de un cansancio puramente físico. Se suponía que las dos cosas más estresantes que le pueden pasar a uno en la vida son mudarse de casa y la muerte de un ser querido, y ella había sufrido ambas situaciones en sólo dos meses. Tener que afrontar esa situación, encima, resultaba demasiado.

—Vamos al cuarto de estar. No quiero hablar de este tema de pie en el recibidor.

¿Le estaba ordenando qué hacer en su propia casa? Su capacidad para exasperarla parecía no tener límites.

—Vamos al salón de la chimenea; allí tendremos más intimidad.

Desde aquella habitación nadie podría oírlos si se peleaban. Lo último que necesitaba era que la chica de la limpieza o un visitante entraran por casualidad y oyeran todas sus intimidades. La chimenea no se había encendido durante semanas, por lo que la habitación estaba muy fría, algo que resultaba muy agradable en los días calurosos, pero no en un momento de su vida en que Rhiannon hubiera agradecido algo de calidez.

Una vez en la estancia, se volvió para mirarlo. Él cerró la puerta tras de sí y, tras lanzarle una mirada furibunda, comenzó a caminar

de un lado a otro destilando agresividad por todos los poros de su cuerpo. Rhiannon lo contempló conteniendo el aliento.

—Háblame de la carta que se supone me enviaste.

A Rhiannon se le quedaron los ojos como platos.

—«¿Se supone?» Estarás de broma, ¿no?

Él se detuvo en seco y ladeó la cabeza en un gesto sarcástico.

—¿Tengo cara de estar bromeando?

—Pues… no, pero sabes perfectamente de qué carta estoy hablando. De aquélla a la que nunca te dignaste contestar, ni siquiera para decirme que no siguiera adelante con el embarazo.

Kane lanzó un juramento que la hizo retroceder. La fulminó con la mirada antes de preguntarle:

—¿Y adonde exactamente enviaste la carta?

—La metí en tu taquilla de la universidad. Así que no te va a servir la excusa de «debió de extraviarse en el correo». Tuviste que vaciarla en algún momento —emitió un hondo suspiro—. Pero lo pasado, pasado. Las razones que tuvieras para no querer conocer a Lizzie carecen ya de importancia. Lo único que me importa ahora es que la niña no sufra.

El ceño fruncido desapareció por un momento del rostro de Kane, como si de pronto se hubiera dado cuenta de algo.

—Antes de irme le pedí a un amigo que vaciara la taquilla por mí. Le dije que no había nada de importancia, que se quedara con los libros que le interesaran y que se deshiciera del resto.

¿De qué demonios estaba hablando? Rhiannon trató de centrar sus pensamientos.

—¿Estás tratando de hacerme creer ahora, diez años después, que nunca recibiste la carta? ¿No se te ocurre una excusa mejor?

¿Sería verdad lo que le estaba diciendo? No, no podía ser. Aquella carta, que le había costado días decidirse a escribir, que había agarrado con fuerza entre las manos antes de meterla por la ranura de la taquilla, la misma que Kane había ignorado y que había cimentado el odio y el resentimiento que la habían acompañado durante una década… Esa carta… ¿nunca había llegado a sus manos?

—¿No se te ocurrió pensar, al ver que yo no contestaba, que quizá no la había recibido?

Ella frunció el ceño. El frío de la habitación estaba empezando a calarle los huesos, haciéndole temblar. Se sentó en el sillón más cercano a la estufa de leña y colocó las gélidas manos sobre su regazo.

—Se me pasó por la cabeza —reconoció de mala gana—, pero al

ver que habías desaparecido…

—¿Así que pensaste que ya habías hecho el esfuerzo suficiente y que me podía ir al infierno?

Ella lo miró fijamente. No estaba dispuesta a considerar siquiera que podría haber tomado la decisión equivocada en un momento en el que había tenido que tomar tantas decisiones importantes… sola.

—¡Tú fuiste el que cambió completamente de la noche a la mañana y se largó! ¿Tú crees que con dieciocho años y un futuro incierto estaba preparada para tener un niño yo sola? ¡Sé realista!

—Pero el caso es que la tuviste.

No pensaba hacer ningún comentario al respecto. Nunca se le pasó por la cabeza el no tenerla, por muy aterrorizada que estuvo en su momento. Y no porque hubiera querido que una parte de Kane permaneciera siempre con ella. No habían estado juntos el tiempo suficiente como para sentir tanto apego por él. ¿O quizá sí?

No, desde el momento en que la prueba de embarazo se tornó azul, Lizzie había formado parte de su ser. Y había hecho lo posible por olvidar la otra parte de donde provenía su preciosa hija.

—Ya me habías dejado claro que no querías sentirte atado por nada ni por nadie. Al ver que no contestabas a mi carta, supuse que no querías asumir la responsabilidad de tener un hijo. Y no estaba dispuesta a perseguirte para rogarte que me ayudaras económicamente. Yo había tomado la decisión de tenerla, y por lo tanto, la responsabilidad de criarla era mía.

Aquélla era la versión resumida, pero ninguna de sus explicaciones bastaron para calmarlo. Seguía mirándola con la misma incredulidad que ella misma había sentido momentos antes, como si fuera incapaz de comprender las razones que la habían llevado a actuar como lo había hecho.

—Soy su padre, y eso me da ciertos derechos.

Un temblor recorrió la espalda de Rhiannon.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Rhiannon, tú ya has pasado diez años sola con la niña.

No podía ser. ¿De qué estaba hablando? Cuando por fin recuperó el habla, sólo le salió un hilo de voz. Nunca se había comportado como una de esas mujeres débiles e indefensas; siempre había afrontado la vida con valentía. Pero no quería ni pensar que él se estuviera refiriendo a…

—No permitiré que me la arrebates.

Para algunas personas, el dinero podía comprarlo prácticamente todo. Pero ella estaba dispuesta a luchar hasta la muerte para impedírselo.

—¿Qué tipo de monstruo te crees que soy? ¡Por supuesto que no la voy a separar de su madre! Pero tengo derecho a pasar tiempo con ella, a ser parte de su vida. Y tú me has negado ese derecho. ¡No me puedo creer que pensaras que no iba a enfadarme cuando me enterara!

Rhiannon se rodeó el cuerpo con los brazos y apretó con fuerza, como si de esa manera pudiera calmar el temblor que la sacudía por dentro.

—Sabías que había tenido una hija. Tú podrás tener muchos defectos, pero tonto no eres. ¿No se te ocurrió hacer cálculos?

Él apretó la mandíbula.

—Te casaste con Stephen.

Rhiannon se quedó boquiabierta.

—¿Y sólo por eso te creíste que Lizzie era suya?

—Parece que no fui la única persona que lo dio por supuesto en su momento.

Buen intento. Puede que no hubieran estado perdidamente enamorados, pero él había dado por hecho que ella se había metido directamente en la cama de otro hombre en el momento en que rompieron o, peor aún, que había estado con los dos al mismo tiempo. Aquello demostraba a la perfección que la tenía en muy poca estima. Seguro que hasta había pensado que, dada su procedencia social, cualquier hombre con dinero le serviría.

No podía soportar seguir en la misma habitación que aquel hombre. Poniéndose muy derecha, le espetó:

—Si estás tan seguro de que yo soy ese tipo de mujer, quizá soy yo la que está equivocada respecto a quién es el padre. Tendré que consultar otra vez la larga lista de hombres con los que me acostaba por entonces.

Hizo ademán de abandonar la habitación, pero él le sujetó el brazo con firmeza. Ella perdió el equilibrio y acabó dándose de bruces con él. Otra vez. Hiciera lo que hiciera, parecía destinada a acabar siempre atrapada junto a su cuerpo. El aroma a canela invadió sus fosas nasales y sintió que un calor abrasador atravesaba las dos capas de ropa que llevaba y le quemaba el gélido cuerpo.

Rhiannon contuvo el aliento mientras trataba de separarse de él ayudándose de la mano que le quedaba libre. Pero él le sujetó dicha mano y la colocó detrás de su espalda, dejándola inmovilizada.

—Necesito saber si es mía.

Rhiannon tragó saliva, e intentó ignorar el calor que la invadía y el nudo que se le había formado en el estómago. Su relación siempre había sido así: puramente física, básica y arrebatadora.

Había sido precisamente eso, la química sexual, la que los había atraído irremediablemente al principio. Pero ella no quería volver a aquello. Era lo suficientemente madura para saber que una relación necesitaba algo más que lo puramente físico. A pesar de que había sido precisamente el físico lo que le había dado a la única persona a la que amaba sin reservas…

Lentamente, elevó la mirada, recorriendo la bronceada piel de su cuello, la dura línea de su boca, hasta detenerse en los ojos azules, que resplandecían con un brillo de feroz determinación. No cabía duda de que necesitaba saber la verdad. Aquello le hacía parecer vulnerable, y eso que Kane era la persona menos vulnerable que había conocido nunca.

—Pienses lo que pienses, no hubo nadie más. No hay ninguna duda de que la niña es tuya.

Nunca se había planteado que pudiera no serlo. Y aunque le hubiera surgido la duda, la prueba la tenía allí, delante de sus ojos: de vez en cuando Lizzie hacía un gesto, decía algo, o sonreía de una determinada manera que le recordaba irremediablemente a Kane. Y había sido el amor incondicional que había sentido al sostenerla en sus brazos por primera vez lo que le impedía odiar ese parecido que le servía de constante recordatorio.

Kane exhaló, al tiempo que aflojaba la presión de sus manos.

—Deberías habérmelo dicho.

—Pensé que lo había hecho.

—Si lo hubieras hecho, yo habría estado allí.

—Pero no lo hiciste. Desapareciste.

Él la soltó completamente, retrocedió unos pasos y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Pues he vuelto. Y no pienso irme hasta conocer a mi hija.

Ella se fijó en cómo se le tensaba el cuello al tragar saliva, y una minúscula parte de ella consideró la posibilidad de que quizá había cometido un error guardándole rencor durante tanto tiempo. Quizá su discernimiento se había visto ensombrecido por el dolor y la confusión.

—No intentes discutírmelo, porque esta vez me voy a quedar.

El corazón de Rhiannon palpitó con fuerza.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Plantarte delante de ella así, de repente?

La boca de Kane se torció en un gesto cruel.

—¿Tenías planes de decírselo alguna vez?

—Pensaba decírselo cuando fuera lo suficientemente mayor para decidir si quería conocerte o no. Quería que ella misma tomara la decisión.

Lizzie era una niña lista, y ya había empezado a preguntar sobre su padre. El Día del Padre llevaba años despertando su curiosidad. Un año incluso había hecho ella misma una tarjeta de felicitación. Aquello había entristecido profundamente a Rhiannon, que se culpaba por no haber sido capaz de darle el padre que se merecía.

—Ella tiene tanto derecho como yo a saberlo.

Estaba claro que no estaba dispuesto a abandonar el asunto. A pesar de que deseaba seguir creyendo que él había sabido desde el principio que era el padre, Rhiannon no tuvo más remedio que reconocer que a lo mejor se había equivocado, y no pudo evitar sentirse culpable.

—Las cosas son así, Rhiannon, si no se lo cuentas tú se lo voy a contar yo. O si no, podemos recurrir a la vía legal. En cualquier caso, ahora que sé que es mía, tengo la intención de formar parte de su vida. Y esta vez, no podrás impedírmelo.

Rhiannon supo que estaba atrapada. Ahora que él lo sabía y que estaba decidido a involucrarse en la vida de Lizzie, sería imposible hacerle cambiar de opinión. A lo largo de los años había oído historias sobre él, su determinación en los negocios y su habilidad para conseguir siempre las cosas que quería. Al fin y al cabo, ella misma había sido en su momento una de esas «cosas»…

Tenía que encontrar la manera de que aquello funcionara sin que nadie saliera dañado.

—Necesito tiempo.

—Has tenido diez años.

—Se lo diré —le aseguró—. Pero no pretenderás que se lo suelte en la puerta del colegio, ¿no? Todavía está tratando de adaptarse a la pérdida de su hogar, de sus amigos, de un tío al que adoraba… No puedo endilgarle de pronto un padre al que no conoce…

—Me quedaré aquí hasta que ella se sienta cómoda conmigo.

Los ojos de Rhiannon se abrieron como platos.

—No puedes…

—¿Ah, no? —preguntó él enarcando las cejas—. Mira, podemos hacer esto de dos maneras: la fácil y la difícil. Dime cuál de ellas crees que va a ser mejor para ella. Porque, francamente, en este momento me da exactamente igual lo que te convenga a ti.

Rhiannon trató de imaginarse en qué consistiría la «manera difícil». Si él decidía luchar por Lizzie, iba a hacerlo con todas las de la ley. ¿Sería eso bueno para la niña?

Como si estuviera leyéndole la mente, Kane añadió:

—Si al final acabamos en un tribunal, sabes muy bien que me puedo permitir pleitear el tiempo que haga falta.

Rhiannon sintió un mareo momentáneo.

—Voy a encargar que me envíen desde Dublín todo lo que necesito para trabajar desde aquí.

¿Estaba pensando en mudarse, así, sin más?

—Quiero pasar un rato con ella cuando vuelva del colegio.

Estaría allí mismo, bajo su mismo techo, y a ella no le quedaría más remedio que presenciar sus intentos por entablar un vínculo afectivo con Lizzie.

—Y luego le dirás quién soy yo.

—No puedes hacer las cosas así —acertó a decir—. Tienes que tratarla bien.

Él rio, incrédulo, como si no diera crédito a lo que acababa de oír.

—No ha sido ella precisamente la que me ha ocultado todo esto. ¿Por qué iba a estar yo enfadado con ella?

Rhiannon negó con la cabeza.

—Muy bien. Está claro que no tengo elección. Si estás decidido a tener acceso a la niña, se lo contaré todo. Lo único que te pido es que primero permitas que se habitúe a su nueva vida y que te conozca. Y esto te lo pido por su bien, no por el mío.

—Pero no estarás pensando en esperar meses, ni siquiera semanas. Quiero que se lo cuentes dentro de unos días; esta misma semana. Si no, yo mismo lo haré.

Rhiannon cerró los ojos un instante. Tenía ganas de salir corriendo de allí. Pero se había hecho la promesa de que aquella sería su última mudanza. Cuando los abrió, vio que Kane la miraba, ceñudo. Pero le pareció advertir en su mirada algo más que un simple enfado. Le dio la sensación de que la estaba estudiando, de que la miraba como quien observa un *puzzle* que hay que resolver. Y, por alguna razón, Rhiannon se sintió fascinada por aquello. Durante unos instantes olvidó todos los problemas que se interponían entre ellos y sintió una simple y llana curiosidad por el hombre que tenía frente a ella. ¿Sería él realmente la persona que ella creía? ¿Por qué la había abandonado de aquella manera? ¿Quién era Kane Healey realmente?

Pero la cuestión realmente importante era si podría ser el tipo de padre que Lizzie merecía. Rezó para que así fuera. Él iba a formar parte de sus vidas, lo quisiera o no. Y cuanto antes solucionaran aquello, antes se marcharía.

Se pasó la punta de la lengua por los labios y clavó su mirada en un punto indefinido detrás de Kane.

—Se lo diré en cuanto vea que está cómoda contigo. Pero no

podemos pelearnos así delante de ella. Si quieres decirme algo, hazlo cuando ella no esté. No tiene por qué pagar las consecuencias de la aversión que nos tenemos.

—Ha vivido toda la vida sin su padre. Yo diría que ya ha pagado lo suficiente, ¿no crees?

Rhiannon permaneció de pie en la fría habitación durante un largo tiempo una vez se hubo marchado Kane. Sus ojos estaban secos, doloridos, pero por dentro no sentía nada, como si una parte de ella se hubiera rendido. Con un suspiro de resignación, reconoció que una parte de ella había sabido siempre que aquel día acabaría por llegar. Ahora tenía que encontrar la manera adecuada de explicárselo a Lizzie. Y también de vivir bajo el mismo techo con un hombre al que había odiado durante diez años de su vida.

# Capítulo 4

Kane miró a través de los enormes ventanales de su oficina, con vistas a la ciudad y al río Liffey, mientras se columpiaba hacia delante y hacia atrás en la silla y se daba golpecitos en la barbilla con el dedo. Era la primera vez en muchos años que se sentía completamente abrumado, como si algo completamente inesperado lo hubiera derribado. Descubrir que Rhiannon le había ocultado algo tan importante durante tanto tiempo… Podía decirse que hacía mucho que no se sentía tan furioso con alguien; generalmente era un hombre sereno, o al menos, eso creía él. Al fin y al cabo, era más consciente que la mayoría de la gente de lo corta que era la vida y de lo inútil que es exaltarse por las cosas. ¿Pero cómo se le había ocurrido pensar a Rhiannon que él no hubiera querido saber de la existencia de un hijo suyo? ¿Tan poco lo conocía? ¿De verdad pensaba que él hubiera huido de algo así?

—La oferta está ahí —oyó que el abogado de la empresa proseguía a sus espaldas—. Los accionistas, de los cuales tú eres uno de los principales, podríais hacer una fortuna.

Kane se esforzó por seguir el hilo de la conversación.

—Si es que la aceptan por votación.

—Por supuesto, todavía quedan meses de negociación, pero en mi opinión, seguro que la aceptan.

Kane siguió columpiándose en la silla, distraído. No era el momento adecuado para trabajar lejos de la oficina pero, por primera vez en muchos años, había algo en su vida infinitamente más importante en lo que pensar que su trabajo. No había nada más importante que conocer a su hija. Ni siquiera el hecho de que una compañía extranjera estuviera dispuesta a comprar su empresa. Estaba acostumbrado a ocuparse de las absorciones, los accionistas y avances tecnológicos multimillonarios. El tiempo junto a su hija que le habían robado era algo a lo que nunca podría acostumbrarse.

¿Cómo podía Rhiannon vivir con la conciencia tranquila? Entendía que en su momento se hubiera sentido mal, pero ¿hasta el punto de negarle a su hija la posibilidad de tener un padre?

—Es una oportunidad única, Kane. ¿Cuántos hombres consiguen ser millonarios por méritos propios antes de cumplir los treinta y dos?

Kane tomó aire.

—¿Cuántos hombres permiten que algo a lo que se han dedicado

en cuerpo y alma sea desmenuzado y deglutido por una empresa que busca el dominio absoluto del mercado?

Se giró en la silla para mirar fijamente a los ojos de su abogado.

—Implicará la pérdida del control creativo y de muchos puestos de trabajo. Y ninguna de estas cosas va conmigo.

Especialmente la última. Puede que la familia como valor no significara mucho para Rhiannon MacNally, pero para él era muy importante. En su opinión, la gente era lo primero.

—Sí, claro —replicó el abogado, ligeramente confuso por la falta de entusiasmo de Kane—. Pero estas cosas ocurren; la vida es así. Todos los días hay gente que pierde su trabajo.

Kane observó a su asesor en silencio durante unos minutos. Había creado Micro—Tech de la nada, con la ayuda de un grupo de accionistas y, por supuesto, la confianza de Mattie Blair. Y le resultaba difícil renunciar a su empresa, aun sabiendo que a cambio recibiría una cantidad importantísima de dinero. Podría aceptar la oferta y permitir que su empresa fuera absorbida y que muchos empleados se quedaran sin trabajo, pero no podría mirarse al espejo por las mañanas. Y ahora que había descubierto que tenía una hija, aquello le parecía más importante que nunca.

Volvió a girarse hacia la ventana, poniendo cuidado en no mirar hacia la Trinity University, donde había conocido a Rhiannon, para concentrarse en asuntos más importantes.

Podía resultar absurdo desear ser el tipo de hombre del que una niña pequeña pudiera sentirse orgullosa, cuando dicha niña había vivido casi diez años sin su padre, pero Kane no podía evitar pensar así. Si ella era suya, tenía que recuperar el tiempo perdido que Rhiannon les había robado a los dos.

Frunció el ceño. Quizá se había precipitado al creer que ella se había arrojado a los brazos de otro hombre en cuanto él desapareció de su vida. Pero lo cierto es que él había tenido muchos motivos de preocupación, y que le había roído la ira y la amargura, y que había sentido miedo…

Mientras que para Rhiannon, una carta parecía ser suficiente para calmar su conciencia.

Tenía que centrarse en el presente. Necesitaba un plan. Un plan le haría sentir mejor, le daría la sensación de tener las cosas bajo control.

Lo primero era no olvidar que la pérdida de empleos, algo inevitable si se producía la absorción, tendría un efecto devastador en muchísima gente y en sus familias. Y él no podía permitir que eso ocurriera si quería ser la clase de padre respetable que cualquier

niño se merece.

Lo segundo, pensó mientras hacía girar de nuevo la silla, era hacerle saber a todo el mundo cuál era su postura; y hacerlo rápido para volver a Brookfield a enmendar un error del cual, no le quedó más remedio que reconocer, él era en parte culpable por haberse ido de la manera en que lo hizo.

Tercero, tenía que descubrir hasta qué punto había influido su marcha en la decisión de Rhiannon. Aunque no fuera capaz de perdonarla, tenía que intentar comprenderla al menos. Al fin y al cabo, era la madre de su hija y no le quedaba más remedio que tratarla.

*

—Todos los niños deberían tener perro, ¿no crees, Kane?

—Pero no todos los niños lo tienen.

—Ya, pero deberían.

Kane le sonrió con paciencia.

—Eres muy testaruda.

Lizzie se encogió de hombros.

—Mamá dice que he salido a mi padre en eso de la determi… detremi…

—¿Determinación?

—¡Eso! —sonrió Lizzie—. Siempre me equivoco con esa palabra. Pues eso, mamá dice que lo he heredado de mi padre. Se supone que es algo bueno.

—Sí, puede ser. Te ayuda a conseguir las cosas que necesitas.

—Y yo necesito un perro y un poni —afirmó la niña con decisión mientras le pasaba otra caja vacía para que Kane la desarmara.

—Y tu plan es atosigar a tu madre hasta que ceda…

—Sí —respondió y, arrugando la naricilla, añadió—: Si no son muy caros, claro, porque no somos ricas.

Su actitud realista le hizo sonreír otra vez. Todo lo que hacía aquella niña le maravillaba. ¿Cómo había podido Rhiannon privarlo de aquello durante tanto tiempo? No tenía derecho alguno a haberle negado la primera sonrisa de su hija, su primera carcajada, sus primeros pasos, sus primeras palabras… Todas aquellas cosas que ya nadie podría devolverle. Nunca había sentido tanto resentimiento como el que sentía por Rhiannon en aquellos momentos. Desde que se había mudado a Brookfield, trataba de pasar el mayor tiempo posible con Lizzie. Quería evitar que la niña captara la tensión que se respiraba en el ambiente cuando Rhiannon y él estaban en la misma habitación. Aquella era la única cosa en la que ambos parecían estar de acuerdo.

Un pensamiento repentino le hizo apretar la mandíbula. Adoptando un tono fingidamente despreocupado, preguntó:

—¿Tu padre nunca te compró un poni o un perro?

—¿Quién, Stephen? —ella negó con la cabeza. Sus ojos brillantes parecieron ensombrecerse por un instante—. Él quería enviarme a un internado, y decía que si tenía animales no podría ir. Pero mamá no permitió que eso ocurriera. Mamá y yo estamos mejor solas. Y si tuviéramos un perro y un poni sería perfecto.

Kane sonrió aliviado al saber que la niña nunca había llamado «papá» a nadie.

—¿Siempre lo llamas Stephen?

—Sí. Así lo llamaba mi madre —y, soltando una risita, se acercó a él para susurrarle al oído—: También le llamaba muchas otras cosas cuando creía que no podía oírla.

Kane se rio ahogadamente. Él también había llamado a Stephen muchas cosas a lo largo de los años. Había en él algo que lo enfurecía.

—¿Tú tienes hijos, Kane?

Kane no supo qué contestar a aquella inocente pregunta. No podía decirle, «no que yo supiera».

—¿Estás casado?

—No dejas de hacer preguntas; voy a tener que llamar a mi abogado.

—¿Por qué necesitas llamar a uno de ésos? ¿Tú también te vas a divorciar?

—No, nunca he estado casado. Lo decía por si vas a seguir preguntándome cosas que me metan en líos con la poli.

A la niña se le pusieron los ojos como platos.

—¿Tienes líos con la poli? ¿Como uno de esos tipos que salen en la tele?

A Kane se le escapó una carcajada.

—No, no soy tan interesante.

—Yo creo que sí que lo eres —le sonrió ella—. Y Stephen debía de pensar lo mismo, porque estaba todo el día preguntándole a mamá cosas sobre ti.

«¿Ah, sí?», se preguntó Kane.

—Stephen y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Seguro que tenía curiosidad por saber qué había sido de mí durante todos estos años.

Lizzie giró ligeramente la cabeza al preguntar:

—¿Qué significa ser un «maniático controlador»?

Kane parpadeó, sorprendido.

—¿Cómo dices?
—Stephen dice que tú eres uno de ésos.
—¡No me digas!
—¡Lizzie!
Ambos se giraron en dirección al lugar de donde había provenido la voz ligeramente imperativa de Rhiannon.
—¡Ah, hola, mamá! Ya hemos desempaquetado las cosas de mi habitación, y Kane me está ayudando a desarmar las cajas.
—Muy amable por su parte —declaró Rhiannon sin mirarlo, sabedora de que sólo iba a encontrar odio en sus ojos—. ¿Qué le estabas contando a Kane?
—Estábamos hablando de Stephen —respondió la niña encogiéndose de hombros.
Kane vio cómo Rhiannon tragaba saliva con dificultad, y no le extrañó. Porque aunque Rhiannon había sabido desde el principio que Kane no tenía a Stephen en muy buen concepto, eso no le había impedido casarse con él y permitir que fuera una especie de figura paternal para Lizzie. Aquello era difícil de digerir.
—Kane dice que han sido amigos durante mucho tiempo —prosiguió la niña.
—¿Amigos? —preguntó Rhiannon enarcando las cejas con incredulidad.
—He dicho que nos conocíamos —rectificó Kane en tono neutro.
—¿Y por qué no erais amigos? —preguntó Lizzie, sorprendida.
—Porque no siempre nos llevamos bien con la gente que conocemos —replicó Kane.
Recordó aquellos primeros tiempos con Rhiannon. Las acaloradas discusiones que mantenían, y sus apasionadas reconciliaciones. Y cómo, poco después de que terminara su relación, Rhiannon se había consolado en los brazos de Stephen, miembro de una de las familias de más rancio abolengo de Dublín. Rhiannon siempre había deseado prosperar en la vida. ¡Y vaya si lo había hecho! No se había casado por amor, sino para gozar de seguridad económica.
Respirando hondo, Kane se cargó los brazos con las cajas de cartón y se puso en pie.
Rhiannon aprovechó para observar de arriba abajo el cuerpo cuya visión había disfrutado a diario hacía tiempo. Los años no habían hecho mella en su atractivo. Nunca había sido un guapo convencional; era más bien de esos hombres ásperos y masculinos que exudaba una sensualidad muy difícil de resistir, por lo menos para ella.

Había sido la primera vez en su corta vida que alguien ejercía en ella un efecto tan poderoso a nivel sexual con sólo una mirada silenciosa, con una media sonrisa. La pasión que finalmente compartieron estaba anunciada desde el día en que se conocieron. Maldito Kane.

—¡Eso hay que tirarlo en el contenedor de cartones! —exclamó Lizzie—. Hay que proteger el medio ambiente.

—Lo que usted diga, señorita —replicó Kane antes de abandonar la habitación.

No era difícil advertir que entre padre e hija había una complicidad especial. Rhiannon se sintió extrañamente celosa al constatarlo. Celosa de la forma en que Lizzie se comportaba delante de Kane. Por otro lado, se había percatado de la diferencia entre las cálidas y afectuosas miradas que Kane le dirigía a su hija, y los ojos cargados de veneno con que la miraba a ella. Era injusto que la tratara de esa manera. Al fin y al cabo, no había sido ella la que había desaparecido sin dejar rastro. Y si la hubiera tenido en un poco más de consideración, no habría sido tan estúpido como para no darse cuenta de que el bebé era suyo.

Ella no sabía que estaba embarazada cuando él la dejó, y cuando por fin lo descubrió, fue imposible dar con él. Había desaparecido de la faz de la tierra.

Una voz masculina interrumpió sus pensamientos.

—¿Hay que sacar algo más?

—No, pero gracias por preguntar.

—¿Podemos comer ya? —preguntó Lizzie—. Estoy muerta de hambre.

—Siempre estás muerta de hambre —sonrió su madre con indulgencia.

—Kane también lo está —continuó Lizzie y, mirando en su dirección, preguntó—: ¿Verdad, Kane?

—Bueno, tanto como muerto… —fue la respuesta de Kane.

—Lizzie, me parece que Kane no quiere estar las veinticuatro horas del día pegado a nosotras.

—No te creas —intervino Kane—. Tenemos que ponernos al día en muchas cosas, ¿no crees?

Rhiannon apretó los dientes.

—Pero seguro que tienes otras cosas que hacer, como por ejemplo ponerte en contacto con tu oficina. Ese tipo de cosas.

Cualquier cosa que le permitiera pasar un poco de tiempo con su hija, a solas; lejos de su constante y sofocante presencia.

—No, estoy a vuestra entera disposición.

Dios mío, cómo lo odiaba.

—Muy bien, pero la cena no va a estar lista hasta dentro de un rato. Y todavía queda mucho por desempaquetar.

—Yo cocinaré.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, incrédula.

—No se me da nada mal —contestó Kane, impasible.

—No hace falta.

Cenar juntos todas las noches era algo que no entraba en los planes de Rhiannon. ¿De verdad pensaba Kane que eso ocurriría? ¿Que iban a jugar a la familia feliz durante el tiempo que él estuviera viviendo allí?

—Yo creo que sería lo razonable. Mientras tú sigues desempaquetando, yo preparo la cena. Y la niña puede ayudarme, ¿verdad, Lizzie?

—No tienes que prepararnos la cena. Yo creo que tenemos que respetar nuestros respectivos espacios mientras estás de visita.

—O también podríamos intentar pasar un poco de tiempo juntos para conocernos mejor después de todos estos años perdidos —replicó él en tono adusto—. No dramatices, es sólo una cena.

—No estoy dramatizando —mintió Rhiannon—. Es simplemente que no quiero sentar precedentes. Si hoy cocinas tú, esperarás que yo lo haga mañana y, sin que nos demos cuenta, acabaremos atrapados en una estúpida rutina.

—¿Y qué tiene eso de malo? —intervino Kane—. Yo creo que es una tontería, ¿verdad, Lizzie?

Rhiannon se preguntó cuántos años le caerían por asesinato sin premeditación.

—Yo también creo que es una tontería, mamá.

Rhiannon miró a Lizzie. Ésta estaba sonriendo, pero su mirada perspicaz se posaba alternativamente en uno y en otro.

—¿No te importa ayudarlo?

Lizzie se encogió de hombros con despreocupación.

—No, pero con la condición de que luego no nos toque fregar los platos.

—Está bien, cariño —sonrió su madre.

Lizzie se quedó callada durante unos segundos antes de decir:

—Esto… lo que quiero de verdad de verdad es un perro y un poni…

Rhiannon no pudo evitar soltar la carcajada. De pronto se dio cuenta de que no era la única que se reía. Kane se había unido a la hilaridad general. Los ojos traviesos de la niña se posaron en uno y en otro antes de reírse ella también. Kane le desordenó el cabello

afectuosamente al tiempo que decía:

—Eso es, pequeña, no te rindas.

Se puso en cuclillas junto a ella para hablar de la cena, mientras Rhiannon los observaba petrificada. Eran clavados el uno al otro: el mismo pelo, los mismos ojos. Hasta hacían gestos parecidos. Y estaba claro que habían conectado desde un primer momento. Sintió un pinchazo de culpabilidad. Por su culpa habían estado separados todo ese tiempo. ¿Y por qué? Por orgullo, porque se había precipitado al pensar que él no querría ocuparse de su propio hijo. Podía justificarse recordando lo confusa, sola y asustada que se había sentido, pero aun así…

Al verlos juntos no podía evitar preguntarse si no habría tomado la decisión equivocada. Era una sensación incómoda.

Rhiannon tardó unos segundos en salir de su ensimismamiento. Cuando por fin lo hizo, se dio cuenta de que Kane la estaba observando. Carraspeó al tiempo que intentaba evitar su mirada.

—Bueno, ahí os dejo. Estaré en la biblioteca.

Salió de la habitación con la cabeza bien alta. No estaba dispuesta a dejar traslucir sus dudas internas. Puede que se hubiera dado cuenta del tremendo error que había cometido. Pero no lo iba a reconocer delante de él. Verlo con Lizzie era ya suficiente castigo. Había empezado a sentir que la estaba perdiendo un poco y aquello le provocaba un dolor difícil de describir con palabras.

# Capítulo 5

Durante la semana, Rhiannon procuraba disfrutar al máximo del tiempo que pasaba junto a Lizzie al llevarla y recogerla del colegio. Parecía que eran los únicos momentos que pasaban a solas, como si de repente se hubiera visto envuelta en una especie de competición por pasar un tiempo valioso con su hija. Odiaba aquella situación. Habían estado solas durante mucho tiempo, y ahora había alguien más en sus vidas.

El tiempo que pasaba en casa mientras Lizzie estaba en el colegio estaba cargado de tensión. Porque aunque hacía todo lo posible por evitar a Kane, dedicándose de lleno a desempaquetar, limpiar y añadir pequeños detalles que convirtieran la casa de Mattie en un hogar en el que Lizzie pudiera crecer feliz, era consciente de su presencia en todo momento. Incluso cuando no estaba físicamente.

A principios de la segunda semana, él tuvo que ausentarse brevemente por razones de trabajo, pero se las arregló para volver a tiempo para darle las buenas noches a Lizzie. Durante su ausencia había llegado una furgoneta cargada de aparatos de última generación que le recordaron a Rhiannon que la marcha de Kane era sólo temporal.

Se preguntó cuánto tiempo duraría aquella farsa. Se sentía como si cada día muriera una parte de ella. Nunca se había sentido tan sola. No tenía a nadie con quien hablar de sus sentimientos y, en cualquier caso, ¿por dónde empezaría? Desde muy jovencita había aprendido a enfrentarse sola a la vida y, aunque quería mucho a los pocos amigos que tenía, no tenía sentido correr a llamarlos cada vez que surgía un problema. Al fin y al cabo, ellos no podrían hacer nada por solucionarlo.

En otras circunstancias, se lo habría contado a Mattie. Este pensamiento no hizo sino aumentar su aflicción por la pérdida de su mejor amigo. Una pena que había intentado ignorar manteniéndose ocupada en Brookfield y haciendo todo lo posible por que Lizzie se sintiera feliz.

Kane parecía estar encargándose de conseguir esto último, lo que le dejaba mucho tiempo para estar a solas encontrándose recuerdos de Mattie en cada esquina de la casa. Aquello exacerbaba la sensación de encontrarse sola en su propia casa y hacía que cada día que pasaba se sintiera más triste.

Aquella noche le «tocaba» a ella encargarse de la cena, por lo que puso la mesa y, tras comprobar que nada se estaba quemando en la cocina, fue a buscar a Kane y a Lizzie.

Cuando llegó al segundo piso comenzó a oír risas en la distancia. Una risa profunda y masculina, y las carcajadas infantiles que Rhiannon conocía tan bien. Parecían provenir del tercer piso, donde seguramente habían vivido los sirvientes en generaciones pasadas.

—No puede ser.

—Sí que puede ser.

—Pero entonces, ¿cómo consigue la Princesa Guerrera pasar por encima del monstruo? ¡Rápido, haz algo antes de que me mate!

—Una niña tan lista como tú debería encontrar la solución. De eso se trata.

Tras empujar la puerta con suavidad, Rhiannon echó un vistazo en derredor. Era una habitación espaciosa pero de techos bajos, que en su momento debía de haber sido un dormitorio comunal, pero que se había convertido en una moderna oficina en la que había ordenadores de pantalla plana, y cables telefónicos por todos lados. Kane no había perdido el tiempo a la hora de marcar su territorio. Frunciendo el ceño, tomó la determinación de preguntarle de una vez por todas cuánto tiempo tenía pensado quedarse.

Sentada frente a una de las enormes pantallas, en la que una mujer pelirroja parecía estar atrapada en un laberinto mágico poblado de monstruos estruendosos, estaba su hija, totalmente fascinada. A su lado había alguien a quien no había visto en muchísimos años. Con el pelo revuelto y ataviado con una simple camiseta azul marino, vaqueros desgastados y unas zapatillas de deporte viejas, Kane parecía el joven enamorado de la vida que había sido antaño. Volvió a reírse mientras Lizzie resoplaba, frustrada con el juego.

Rhiannon observó la escena desde el umbral de la puerta, sintiendo que un cuchillo le atravesaba las entrañas. No iba a poder aguantar la situación durante mucho más tiempo.

Miró a Kane con el ceño fruncido. Y aunque sintió que le invadía una oleada de resentimiento, no pudo evitar recordar. Rememoró aquellas tardes en las que habían hecho exactamente lo mismo con un equipo mucho más anticuado. Recordó su excitación por las nuevas tecnologías, las ideas que tenía para mejorarlas. Cómo podía pasar horas hablando de cosas que Rhiannon no lograba entender, pero que escuchaba de buena gana, sólo por el placer de oír su voz profunda y de observar sus ojos brillantes de emoción.

—¿Cómo puedo hacer para que pase por ese hueco? —preguntó

Lizzie señalando la pantalla.

Él la miró con los ojos chispeantes, pero su tono de voz había cambiado.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu madre?

Los dos se volvieron para mirarla.

—Mamá, Kane tiene unos juegos chulísimos.

—Eso he oído.

Juegos chulísimos a los que jugaban niños de todo el mundo. Durante años, había vivido rodeada de productos Micro-Tech. Aparecían en periódicos y revistas e incluso lo había visto a él en persona en programas de televisión. Estaba considerado como un genio de la tecnología.

—La cena está casi lista. Ve a asearte y a quitarte el uniforme del colegio. Estoy segura de que Kane también tiene cosas que hacer. No tienes por qué estar aquí todo el tiempo molestándolo cuando…

—No me importa que me haga compañía.

Rhiannon hizo caso omiso del comentario.

—Si haces los deberes después de cenar, a lo mejor te dejo que vuelvas a jugar un rato antes de irte a la cama.

Se daba cuenta de que cada día que pasaba hacía más concesiones. Probablemente lo hacía para ponerse a la altura de su padre, que siempre parecía tener tiempo para ella, escuchaba con atención todo lo que la niña contaba, la ayudaba con los deberes y le explicaba todo con facilidad.

Y, aunque Rhiannon sabía que Lizzie no hacía más que disfrutar de «la novedad» de tener un nuevo amigo, su instinto le decía que con Kane había algo más. Este estaba tratando de recuperar el tiempo perdido. No pudo evitar sentir otra punzada de culpabilidad.

Kane le guiñó un ojo a Lizzie con complicidad.

—Vamos, pequeña, te echo una mano con los deberes para que puedas volver a jugar cuanto antes, ¿vale?

Rhiannon tuvo que contenerse para no soltarle a Kane que ella tenía tanto derecho como él a pasar tiempo con su hija. Él se las había arreglado de nuevo para hacerle sentir que ellos dos eran un «equipo» del que ella, Rhiannon, no formaba parte. Se estaba volviendo una arpía, pensó Rhiannon, y lo maldijo en silencio.

Lizzie saltó de la silla.

—Genial. Esta noche tenemos matemáticas, y a ti se te dan muchísimo mejor que a mamá —señaló la niña, sin darse cuenta del efecto que sus palabras tenían en su madre. Y, agarrándole de la mano, añadió—: Aunque no creo que pueda volver a jugar después,

porque mamá me prometió ayer que me iba a comprar un poni y un perro, y voy a tener que hacer la lista de todas las cosas que tengo que comprarles.

—Mamá no prometió nada —le advirtió con suavidad al tiempo que miraba su manita agarrada a la de Kane y apretaba los dientes para no expresar sus sentimientos en voz alta—. Dijo que hablaríamos sobre ello.

Aquello había sido lo primero que había conseguido hacer que los ojos de su hija se iluminaran igual que cuando Kane estaba cerca.

—Pero mamá… —protestó Lizzie frunciendo el ceño.

—Tener animales es una responsabilidad muy grande. Y ahora, ve a cambiarte.

—Venga, obedece a tu madre —le instó Kane soltándole la mano, que utilizó para desordenarle el cabello.

Era la primera vez que respaldaba a Rhiannon y ésta no se lo esperaba. No pudo evitar lanzarle una breve ojeada, y se relajó al notar que él no la miraba con gesto de disgusto. Pero no se le ocurrió nada que decir, así que se quedaron allí de pie observándose el uno al otro.

Lizzie arrugó la nariz pero al instante, le dirigió una espléndida sonrisa.

—Vale.

¿Vale? ¿Así de fácil? ¿Había dejado de discutir aquella niña con la que había que razonar todas las cosas, por pequeñas que fueran, a veces durante días? ¿Cómo demonios se las había arreglado Kane?

Rhiannon se echó hacia un lado para dejar pasar a la pequeña y, a continuación, se volvió en dirección a las escaleras. En ocasiones, ser madre le parecía una tarea extenuante. Pero esta afinidad recién descubierta con el padre al que acababa de conocer era algo superior a sus fuerzas.

También lo era la constante presencia física de Kane y los eternos intentos que Rhiannon tenía que hacer para intentar descifrarlo y para intentar ajustar los recuerdos que tenía de él a la realidad que tenía delante de sus ojos.

Se encontraba en lo alto de la escalera cuando notó que se le erizaba el pelo en la nuca, como ocurría siempre que él se le acercaba.

—Ya me encargo yo de que no juegue durante mucho tiempo. Estará en la cama a su hora habitual.

—Gracias.

Otro gesto de apoyo que apreció sinceramente. Comenzaron a

bajar las escaleras en silencio, que quedó roto por un comentario de Kane.

—Es una niña muy inteligente.

—Sí, es verdad.

—Ha captado el juego con mucha rapidez teniendo en cuenta la edad que tiene. Ese juego está dirigido a niños bastante mayores que ella.

—En su antiguo colegio estaban asombrados por sus conocimientos de informática. Decían que iba por lo menos dos años por delante de los otros niños. Su profesor decía que a veces era capaz de explicar el funcionamiento de las cosas antes de haberlo aprendido.

Tragó saliva antes de comentar:

—Supongo que en eso ha salido a ti.

Se produjo una pausa de varios segundos.

—Me imagino que saber que ha salido a mí en algunas cosas debe de sentarte fatal, teniendo en cuenta que me has odiado durante años.

Le sorprendió no percibir sarcasmo en su voz, y se arriesgó a mirarlo de soslayo para confirmarlo. Por primera vez en varios días notó que la miraba con más curiosidad que resentimiento. ¿A qué estaría jugando ahora?

—Sí, soy consciente de lo mucho que te desagrado —continuó—. Si no, no tendría sentido que me hayas mantenido al margen de su vida todo este tiempo.

Rhiannon suspiró. Ya estaban otra vez.

—Me convencí a mí misma de que no querías tener nada que ver con ella.

—Porque no respondí a aquella carta.

—Exacto. Porque no respondiste a la carta. No encontré la manera de dar contigo. Nadie te pudo localizar por teléfono, tu compañero de piso no tenía ni idea de adonde te habías marchado ni por cuánto tiempo. Y tú y yo no salimos juntos el tiempo suficiente como para saber la dirección de tus padres, así que meter una carta en tu taquilla fue lo único que se me ocurrió.

No podía haber sido más clara. Se había quedado embarazada antes de cumplir los diecinueve. Habría querido que alguien le diera una solución, le indicara adonde ir, cómo criar a un bebé; alguien a quien acudir cuando dudara sobre su capacidad para arreglárselas. De haber sabido que él quería involucrarse ella habría estado dispuesta, pues lo necesitaba. Y lo había odiado por no estar ahí cuando más falta le hacía.

Kane guardó silencio de nuevo. Tras bajar unos cuantos escalones, Rhiannon no pudo resistir la tentación de volver a mirarlo y tratar de averiguar lo que estaba pensando. Tenía la mirada fija en los cuadros y tapices que adornaban las paredes, pero Rhiannon sabía que no estaba pensando en ellos. Seguramente se estaba preguntando por qué no habría ella insistido tratándose de algo tan importante.

No iba a descubrir nada que ella no hubiera analizado hasta la saciedad durante los últimos días. Había llegado a la conclusión de que era inútil torturarse con la idea de que quizá debería haber seguido intentando encontrarlo. Lo hecho, hecho estaba. Y ahora tenía que apechugar con las consecuencias.

—¿Lo sabías cuando hablamos por última vez? —quiso saber él.

—¿Cuando me diste el discursito de «qué bien lo hemos pasado juntos, pero esto tiene que acabar»? —replicó logrando vencer la tentación de volver a mirarlo.

—Yo no dije tal cosa —protestó él.

—Sé leer entre líneas —replicó ella con ironía.

—Pues no fue eso lo que quise decir. Si te sirve de consuelo, pasé mucho tiempo ensayando lo que te iba a decir.

Rhiannon sintió que se le formaba un nudo en la garganta. No entendía por qué; al fin y al cabo nada de lo que él dijera tenía por qué hacerle daño. Lo único que Kane había dañado había sido su orgullo, y quizá esa noción romántica que cualquier chica de dieciocho años tiene de su primera relación «seria». Y seria lo había sido, puesto que había llegado a acostarse con él. Pero, desde el punto de vista sentimental, le había tenido cariño, pero nunca había llegado a estar enamorada de él. No le había roto el corazón. Eso vino después, cuando se dio cuenta de que él no era el chico estupendo que ella había creído, y tuvo que admitir que había sido una tonta y una ingenua por haber estado con él. Eso sí que le había roto el corazón. Pero no por mucho tiempo, ya que el dolor no había tardado en convertirse en odio.

—Lo hiciste todo lo bien que se puede hacer una cosa así. Romper con alguien no es fácil.

—Tampoco habíamos estado juntos mucho tiempo.

—Lo sé.

—Aunque fue intenso.

Otro nudo en la garganta le hizo carraspear.

—Sí, lo recuerdo.

Cruzaron el descansillo y, de pronto, él se le adelantó. Durante un largo momento, la estudió con sus intensos ojos azules antes de

preguntar:

—¿De cuánto te acuerdas?

Rhiannon tomó aire. ¡No debía preguntarle aquello! Y mucho menos esperar que ella respondiera. ¿Qué esperaba? ¿Que olvidara momentáneamente todos aquellos años de rabia y resentimiento para mantener una conversación sobre lo bien que se lo habían pasado en la cama? ¡Podía esperar sentado!

Sus pensamientos debían haberse reflejado en sus ojos, porque vio con incredulidad que él sonreía. Una sonrisa lenta e inquietante que indicaba que él lo recordaba tan bien como ella.

—No me refería a «eso».

Rhiannon apretó los labios, furiosa por haberle dado el gusto de aquella pequeña victoria.

—¿Adonde exactamente quieres ir a parar?

Echando un rápido vistazo por encima del hombro para comprobar que la puerta del dormitorio de Lizzie estaba cerrada, se acercó aún más a ella.

—Estos días he estado pensando y…

¡Genial! ¿Ahora qué? Rhiannon se puso en lo peor.

—… me preguntaba si te acordabas de cómo era yo entonces. Quiero decir que un poco debía de gustarte, puesto que acabamos en la…

Rhiannon pestañeó, confusa. No era lo que había esperado oír.

—Pues claro que me gustabas. Qué tontería. Si no, no hubiera…

—Sí —asintió él lentamente—. Eso mismo pensaba yo.

Estaba muy cerca de ella y a Rhiannon le pareció advertir en su aliento un ligero aroma a café. Pensó que siempre olía a algo que recordaba a un sabor: canela, menta, café. Como si subliminalmente la estuviera invitando a probarlos.

Kane tomó aire, fijó en ella su mirada y continuó con una voz íntima y profunda.

—Y si te gusté lo suficiente como para intimar conmigo tantas veces, seguramente no pensabas que yo era una mala persona.

Ella se rio con sarcasmo.

—¡Ah! Ya sé por dónde vas.

Ella intentó apartarlo y seguir por su camino, pero él volvió a bloquearle el paso.

—Y si no me considerabas una mala persona, ¿por qué pensaste que ignoraría tu carta? ¿Que permitiría que criaras a la niña tú sola? Eso es lo que no entiendo.

Rhiannon miró inquieta por encima de su hombro para asegurarse de que Lizzie no podía oírlos.

—¡Tenía dieciocho años! ¡Tenía dieciocho años, y estaba embarazada, y tú te habías convertido en el Hombre Invisible! ¡Cuando vi que no me contestabas, tenía demasiadas cosas en qué pensar como para analizar por qué un chico tan estupendo se había convertido en un cerdo de la noche a la mañana! ¡Maldito seas!

Tras escupir esas palabras, lo agarró por la muñeca y lo apartó de su camino.

—Me alegra ver que la maternidad y los años te han dulcificado…

—¿Qué quieres que te diga, Kane? ¿Que, a pesar de todo lo que pensé de ti en su momento, me equivoqué? Pues muy bien, lo reconozco.

Su admisión de culpabilidad lo dejó desconcertado.

—He visto cómo se porta Lizzie cuando está contigo; está loca contigo. Y a ti se te cae la baba con ella. Y si crees que puedo quererla como la quiero y no sentirme culpable por habérselo negado…

Se detuvo durante un instante para tratar de controlar la voz, que había empezado a rompérsele, y contener las lágrimas que se le agolpaban en los ojos.

—… entonces me conoces tan poco como yo a ti.

—Rhiannon…

El tono dulcificado de su voz terminó por quebrar su resistencia. Cuando volvió a mirarlo, apenas pudo distinguir su rostro tras el caudal de lágrimas que anegaba sus ojos. Odió que él la viera así.

—Nunca debí haberle negado la posibilidad de que te conociera, porque yo misma sé lo que es sentirse rechazada por tu propio padre. Así que tienes razón, ¿vale? Me equivoqué. ¡Tú ganas!

# Capítulo 6

Rhiannon desapareció escaleras arriba antes de que Kane, de pie en el descansillo, tuviera tiempo de reaccionar. De todas las cosas que le había dicho, una era cierta: que él no la conocía más que ella a él.

Elevó la mirada con el ceño fruncido, al tiempo que reflexionaba sobre si debía seguirla y plantearle todas las preguntas que lo atormentaban por dentro. Pero pensó que presionarla otra vez en aquel momento sería contraproducente. Independientemente de lo mucho que odiaba lo que había hecho, tenía que respetarla por ser la madre de Lizzie. La madre de su hija. Y, por muy dolido que estuviera por haber estado separado de su hija tanto tiempo, tenía que mostrar respeto por la mujer que la había criado tan bien, especialmente ahora que reconocía sentirse culpable por la decisión que había tomado. La admisión de Rhiannon le había hecho reflexionar sobre su propia parte de culpa en la historia. Sí, era cierto que él había tenido sus razones para no estar allí, para no contarle por qué no podía… Pero, ¿acaso ella no había tenido también sus propias razones? Tuvo que reconocer, a regañadientes, que quizá las conductas de ambos habían estado justificadas. Pero la única manera de descubrir si esto era cierto era conseguir que ella confiara en él lo suficiente para contárselo, establecer una línea de comunicación entre ambos. Al fin y al cabo, era lo que se supone que hacen los padres. Por lo menos, los buenos padres.

Desde que había caído rendido ante los encantos de su hija, había meditado mucho sobre Rhiannon, pero no acababa de dar con muchas respuestas, algo que molestaba especialmente a alguien cuya vida profesional se había basado siempre en la resolución de problemas.

Por eso la había presionado. Necesitaba respuestas. Porque, aunque era fácil limitarse a seguir enfadado con ella, necesitaba averiguar cuánto de la Rhiannon de antaño permanecía en la mujer que tenía delante de él en carne y hueso. Para mantener a la niña al margen de su padre durante tanto tiempo tenía que haberlo odiado mucho. Y, sin embargo, había criado a Lizzie estupendamente. ¿Cómo era posible que fuera capaz de odiarle tanto a él y al mismo tiempo amar tanto a la hija que él le había dado? ¿Sería una cuestión de instinto maternal? Rhiannon había comentado varias veces lo mucho que Lizzie se parecía a él, y él mismo podía ver

muchas similitudes entre ambos. Aquello debía de haberle resultado muy difícil a Rhiannon.

Había presionado a Rhiannon con la intención de darle sentido a todo aquello, pero en su lugar había provocado una reacción que lo había dejado aún más confuso. No se había esperado su respuesta, y menos aún que reconociera que se había portado mal.

Se había sentido confundido al hablar de la relación que habían mantenido en el pasado. Que ella diera por sentado que se estaban refiriendo al aspecto sexual de la misma había provocado en él una poderosa reacción física casi inmediata. Había visto en sus grandes ojos castaños que ella se acordaba tan bien como él del tiempo que habían pasado juntos. Se preguntó si ella sería consciente de lo fácil que le resultaba leer sus pensamientos cuando la pillaba desprevenida.

Durante los últimos días había recordado que había algo de ella que siempre le había gustado: su evidente inteligencia. Lizzie también la tenía. Su capacidad para aprender rápidamente no la había heredado sólo de él. Después de haber pasado tanto tiempo con ella sabía que en su hija había tanto o más de su madre que de él. Estaba empezando a dolerle la cabeza.

Una puerta se abrió en el piso superior. Su cuerpo se puso en tensión ante la posibilidad de que reapareciera Rhiannon pero, en su lugar, emergió una sonriente Lizzie.

—¿Me estás esperando?

Kane soltó un suspiro de alivio y le devolvió la sonrisa.

—Sí, venga, vamos a cenar.

En aquella casa sólo se sentía completamente a gusto en la compañía de Lizzie. Pero sabía que no podía seguir posponiendo el pasar tiempo con Rhiannon. Tenían que tratar de comunicarse. Necesitaba respuestas. Y observándola no había podido deducirlas, aunque sí había reparado en su gracia natural, en la manera sensual en que inclinaba el cuello para masajearse los hombros, su costumbre de pasarse la lengua por los labios cuando se ponía nerviosa. Todos esos gestos que la hacían tan femenina y que removían algo en su interior, algo que no había sentido por mujer alguna en mucho tiempo.

—He encendido la chimenea —comentó de pie en el umbral, mientras observaba a Rhiannon con cautela e intentaba dotar a su voz de un tono suave.

Ella parecía cansada; unos grandes círculos negros rodeaban sus ojos, y su piel no estaba tan radiante como otras veces.

Kane la admiró secretamente por tener el valor de bajar de su habitación y sentarse a la mesa. Por mucho que le incomodara su presencia, Rhiannon estaba decidida a que no interfiriera en su relación con Lizzie. Y Kane sabía que no le resultaba tarea fácil.

Rhiannon, que estaba concentrada en la tarea de limpiar la mesa con un paño, tomó aire antes de responderle. También debía de resultarle agotador estar en guardia siempre que estaban los dos solos.

Kane metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y se apoyó contra el marco de la puerta.

—En esta casa hay unas corrientes tremendas, ¿no crees?

—Sí, es algo que ocurre en la mayoría de las casas grandes y antiguas.

Había funcionado. Quizá hablar de Brookfield era un buen comienzo.

—Mattie decía que siempre te había gustado este lugar.

—Sí —asintió ella, mientras se dirigía a la pila para escurrir el paño—. Brookfield es especial. Es el típico lugar con el que sueñas cuando eres pequeña. Una vez vi en un escaparate una casa de muñecas de tres pisos parecida a ésta, y se convirtió en la casa de mis sueños. Además, a Lizzie siempre le ha encantado estar aquí.

Kane pensó en lo poco que recordaba de la vida anterior de Rhiannon. Lo único que le venía a la memoria era que venía de una familia humilde. ¿Le había contado algo más? Seguro que no; de lo contrario se acordaría.

Ella volvió a hablar:

—¿Dónde está la niña?

Kane se dio cuenta de que no estaba cómoda a solas con él. Pero si iban a establecer un puente de comunicación, no le iba a quedar más remedio que aguantarse.

—Ha subido a ducharse —dijo apartándose del marco de la puerta y dirigiéndose hacia la cocina—. ¿Quieres un café?

Notó que ella dudaba, y decidió adoptar un aire despreocupado.

—Voy a hacerme uno de todas maneras.

—Vale, entonces sí.

Al acercarse a la pila para llenar la cafetera de agua rozó a Rhiannon sin querer. Tan pronto sintió el brazo de Kane junto al suyo, Rhiannon retrocedió de un salto. Kane suspiró impaciente.

—No muerdo.

Ella no respondió, limitándose a doblar el paño y depositarlo en

el borde de la pila. Se dirigió a un armario en busca de las tazas y el café. Mientras, Kane puso la cafetera al fuego y sacó leche de la nevera. Kane cayó en la cuenta de que era la primera vez desde que vivía en aquella casa, que hacían algo juntos, aunque fuera en completo silencio.

—Creo que tú y yo deberíamos pasar más tiempo juntos antes de decirle a Lizzie quién soy.

Rhiannon lo miró con incredulidad.

—¿Por qué demonios íbamos a hacerlo?

—Porque creo que es mejor que los padres colaboren a que estén todo el tiempo peleándose. Y para eso tenemos que conocernos mejor.

No parecía que a Rhiannon le hubiera hecho mucha gracia la idea, y eso le hizo sonreír. Por lo menos sabía que no era el único que encontraba aquella situación embarazosa.

—Los dos sabemos que es una niña inteligente. Seguro que percibe la tensión cuando tú y yo estamos en la misma habitación. Y eso la va a llevar a hacerse preguntas.

—Así que según tú deberíamos llevarnos mejor por su bien —preguntó ella entrecerrando los ojos.

—Exactamente.

—¿Y cómo vamos a conseguirlo?

Él se encogió de hombros.

—En algún momento debimos llevarnos lo suficientemente bien como para concebirla.

Ella apartó la vista de él, ruborizada.

—Eso fue hace mucho tiempo. Éramos unos críos.

—Es verdad. Pero ahora que somos adultos, deberíamos anteponer los intereses de Lizzie a los nuestros.

—No sé cómo vamos a conseguirlo. Nunca lo intentamos, y ahora es demasiado tarde.

—Yo creo que nunca es tarde para procurar que nuestra hija no se sienta entre dos fuegos —dijo él mientras llenaba las tazas de café.

—No me gustaría que se sintiera así.

—Así pues, estamos de acuerdo en algo.

La observó mientras vertía leche en las tazas. Sus largas pestañas parpadeaban al tiempo que meditaba. Vio cómo pasaba la punta de la lengua por los labios, cómo su pecho subía y bajaba al respirar profundamente. Luego se volvió hacia él y, mirándolo a los ojos, esbozó una tímida sonrisa al tiempo que le pasaba una de las tazas.

—Sí, supongo que sí.

Kane sonrió, un poco más relajado.

—Por algún sitio tenemos que empezar.

Rhiannon tardó un largo tiempo en responder.

—Puede que tengas razón.

Sus dedos se rozaron brevemente al tomar él la taza que ella le ofrecía. Rhiannon volvió a tomar aire antes de hablar.

—Ya que has encendido la chimenea, podíamos ver la tele un rato antes de que Lizzie se vaya a la cama.

Iba a ser la primera velada que iban a pasar los tres juntos, y ambos lo sabían. Kane asintió, satisfecho. Al fin y al cabo, la idea había sido suya.

# Capítulo 7

Después de unas cuantas noches en las que consiguió dormir a pierna suelta, Rhiannon se sintió mucho mejor. También contribuyó a su estado de ánimo el hecho de que el tiempo tormentoso estaba remitiendo para dar paso a un brillante sol invernal que se colaba por las numerosas ventanas de Brookfied.

Seguía sin sentirse del todo cómoda en compañía de Kane, a pesar del efecto catalizador de Lizzie. Pero por lo menos ya no discutían. Y eso tenía que ser bueno. Kane tenía razón: era mejor que, como padres, se comunicaran entre sí. Eso era indiscutible. Pero su uso constante de las palabras «nuestra», «nosotros» y «juntos» seguía resultándole difícil de digerir, ya que sugerían un vínculo entre los dos que, sencillamente, no existía. ¿O sí? No se podía negar que Lizzie era un punto de unión, le gustara o no. Así pues, en honor a ese entendimiento, preparó dos tazas de café y, tras un profundo suspiro, se dirigió escaleras arriba al territorio de Kane. Dudó unos instantes antes de golpear con los nudillos la puerta entreabierta.

—… y después me los envías por correo electrónico.

Él alzó la vista, con el teléfono móvil pegado al oído, y arqueó las cejas en un gesto interrogante mientras ella esperaba en el umbral. Bajando la mirada se fijó en las tazas que ella llevaba y le hizo un gesto con la mano para que entrara.

—Sí, muy bien. Pero quiero que primero Colm eche un vistazo a los nuevos gráficos; él ya conoce los problemas que tuve con los últimos.

Se inclinó y estiró el brazo para alcanzar la silla en la que se sentaba Lizzie normalmente, y le dio la vuelta para que quedara frente a Rhiannon, invitándola a sentarse con otro gesto. Pero ella negó con la cabeza. No quería interrumpirlo, ni sentarse a beber el café en su compañía. Su intención era dejarle la taza y bajar a buscar la ropa sucia que sin duda encontraría en el dormitorio de Lizzie.

Cuando ella depositó la taza en la mesa que había tras él, Kane sostuvo el teléfono entre el hombro y el oído y la tomó con una mano, mientras que con la otra rodeó la muñeca de Rhiannon y tiró de ella para que se sentara en la silla.

No necesitaba hablar para mostrarse autoritario.

—No, de ninguna manera. Esa presentación era malísima. La

idea es que parezca un juego más caro, aunque no lo sea en realidad.

Frunció los labios ligeramente al notar que ella se resistía y volvió a tirarle de la muñeca. Así que, poniendo los ojos en blanco, Rhiannon obedeció y se hundió en la silla dando un suspiro. No iba a pasar nada por concederle unos minutos.

—Quiero verlo primero.

Rhiannon se giró en la silla para echar un vistazo a las pantallas que tenía detrás. En una de ellas aparecían imágenes de un bosque de dibujos animados y en otra líneas y líneas en un código totalmente incomprensible para ella.

—Sí —Rhiannon supo que estaba sonriendo por el tono de su voz—, ya los he telefoneado.

Una carcajada profunda hizo que ella se volviera para mirarlo.

—De verdad. Nunca te lo crees, a menos que seas tú la que me pase la llamada —volvió a reír.

Así que estaba hablando con una mujer. Por eso estaba de tan buen humor.

—Vale, pregúntaselo la próxima vez que llamen. Y cuando te digan que, efectivamente, hablé con ellos, me llamas para disculparte —sonrió mientras escuchaba la réplica de su interlocutora—. No, pero deberías. Muy bien. En eso quedamos.

Apartó el teléfono de su oído, cerró la tapa con uno de sus largos dedos y alargó la otra mano para alcanzar la taza.

—Gracias por el café.

—Me había hecho uno para mí —no quería dar pie a un malentendido—. No quiero interrumpirte; no debe de ser fácil dirigir la empresa desde tan lejos.

—No pasa nada. Sara me mantiene informado; es su trabajo tenerme a raya.

Rhiannon fingió una expresión de desinterés. No era asunto suyo qué mujer «lo tenía a raya», aunque pensó que sería interesante conocer a la mujer que fuera capaz de hacerlo.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Kane añadió:

—Sara ha sido mi secretaria desde hace tres años.

Rhiannon asintió, y evitó su mirada de complicidad fijándose en las imágenes que se movían en la pantalla, que representaban a hombrecillos trabajando en un valle, cortando árboles y construyendo casas.

—¿Es nuevo?

—No —respondió al tiempo que depositaba la taza de café sobre la mesa y se inclinaba hacia ella para hacer clic en el ratón y

mostrarle la pantalla completa—. Es una versión actualizada de uno de nuestros videojuegos más vendidos. La paz y tranquilidad de este lugar me ha permitido dedicar un tiempo a retocarlo.

—Entonces será mejor que te deje…

Pero él la detuvo colocando el brazo que le quedaba libre en el respaldo de la silla.

—¿Por qué no pruebas?

—No sé cómo se juega.

—Teniendo en cuenta lo mucho que le gustan a Lizzie, quizá sería una buena idea que aprendieras.

Sosteniendo la taza entre ambas manos, Rhiannon trató de ignorar la proximidad de su cuerpo. Lo observó mientras se desplazaba, concentrado, de un lugar a otro de la pantalla. Alzó la mirada y se fijó en que uno de sus mechones estaba apuntando en dirección contraria a los demás, como si se hubiera pasado los dedos en algún momento. Resistió la tentación de estirar la mano y colocarlo en su sitio.

—Te advierto que la tecnología y yo somos incompatibles.

—Sí, lo recuerdo —dijo él sonriendo.

La miró por el rabillo del ojo, y Rhiannon no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Si te acuerdas, entonces no creo que te apetezca que me cargue este videojuego. Seguro que vale mucho más que los que diseñabas antes.

—Sí, pero todo lo que diseño hoy día es más fácil de usar y está mejor protegido. Si te las arreglas para dejarlo colgado, entonces es que no he hecho bien mi trabajo.

Él se concentró en la pantalla, mientras a Rhiannon se le formaba un nudo en la garganta al recordar la última vez que se había «cargado» una de sus creaciones. Aquel día, él se había quedado boquiabierto al ver cómo los gráficos quedaban enredados en unas misteriosas líneas de códigos. Rhiannon se había disculpado en medio de una irreprimible carcajada, que se hizo más sonora cuando él la apartó de la pantalla y empezó a hacerle cosquillas en venganza. Finalmente, la risa se desvaneció el encontrar Rhiannon la manera de «compensarle».

Se llevó la taza a los labios y bebió un buen trago de café.

—Ya está —anunció Kane acercando su silla aún más a la de ella para llegar al teclado—. La idea es la siguiente: tú eres la soberana de un nuevo reino que ha sobrevivido a un naufragio, y tu misión es crear toda una civilización desde cero, utilizando solamente los recursos que tienes a mano.

Él comenzó a golpear las teclas con suavidad. Detrás de él, Rhiannon trató de concentrarse en lo que estaba haciendo, pero no puedo evitar que su mente empezara a divagar. Acababa de darse cuenta de que no olía a su colonia habitual; sino a champú, a jabón y a esa esencia puramente masculina que emanaba de él de forma natural. Sintió que se le encogía el corazón. ¿Cómo diablos podía seguir sintiéndose tan atraída físicamente hacia él después de haberse pasado diez años de su vida odiándolo con pasión?

—Sigue las instrucciones que aparecen en la pantalla —le aconsejó él en tono divertido—. Y trata de no dejarlo colgado.

Rhiannon tardó un rato en olvidar la proximidad de sus cuerpos pero, finalmente, el juego exigió toda su atención. Media hora después, descubrió que estaba disfrutando de verdad.

—Ahora entiendo por qué los niños se pasan las horas muertas frente a estos aparatos.

—Es adictivo, ¿verdad?

—Es muy ingenioso. Tener el control sobre todas esas vidas te hace sentir, ¿cómo lo diría? Omnipotente.

—El juego también te enseña a negociar y a delegar, y la importancia de que todos los sectores de la sociedad trabajen juntos para conseguir que…

Rhiannon se echó hacia atrás en la silla y lo observó con curiosidad. Kane sacudió la cabeza antes de preguntar:

—¿Por qué me miras así?

—Todos los juegos que diseñas tienen fines educativos, ¿verdad?

Sonriendo, él dirigió la mirada a la pantalla antes de volver a clavarla en ella.

—No exactamente. Pero lo cierto es que todos los juegos te enseñan algo, aunque sólo sea a manejar el ratón con más destreza. Hoy en día, los ordenadores forman parte de la vida de casi todo el mundo. Es importante que los niños adquieran conocimientos sobre los mismos desde pequeños; de esa manera estarán mejor preparados para su futuro profesional.

¿Sería Kane un idealista en el fondo? No le sorprendería, a pesar de que esta idea estaba reñida con la opinión que de él había tenido durante tanto tiempo. Durante los últimos días había llegado a la conclusión de que quizá había permitido que sus propias percepciones nublaran su criterio a la hora de juzgarlo. No había querido atribuirle cualidades que pudieran hacerle sentir afecto por él. Pero la realidad era que eso facilitaría mucho su labor de padres… juntos. Juntos. De nuevo esa palabra.

Rhiannon trató de encontrar algo que decir al tiempo que

apartaba su mirada de sus intensos ojos azules y la clavaba en la pantalla, donde su pequeño reino se extendía rápidamente.

—Me alegro de que puedas ayudar a Lizzie con la informática; yo siempre he sido nula para esto. Estás teniendo una buena influencia sobre ella. Ha sacado muy buenas notas en el examen de matemáticas.

Se produjo un largo silencio antes de que Rhiannon oyera un crujido procedente de la silla de Kane. Por el rabillo del ojo vio que éste se inclinaba hacia ella.

—Lo sé. Pero gracias por decírmelo —dijo con voz ronca.

Rhiannon carraspeó y lo miró de soslayo para descubrir, azorada, que estaba más cerca de lo que ella creía.

—Sólo estoy diciendo la verdad —declaró ella con aire de fingida despreocupación.

—Y vamos a necesitar mucha sinceridad si queremos que esto funcione. Así que yo también voy a serte sincero —con una mano agarró el apoyabrazos de la silla de Rhiannon y la giró para que ambos quedaran frente a frente, con las rodillas en estrecho contacto—. Creo que las has criado estupendamente, Mac.

Oír la abreviatura de su apellido fue como un mazazo. ¿A qué estaba jugando? Nadie, aparte de Kane, la había llamado nunca así. En su momento había sido un apelativo cariñoso, como «querida» o «mi vida». Su corazón empezó a latir con fuerza.

—Gracias.

—Sólo estoy diciendo la verdad —replicó él sonriéndole con los ojos azul cobalto.

Ella lo miró con timidez. En aquel momento se sentía ridículamente avergonzada. Como cuando tenía dieciocho años y se había vuelto loca por aquel estudiante de veintiuno, con su sonrisa picara y su irresistible sensualidad. Ahora era más peligroso, si cabe. Porque entonces ella no había sabido lo compatibles que eran físicamente. Y ahora sí lo sabía. Como también sabía que sería muy fácil volver a caer rendida. Este último pensamiento le hizo ponerse a la defensiva.

—En fin —comentó apoyando ambas manos sobre los reposabrazos e impulsándose con los pies—. Después de haber perdido el tiempo con tu jueguecito…

Él sujetó ambos reposabrazos y tiró de ella hacia abajo, esta vez sin sonreír.

—No lo hagas.

—¿Que no haga el qué? —parpadeó inocentemente—. ¿Irme? Estoy tan ocupada como tú, ¿sabes? Una casa de este tamaño no se

organiza sola.

—Estás huyendo.

—¿Qué? ¿Huyendo en busca de la ropa sucia que me espera abajo? Por favor, no puedo reprimir mi entusiasmo. Detenme, te lo ruego.

—Y ahora estás utilizando el sarcasmo como arma de defensa.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Recuerdo más cosas sobre ti de las que a ti te gustaría. Pero no pasa nada. Lo entiendo; esto de ser sinceros el uno con el otro me incomoda tanto como a ti. Si te sirve de consuelo, no eres la única.

Ella era consciente de que lo estaba mirando fijamente, pero no podía evitarlo. Vio cómo la mirada de Kane se deslizaba por los mechones que le enmarcaban el rostro y viajaba hacia sus hombros, y de ahí a su pecho. Luego volvió a subir, lentamente, deteniéndose en su boca durante unos instantes, hasta que por fin volvió a mirarla directamente a los ojos.

—Puede que no nos resulte fácil, pero tenemos que aprender a ser sinceros el uno con el otro. Tenemos que hacerlo por el bien de Lizzie.

Rhiannon asintió en silencio, y repitió sus palabras en tono neutro.

—Sí, tenemos que hacerlo por el bien de Lizzie.

No había ninguna otra razón para hacerlo.

# Capítulo 8

Era el perro más grande que había visto en su vida. Rhiannon miró, asombrada, la enorme cabeza que le llegaba a la altura de la cintura, los ojos oscuros y tristones y las matas de pelo grisáceo que colgaban de sus enormes mandíbulas y llegaban hasta el suelo de pizarra de la cocina.

Tragó saliva sin osar moverse. Pensó que si el perro decidiera comérsela no tendría ni siquiera que masticar.

—¿A que es precioso? —preguntó una sonriente Lizzie desde el umbral—. Kane me dejó escoger y éste era el que tenía los ojos más caídos. Se llama *Winston*.

—¿Este perro es tuyo?

—Sí —contestó la niña rodeando el cuello del animal con los brazos—. Mío y sólo mío. Voy a prepararle una camita en mi habitación.

Debía de estar bromeando.

—¿Y dices que te lo ha comprado Kane?

¿Sin consultarla? Verdaderamente, aquello estaba pasando de castaño oscuro. ¿Qué había ocurrido a la comunicación? Eso le pasaba por dejarles salir solos.

—¿Dónde está Kane?

—Ha ido con John, el chico de los ponis, a echarle un vistazo a los establos.

¿Conque a los establos?

Rhiannon abrió bruscamente la puerta de la cocina y se dirigió al patio posterior de la casa, donde estaban los establos que antaño habrían almacenado los carruajes. La verdad es que era una lástima que estuvieran vacíos, pero eso no quería decir que Kane pudiera llenarlos con animales a petición de Lizzie. Por lo menos, no sin consultarlo antes con ella.

Siguiendo el rumor de unas voces masculinas, traspasó el umbral de piedra con los brazos cruzados sobre el pecho. Al ver a Kane no pudo menos que sonreír. Allí estaba, el «señor empresario», ataviado con una camisa de cuadros, unos vaqueros gastados y unas pesadas botas de trabajo en los pies, haciendo un esfuerzo por encajar en la vida campestre. Pensó que si se permitía el lujo de sentirse conmovida por aquello, estaría perdida.

—Por unos cuantos miles podrás comprar uno que sea seguro. Pero prefieren tener compañía —estaba diciendo John.

—Bueno, hay espacio de sobra —asintió Kane.

Rhiannon se aclaró la garganta para hacerse notar.

—¿Puedo participar en esta conversación antes de que conviertas Brookfield en un zoo? —preguntó ignorando deliberadamente a Kane, y fijando su atención en el joven que estaba a su lado—. Hola, John, me alegro de volver a verte.

—Lo mismo digo, Rhiannon. Estás muy guapa, como siempre.

Ella le sonrió con ganas.

—Eres encantador, John. ¿Cómo está tu padre?

—Hecho un energúmeno, como de costumbre. A ver si vas a verlo y le calmas un poco. Le encanta que Lizzie y tú vayáis a visitarlo.

—Lo haremos, te lo prometo.

Los interrumpió la voz ligeramente irritada de Kane.

—Veo que os conocéis. John ha venido a echarle un vistazo a los establos por si compro uno o dos ponis.

¿Había dicho «uno o dos»?

—Ya hablaremos de eso, no hay prisa ninguna.

—Le prometí a Lizzie que le regalaría uno.

Rhiannon sonrió con dulzura y adoptó un tono almibarado al decir:

—Creo que el perro es regalo suficiente por el momento. Un «gran» regalo. ¿No habéis encontrado nada más pequeño como, por ejemplo, un cachorro de elefante?

John soltó una carcajada, y Kane le lanzó una mirada disimulada de fastidio.

—Los daneses son conocidos por su carácter leal y alegre. *Winston* es grande pero bonachón.

—Coincido en lo de grande —replicó Rhiannon—. ¿No podíais haber elegido un cachorro por lo menos?

Los ojos de Kane centellearon.

—*Winston* es un cachorro.

Rhiannon se quedó boquiabierta.

—¿Me estás diciendo que «eso» va a crecer aún más?

John disimuló una segunda carcajada tras un ataque de tos, antes de intervenir:

—Los establos están en buenas condiciones para alojar un poni. Llamadme cuando os decidáis y estaré alerta por si encuentro algo apropiado.

—Gracias, John —Rhiannon volvió a sonreír al tiempo que le tendía la mano—. Recuerdos a tu padre.

—Le diré que iréis a verlo pronto.

—Sí, díselo.

Rhiannon siguió sonriendo una vez hubo desaparecido el delgado muchacho. Hasta que, por el rabillo del ojo, vio que Kane se cruzaba de brazos detrás de ella, e inmediatamente el ambiente cambió. No tuvo que esperar mucho tiempo a que Kane hablara.

—No es tu tipo.

Ella se giró y vio que Kane la estaba observando muy de cerca, como si estuviera esperando una reacción. Cuando adoptaba esa actitud decidida y enérgica, exudaba una sexualidad intensa, deliciosa, que Rhiannon encontraba muy tentadora. Se humedeció los labios con la punta de la lengua antes de responder.

—¿Y quién es mi tipo, según tú?

—Él no, desde luego. Le das mil vueltas —respondió con firmeza sin dejar de mirarla fijamente a los ojos.

Rhiannon no había pensado en salir con hombres en un futuro próximo, pero aun así…

—Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé —respondió él con una sonrisa que rezumaba seguridad en sí mismo.

Rhiannon mordió el anzuelo.

—Así que no sólo vas a decidir cuántos millones de animales voy a tener que cuidar una vez te hayas marchado, sino que además vas a elegir mis novios…

—Lizzie quiere un poni, lo sabes tan bien como yo, y le voy a comprar uno. Por otro lado, no tengo intención de irme todavía, así que el asunto del novio no es un problema.

¿Querría eso decir que sí sería un problema que ella saliera con alguien delante de sus narices? Prefería no conocer la respuesta, así que volvió al tema del poni.

—Espero que no estés intentando comprar su amor, porque no necesitas hacerlo. La niña te adora.

Quizá Kane estaba todavía aprendiendo a ser padre. Recordó que, antes de tener a Lizzie, ella misma no había sabido nada sobre la maternidad. Y seguía aprendiendo, día a día. Aun así, ¿de verdad pensaba él que comprándole regalos caros, concediéndole todos sus deseos, iba a conseguir que la niña lo amara más?

—Ahora va a resultar que no le puedo comprar regalos a mi hija —replicó él frunciendo el ceño.

—Sabes perfectamente que no es eso lo que quiero decir. Simplemente, creo que es mejor que te siga queriendo por ser quién eres y no por las cosas que le compras.

Kane asintió brevemente tras dar un hondo suspiro.

—Creo que tengo que compensarla por todos los regalos de cumpleaños y de Navidad que no le he hecho durante los últimos diez años. Y un poni y un perro no es para tanto. No estoy intentando comprar su cariño.

Él le dio la espalda y comenzó a caminar hacia la puerta. Rhiannon sintió una punzada de decepción en la boca del estómago. Sentía que habían dado un paso atrás, y deseó que aquella escena no hubiera tenido lugar. Quería volver al punto al que habían conseguido llegar antes de la discusión. Pero, por otro lado, ardía en deseos de hacerle una pregunta. Necesitaba saber qué había desencadenado la sucesión de reacciones que se había producido unos años antes, aquel factor inicial que la había llevado a tomar determinadas decisiones, equivocadas a veces. Necesitaba saber por qué había desaparecido como lo hizo. Y sólo había una manera de averiguarlo.

—¿Por qué te fuiste?

Kane se detuvo en seco, como si una pared invisible se hubiera materializado delante de él. Giró la cabeza y, clavando la mirada en el suelo, preguntó:

—¿Cuándo?

—Sabes muy bien cuándo.

—Eso ya no importa. Estamos esforzándonos por arreglar las cosas. Dejémoslo ahí.

Él volvió a dar un paso hacia la puerta, y ella lo siguió.

—No puedo. Sé que no puedo volver al pasado y cambiar las cosas. Pero no hay acción sin reacción. Sé que debería haber hecho lo posible por decirte que estaba embarazada, pero lo cierto es que desapareciste de la faz de la tierra. Fue como si hubieras dejado de existir. Hasta que creaste tu empresa y tú y Mattie la presentasteis a los medios de comunicación. Por aquel entonces Lizzie tendría unos tres años.

Él se detuvo, y ella aprovechó para tomar aire y tratar de encontrar un sentido a lo que estaba tratando de decir.

—Ahora que sé que cometí un error al no tratar de encontrarte, necesito saberlo: ¿dónde estuviste todos aquellos años? ¿Por qué dejaste la universidad antes de tiempo?

Kane volvió a girarse. Tensó la mandíbula mientras fijaba la vista en un punto indeterminado de la pared. En ese momento, Rhiannon supo que fuera lo que fuese, era algo que lo incomodaba. Mientras Kane se debatía entre si responder o no, Rhiannon dio unos tímidos pasos en su dirección hasta situarse en un lugar desde el cual sólo tenía que estirar el brazo para tocarlo.

Necesitaba saberlo, era la pieza que faltaba para completar el *puzzle*. Aquellos instantes de espera le parecieron una eternidad. Kane seguía dudando, y Rhiannon insistió.

—Necesito saberlo. A ti te importan las razones que me llevaron a actuar como lo hice, ¿no? ¿Por qué no me iban a importar a mí las tuyas?

—Puede que tengas razón —dijo con voz ronca—. Pero he estado pensando, y creo que hablarlo no va a cambiar nada.

—Lo sé. Aun así, tengo que saberlo —decidió hacer un último intento—. Kane, te he estado observando cuando estás con Lizzie, y me has recordado al Kane que yo conocí. Ha llegado el momento de deshacerme de todo el odio con el que he cargado todos estos años. Cuando te fuiste y descubrí que estaba embarazada, me asusté. No tenía a nadie con quien hablar, y el padre de mi hijo había desaparecido. Me las tuve que arreglar yo sola, y nunca te lo perdoné.

Rhiannon dio un último paso hasta situarse justo detrás de él.

—Me gustaría entenderlo para poder olvidarlo de una vez por todas.

—¿Así de fácil? ¿Una explicación va a borrar de un plumazo el odio que has acumulado durante todos estos años? ¡Qué bien controlas tus emociones, Rhiannon!

Ella captó el tono sarcástico en su voz y aquello fue la gota que colmó el vaso. Había hecho todo lo posible, pero prefería arder en el infierno antes de volver a darle la oportunidad de explicarse.

—Nunca digas que no lo intenté —murmuró pasando por su lado en dirección a la salida. Había alcanzado la puerta cuando oyó su voz grave, retumbante.

—Estuve enfermo.

Rhiannon se detuvo en seco. Como si de una cruel broma del destino se tratara, recordó el día en que Mattie había pronunciado unas palabras similares: «Estoy enfermo».

—¿Enfermo? ¿De qué?

Buscó en su rostro la misma expresión fatalista que Mattie había lucido aquel día. Sus ojos se encontraron, los de Kane de un azul tan oscuro que parecían tan negros como aquella primera noche en la cocina.

—Lo suficiente como para tener que irme y encontrar la manera de luchar contra la enfermedad.

—¿Qué enfermedad? —preguntó Rhiannon.

—Ninguna que pueda haberte contagiado, si es eso lo que te preocupa.

Cuando quería, podía ser muy cruel.

—No me refería a eso.

Los hombros de Kane se relajaron un poco. Mirando hacia otro lado, se aclaró la garganta y anunció lo que Rhiannon deseó no fuera cierto.

—Cáncer.

¡No!

Él debió de percibir la angustia reflejada en el rostro de Rhiannon, pues trató inmediatamente de suavizar la situación.

—Estoy en remisión desde hace mucho tiempo.

Lentamente, empezó a recordar.

—Por eso Mattie y tú os hicisteis tan amigos de repente.

Durante su época universitaria habían sido amigos, pero no tanto como unos años después. Y, aunque Rhiannon se había preguntado el porqué del cambio, nunca se había sentado a analizarlo. Hasta ahora.

—Teníais algo en común. Mattie estuvo luchando contra la leucemia casi toda su vida.

—Sí —intervino él con expresión grave—. Pero yo gané la batalla y él la perdió.

Daba la impresión de que se sentía culpable por ello. Rhiannon sintió que el mundo temblaba bajo sus pies. Y pensar que lo había juzgado todos esos años…

—Él sabía que ésa era la razón por la que te fuiste.

Kane se acercó a ella. Rhiannon bajó la vista y la fijó en el vello oscuro que sobresalía por el pico de la camisa.

—No, no lo supo hasta hace unos años, cuando volvió a enfermar. Él sabía la verdad sobre Lizzie, ¿verdad?

—Sí —asintió Rhiannon.

—Me lo imaginaba —negó con la cabeza y sonrió con amargura —. Debería haberme dado cuenta yo mismo. Es algo que me ha obsesionado durante los últimos tiempos.

—No, soy yo la que debería haberte encontrado para contártelo. Si hubiera sabido que… ¿Por qué no me contó Mattie que estabas enfermo?

Él esbozó una cálida sonrisa que le recordó al Kane de antaño. Se había equivocado al juzgarlo.

—Igual que tú le pediste que no me contara nada a mí, yo le pedí que no hablara con nadie de mi enfermedad.

Tenía razón. La primera vez que Mattie le había preguntado si Lizzie era de Kane, Rhiannon le había hecho prometer que nunca jamás se lo contaría a Kane. Mattie, que se consideraba su mejor

amigo, le había discutido la decisión, pero la había respetado.

—Pero… ¿no se lo contaste absolutamente a nadie?

Él se encogió de hombros con indiferencia, como si estuvieran hablando del tiempo.

—Mi familia lo sabía. Pero hacerlo público no era exactamente la estrategia ideal a la hora de conseguir inversores para nuestra empresa. Tampoco quise que lo supieran los accionistas.

—Dices que estás en remisión —después de haberlo odiado tanto tiempo, se sorprendió del dolor insoportable que sentía en aquellos momentos. Pensó que no podría aguantar volver a perder a un ser querido—, ¿quiere eso decir que…?

—La enfermedad no ha vuelto a manifestarse en los últimos ocho años. Pero la palabra cáncer suele alarmar a las personas que han invertido dinero en ti; te miran de manera diferente.

Rhiannon comenzó a entender. Kane se había encerrado en sí mismo, había desaparecido de la faz de la tierra para luchar en soledad; había aprendido a ocultar sus sentimientos de la gente que tenía alrededor. Algo que Rhiannon entendía, quizá mejor que nadie.

Sus pensamientos debían de estar reflejándose en los ojos, porque Kane añadió:

—Gracias, Rhiannon, pero no tengo por qué darte pena. Estuve enfermo, pero ya no lo estoy. Fin de la historia.

Pero no era pena lo que sentía, sino comprensión y respeto. Si hubiera sabido entonces lo que sabía ahora…

Kane suspiró hondo al tiempo que se acercaba a ella. Rhiannon contuvo el aliento, preguntándose qué haría a continuación. Su proximidad la abrumaba y estuvo a punto de cerrar los ojos. Él inclinó la cabeza hacia ella y, haciéndole cosquillas en el cuello con su aliento, susurró:

—Ahora ya lo sabes. En cuanto al tema de Lizzie que inició esta discusión, tendrás que acostumbrarte durante un tiempo. Pero que quede claro que no estoy intentando comprar su amor.

Rhiannon giró la cabeza lentamente para mirarlo, pero no encontró nada que decir. Le pareció que lo estaba viendo por primera vez. Él la observó de una manera parecida, paseando la vista por su pelo, su frente y el arco de sus cejas. Rhiannon se quedó sin respiración. No recordaba haber tenido nunca tantas ganas de que alguien la besara. Pero él se limitó a parpadear un par de veces antes de continuar en voz grave:

—Quiero que me quiera por quién soy, por supuesto. ¿Qué padre no lo querría?

—Ya te quiere.

—Eso espero; es posiblemente la única hija que voy a tener, por culpa del cáncer.

# Capítulo 9

No tardaron en instalarse en una rutina que no resultó ser tan penosa como Rhiannon esperaba. Estaba descubriendo que Kane tenía más virtudes que defectos, aunque no acababa de sentirse completamente cómoda en su presencia.

Lo observaba sin que él se diera cuenta y lo escuchaba atentamente cuando hablaba, tratando de resolver el rompecabezas de su personalidad de manera que adquiriera sentido para ella.

Al mismo tiempo, era muy consciente de su presencia física, de la agitación que la invadía cuando él entraba en una habitación, y de la excitación que le aceleraba el pulso cuando se le acercaba. Pero ninguno de estos sentimientos era tan intenso como el dolor de imaginarse a aquel hombre luchando en soledad contra su enfermedad. Aun sin haber estado unida a él por los lazos del amor, había sentido por él el afecto suficiente como para desear sobrellevar el cáncer con él, de haber tenido elección.

Si bien recientemente se había sentido celosa del tiempo que él pasaba con su hija, ahora tenía celos de los ratos que Lizzie pasaba con él, algo disparatado viniendo de una mujer que hasta hacía poco no había tolerado su mera presencia. Pero entonces no sabía lo que sabía hora.

Mientras, él había asumido con naturalidad su papel de padre, como si lo hubiera sido toda la vida. Le gustaba ir a recogerla al colegio, verla salir corriendo hacia él y charlar con ella en el camino de vuelta sobre cómo había sido su día. Disfrutaba haciendo los deberes con ella y admiraba su inteligencia y su habilidad para resolver problemas.

Por las noches se reunían los tres alrededor de la mesa, y Lizzie parloteaba sin parar, haciendo que Rhiannon se riera con una franqueza difícil de imaginar si hubiera estado sola en presencia de Kane. Era su momento favorito del día, que le dejaba un sabor agridulce en la boca, pues le hacía pensar en cómo sería la vida familiar si las cosas fueran diferentes…

Así pues, con la ayuda de Kane en las tareas diarias, Rhiannon se lanzó de lleno a la compleja tarea de dirigir una casa del tamaño de Brookfield. Era una actividad que la mantenía ocupada durante varias horas al día, mientras la niña estaba en el colegio.

Aquel día, tras el almuerzo, se dirigió al escritorio de la biblioteca, donde se amontonaban pilas y pilas de papeles que no

hacían sino recordarle todo lo que le quedaba por hacer. Cuando empezó a dolerle la cabeza, decidió darse un descanso. No estaba lloviendo, por lo que salió a darse un paseo para despejarse.

No había pasado del patio trasero de la casa cuando oyó un crujido proveniente de los establos. Allí encontró a Kane. Con la camisa arremangada, estaba afanado en la tarea de derribar fardos de paja que a continuación sacudía para que las briznas quedaran sueltas. Rhiannon contempló, hipnotizada, los músculos de sus brazos mientras le recorría ese cosquilleo que ya empezaba a resultarle familiar. Era la primera vez que estaba completamente sola con él desde que había tomado la determinación de mantenerse ocupada. Sabía que estaría más segura yéndose de allí, pero por alguna razón no era capaz de moverse.

—Lizzie te matará cuando se entere de que lo estás haciendo sin ella.

Él alzó la vista sorprendido y esbozó una amplia sonrisa.

—Me perdonará cuando vayamos a comprarle ese estúpido animal.

El estúpido animal había sido idea de Kane, si bien éste había tenido la delicadeza de consultarle en el momento de la elección. Rhiannon pensó que si el poni se adaptaba a su vida diaria tan bien como lo había hecho *Winston*, no habría ningún problema. Claro que preferiría no tener un poni siguiéndola a todas partes en ausencia de Lizzie.

—Te tiene completamente dominado, ¿lo sabes?

—Eso es lo que ella cree.

Rhiannon no pudo evitar soltar una carcajada de incredulidad.

—Embustero.

Él volvió a sonreír, y Rhiannon pensó que era en esos momentos cuando más disfrutaba de su compañía; cuando podían mantener una conversación sin mal ambiente de fondo. ¿Por qué no podrían ser las cosas así todo el tiempo?

—No te enfades conmigo, especialmente ahora que estaba pensando en darte algo.

Los ojos de Rhiannon se abrieron como platos.

—Estaba pensando que un programa de ordenador para la contabilidad de la casa te facilitaría bastante la vida —continuó—. Lizzie me ha dicho que tienes una montaña de papeleo. Encontraré a alguien que pueda diseñar un programa a tu medida.

—¿Me estás diciendo que tus propios servicios son demasiado caros?

—Eso también —respondió inclinando la cabeza hacia un lado y

descansando el pie en la horca—. Pero me refería a que quizá sería mejor que lo hiciera alguien que viva por aquí, que te ayude con cualquier problema que te pueda surgir cuando yo ya no esté.

Rhiannon sintió una presión inesperada en el pecho.

—Sí, me imagino que ese momento está cada vez más cerca. Lizzie te va a echar de menos.

Y su madre también, pensó.

—Yo también la voy a echar de menos a ella. Pero esta vez no me iré tan lejos.

La conversación había llegado a un incómodo punto muerto.

—Bueno, te dejo que sigas con lo tuyo. Voy a pasear a *Winston* antes de ir a buscar a Lizzie. A ver si me despejo un poco —declaró dándose la vuelta.

—Quizá podrías echarme una mano. Te lo agradecería. Necesito más fardos de los que pensé en un principio; se nota que no he preparado un lecho para ponis en mi vida.

Soltando la horca, se dirigió a la ventana, donde había una botella de agua. Desenroscó el tapón e, inclinando la botella, dio un largo trago de agua. Ella observó cómo su nuez subía y bajaba mientras dejaba pasar el líquido, y cómo se le había quedado humedecido el labio inferior una vez hubo terminado.

—Deberías dejar que lo hiciera Lizzie; tiene que darse cuenta de que el poni es su responsabilidad.

Él no contestó y se limitó a mirarla fijamente con sus ojos azul oscuro.

Rhiannon se preguntó por primera vez si no estaría echando de menos su vida en Dublín. Sabía que tenía una empresa enorme a su cargo pero, aparte de lo que salía en las revistas, en las que aparecía de vez en cuando asistiendo a algún acontecimiento social acompañado de mujeres impresionantes, desconocía por completo su vida privada. ¿Tendría novia? ¿Estaría en época de transición? ¿Sería el tipo de hombre que tenía aventuras esporádicas cuando lo necesitaba? Su vida privada no era asunto suyo, pero no podía evitar sentir una gran curiosidad. Al fin y al cabo, la mujer con la que acabara iba a formar parte de la vida de su hija… Vaya, la idea no le gustaba nada.

Kane soltó la botella.

—Vamos, el trabajo compartido es más llevadero —sentenció, alargando el brazo y agarrándola suavemente por el codo—. Tú remueves la paja en ese lado, y yo hago lo mismo en el mío. Nos encontraremos en el medio.

Había algo metafórico en lo que acababa de decir. Rhiannon

supuso que pasar un poco de tiempo en su compañía haciendo algo sencillo no le haría ningún daño. Si él estaba dispuesto a hacer el esfuerzo, entonces ella también. Así que se arremangó la camisa y se agachó para levantar un fardo.

—No me puedo entretener mucho. Tengo que ir a recoger a Lizzie.

—No te preocupes, yo te aviso cuando llegue la hora. De todas maneras, trabajando juntos terminaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Durante un rato trabajaron en silencio. Estando cada uno en un extremo del establo, lo único que podía oírse era el crujido de la paja. Pero, conforme se iban acercando el uno al otro, se iba haciendo cada vez más patente la necesidad de quebrar el silencio con una conversación trivial.

—Debes de echar de menos tu vida en Dublín.

Genial. De entre todos los temas de conversación que podía haber elegido, incluido el del tiempo, había tenido que sacar uno que demostraba su curiosidad. Verdaderamente, era un genio.

—En parte. Pero la vida en el campo no es tan aburrida como recordaba.

—Es verdad, tus padres tenían una casa en la campiña, ¿no?

—Sí, y siguen teniéndola. No la visito muy a menudo, pero fue un lugar fantástico en el que crecer. A Lizzie le encantará.

Ya estaban hablando de Lizzie otra vez. A Rhiannon se le ocurrió que quizá no era la única que se sentía segura volviendo a ese tema. Permanecieron en silencio unos minutos.

—Me imagino que es más conveniente vivir en la ciudad cuando eres el director de una empresa tan grande como la tuya.

—Sí —replicó él, divertido—. Pero es una cuestión de pura logística. Una empresa necesita empleados, y en las ciudades hay más gente. Pero en lo que respecta al diseño de juegos y programas nuevos, es algo que se puede hacer desde cualquier lugar.

Lo cual explicaba que hubiera podido vivir con ellas durante tanto tiempo. Pero eso no quería decir que su vida entera girara en torno al trabajo. Seguro que echaba de menos otras cosas.

—En la ciudad tendrás una vida social más intensa, me imagino.

—Sí, eso es cierto. ¿Qué pasa, que ya estás echando de menos las luces y el movimiento de la gran urbe? —preguntó él, burlón.

—Oh, terriblemente —respondió ella siguiéndole la broma—. Salir de discotecas, pasar todas las noches de fiesta en fiesta… Ya sabes cómo es la vida de las madres solteras.

Tan pronto hubo dicho esas últimas palabras, se quedaron

mirándose el uno al otro. Generalmente, aquél era el momento en el que Kane hacía un comentario hiriente sobre cómo él no sabía cómo era la vida de un padre gracias a ella. Pero esta vez no lo hizo. En su lugar, sonrió.

—Sí, es exactamente igual cuando diriges una gran empresa y eres responsable de cientos de empleados.

Mientras ambos se agachaban para repartir mejor la paja, Rhiannon no pudo morderse la lengua.

—Pues a juzgar por la cantidad de fotografías que han aparecido en las revistas a lo largo de los años, en las que sales con mujeres despampanantes, no se puede decir que hayas llevado vida de monje.

Por el rabillo del ojo, Rhiannon vio que él se había detenido, y se maldijo internamente por haber dado a entender tan claramente que había seguido su vida a lo largo de los años. Daba la sensación de que había estado muy interesada, cuando no era cierto. Simplemente, había sido difícil ignorar aquellas fotografías; nada más…

Tras unos tensos instantes, él volvió a la faena y ella suspiró aliviada.

Siguieron trabajando hasta que por fin se juntaron en el centro del establo. Aunque estaba intentando concentrarse en su tarea, no podía evitar ser consciente de cada uno de sus movimientos, de su poderosa masculinidad. Deseó poder pasar tiempo con él sin ser consciente de aquello en todo momento.

Sintió que había llegado el momento de volver a hablar de trivialidades, quizá esta vez de algo un poco menos comprometido. Pero antes de que pudiera abrir la boca, él preguntó:

—¿Crees que ya hay suficiente?

Rhiannon sonrió al pensar que no era la única que sentía la necesidad de hablar por hablar.

—Creo que esto es un establo de cinco estrellas. De todas maneras, ¿por qué me lo preguntas? Eres tú el que se crió en el campo; yo nunca tuve ponis cuando era pequeña.

Cuando lo miró, se encontró con que en sus labios se estaba empezando a formar lentamente una pícara sonrisa.

—Mi hermano y yo teníamos un método para ayudar a mi hermana a averiguar si el lecho era lo suficientemente profundo.

—Pues utilicémoslo —asintió ella.

—¿Estás segura?

Ella lo miró y le pareció advertir un brillo en sus ojos que la hizo desconfiar.

—¿Qué hacíais exactamente?

Él frunció los labios como si estuviera tratando de reprimir otra sonrisa.

—La tirábamos al lecho, y si se daba con el suelo, entonces sabíamos que necesitábamos más paja.

Rhiannon contuvo el aliento. No podía hablar en serio.

—¡No te atreverás…! —exclamó ella.

Él dudó durante unos instantes antes de preguntar:

—¿Me estás desafiando?

Ella dobló las rodillas e hizo ademán de echar a correr hacia la puerta. Él la imitó.

—Te estoy advirtiendo —le previno ella blandiendo un puñado de paja delante de él.

Su ceño se frunció brevemente, como si estuviera confuso por su reacción. Y de pronto, muy lentamente, empezó a asomar otra sonrisa en la comisura de sus labios mientras decía con voz profunda:

—Suelta esa paja —le advirtió.

—No… no… —replicó ella—. No estoy dispuesta a que me utilices para una de tus pruebas.

Él tomó aire y, poniéndose derecho, aseguró:

—No era más que una broma.

Rhiannon se relajó y bajó el brazo.

—Está bien.

Él asintió y volvió a fruncir los labios.

—Era una broma… ¡hasta que bajaste la guardia! —exclamó.

Con un movimiento rápido se lanzó sobre ella y la izó en sus brazos. Mientras ella protestaba y se agarraba a lo primero que encontró, su camisa, él empezó a balancearla hacia un lado y hacia otro.

—Uno… dos…

Rhiannon empezó a reír descontroladamente mientras se agarraba a él con todas sus fuerzas.

—¡Para, Kane! Te juro que si me sueltas te vienes conmigo.

—¡Has empezado tú!

—¡Mentiroso!

—Considéralo tu iniciación a la vida rural.

Y sin más dilación, la soltó. Pero Rhiannon estaba firmemente agarrada a él, de modo que cuando cayó al lecho, su peso atrajo hacia sí el torso de Kane que, resbalando, cayó sobre sus rodillas. Sin parar de reír, Rhiannon lo soltó para llenarse las manos de paja y lanzárselas a la cabeza.

Comenzó una batalla campal que Rhiannon sabía que no podría ganar. Aprovechándose de su superioridad física, Kane la hizo rodar por la paja hasta que Rhiannon tuvo que pedir clemencia.

—Yo creo que es lo suficientemente profundo —anunció él con la respiración entrecortada, una vez la hubo soltado.

Rhiannon continuó riendo hasta quedar sin aliento, sintiéndose más ligera de lo que se había sentido en muchos años.

—¿Cuántas veces le hicisteis esto a vuestra pobre hermana?

—Un montón de veces —respondió él alargando el brazo para quitarle una larga brizna que se le había quedado enredada en el pelo—. Se convirtió en nuestro pasatiempo preferido.

—Seguro que eras un niño odioso.

—Sí, lo era —confesó sonriendo—. Ahora soy igual, pero en mayor.

Rhiannon le devolvió la sonrisa.

—Sí, lo eres.

Vio cómo él volvía a fijarse en su pelo y alargaba el brazo para quitarle otra brizna. Luego la miró a los ojos y en cuestión de segundos el ambiente cambió. Su corazón empezó a latir con fuerza.

—Así es como éramos antes, ¿no?

—Sí —respondió ella con la voz ronca.

Él asintió antes de volver a mirarla largamente. Sus dedos volvieron a acercarse al rostro de Rhiannon para apartar otra brizna de paja, pero esta vez se quedaron allí acariciándola lentamente. Ella tragó saliva con dificultad. Pensó que debía levantarse e irse de allí. No tenía sentido sucumbir a algo que era puramente físico. No por segunda vez.

Kane giró la mano, y con la punta de los dedos comenzó a acariciarle la mejilla, la frente y el arco de las cejas. Aunque estaba tumbada, Rhiannon tuvo la sensación de que se estaba precipitando en el vacío. Su cuerpo empezó a despertar a una serie de sensaciones hasta entonces dormidas. Nunca había llegado a olvidar lo que él podía llegar a hacerle sentir con el simple roce de su mano… o de su boca.

Cuando sus dedos se aproximaron al labio inferior, dio un hondo suspiro.

—Esto es una mala idea.

—Lo sé —asintió él con voz ronca y espesa.

—No tiene sentido dejar que esto suceda otra vez.

—No, no lo tiene.

Él seguía acariciándole lentamente el labio inferior y acababa de empezar con el superior.

—Lo único que tenemos en común ahora es la niña.

—No, Mac, no es lo único. Seguimos teniendo esto.

El primer contacto con su boca fue extremadamente suave, casi reverente, como si él hubiera sido consciente de que era demasiado pronto para demostrar más pasión. Pero ella gimió en protesta; necesitaba algo más. En un movimiento reflejo nacido de la familiaridad, izó su mano y la hundió en su cabello. Era como ella lo recordaba: ligeramente grueso al tacto, pero suave y sensual al mismo tiempo. Él recorrió su boca con los labios, rozándolos apenas, de un extremo a otro. Luego, inclinándose hacia ella, la besó más profundamente. Rhiannon entrelazó sus dedos en su pelo con más fuerza, y comenzó a masajearle con suavidad la nuca, haciendo que él relajara los hombros y se hundiera más en ella. Se dio cuenta de que seguía recordando lo que le gustaba a él, igual que él parecía acordarse de lo que le daba placer a ella. Porque tenían un pasado en común. Pero no un futuro.

Inmediatamente, retiró la mano de su nuca y se detuvo. Kane se dio cuenta en seguida de que algo ocurría y, apartando su boca de la de ella, se incorporó ligeramente para mirarla a los ojos.

Qué fácil sería caer en la tentación. Pero no podía hacerlo. No por segunda vez. Una pasión desenfrenada en una relación pasajera había resultado suficiente cuando era joven y libre; pero las cosas habían cambiado. Y ella quería algo más que eso.

—Tengo que ir a buscar a Lizzie al colegio.

Kane asintió. Echándose hacia atrás, le dejó el espacio suficiente para que se incorporara y a continuación se puso en pie al tiempo que se sacudía la paja de la ropa con las manos.

—Deberías cambiarte primero.

—Lo sé.

Rhiannon se dirigió hacia la puerta del establo sin mirar atrás. Porque eso es lo que tenía que hacer: dejar de mirar atrás.

# Capítulo 10

Kane no tenía ni idea de por qué la había besado. Hasta el último momento no había tenido ninguna intención de hacerlo. No se sentía muy orgulloso de sí mismo.

Estaban demasiado anclados en el pasado. Le había recordado tiempos pasados y había sucumbido. Pero él era ya un hombre maduro y debería haber demostrado más autocontrol.

El autocontrol; ése era el problema. Desde que había entrado en esa casa aquella primera noche, había ido perdiendo poco a poco el control sobre las cosas.

Sentía que caminaba sobre un terreno movedizo, lo que seguramente explicaba que hubiera acabado confesándole la verdad sobre su desaparición de hacía tantos años.

«No hay acción sin reacción», le había dicho ella. Y tenía razón. Si él no hubiera enfermado, si no se hubiera ido, entonces…

Pero no había tenido más que veintiún años y había pensado que era invencible. Le había costado trabajo acostumbrarse a la idea de que no lo era. Pero creía que, en general, no se las había arreglado mal. Había sorteado su enfermedad y había continuado con su vida. Hasta que fue testigo de cómo Mattie llevaba a cabo una lucha similar y la perdía…

Aquella pérdida le había hecho replantearse lo que había hecho con su vida hasta entonces. Supuso que era una reacción natural derivada del sentimiento de culpabilidad que le provocaba el seguir viviendo cuando su amigo había muerto.

La visión de Lizzie forcejeando con el «cachorillo» para intentar quitarle un peluche de la boca le hizo sonreír. No había nada en el mundo capaz de levantarle el ánimo tanto como el mero hecho de mirarla. Cada día la quería más. Al fin y al cabo, aquella niña era un milagro. Era la hija que se había resignado a no tener.

Y sabía que tenía que agradecerle a Rhiannon ese milagro, y toda la dicha que éste le procuraba. La habían concebido entre los dos. Y aquello le unía a Rhiannon para el resto de sus días, de una manera que trascendía lo puramente físico. Como lo que acababa de darle con tanta facilidad tras diez minutos de juegos sobre un lecho de paja.

Rhiannon siempre había tenido ese efecto sobre él. Desde aquel día en que le sonrió desde el mostrador de la cafetería de la universidad. Su sonrisa, el brillo de sus ojos, su manera de coquetear con él no tardaron en convertirse en algo que él aguardaba con ilusión todos los días. Aquello había bastado para atraerlo hacia una mujer a la que no tardó en hacerse adicto.

Claro que en aquella época tenía solamente veintiún años y era el típico macho gobernado por sus propias hormonas, que no pensaba en el futuro o en cómo la falta de comunicación podría perjudicar a largo plazo una relación. La vida era un juego, una aventura, una sucesión de días que había que llenar con nada más que risas y diversión.

Había sido el descubrimiento casual de un bulto lo que le hizo replantearse las cosas.

Saber que Lizzie era producto de su relación con Rhiannon le estaba obligando a recordar su pasado. Pero no merecía la pena hacerlo. Al fin y al cabo, lo pasado, pasado estaba. Terminar su relación con Rhiannon había sido una de las muchas cosas que había tenido que hacer para romper con un mundo en el que la gente no tenía que enfrentarse a su propia mortalidad. Pero no pudo evitar preguntarse: si no hubiera caído enfermo, si no hubiera roto con ella, si hubiera esperado a ver en qué se convertía aquella aventura que había comenzado como una pasión puramente sexual… Kane odiaba las hipótesis. Y ahora estaba rodeado de ellas. Al contrario que en su vida profesional, donde estaba acostumbrado a lidiar con la incertidumbre, en su vida personal no toleraba las variables. Siempre se había cuidado de no relacionarse íntimamente con mujeres cuyas metas a medio plazo fueran el matrimonio y la procreación de los dos o más hijos correspondientes. Hijos que él no podría darles sin la ayuda de un especialista.

Ahora, a todas las variables que parecían gobernar su vida, tenía que añadir una nueva: la constatación de que la atracción física que había existido entre Rhiannon y él en el pasado seguía viva. El beso que se habían dado en el establo así lo demostraba.

Dirigió la vista hacia las puertas que daban a la parte trasera de la casa, donde Rhiannon parecía pasar la mayor parte de su tiempo desde el episodio del establo. Al principio pensó que estaba tratando de esconderse. Pero ya no estaba tan seguro. Tenía que tratarse de algo más, a juzgar por los círculos oscuros que habían rodeado sus ojos las dos últimas noches. Si había algún problema, tenía que saber de qué se trataba.

—¡Kane! —Lizzie dejó de forcejear con el perro y esperó a que

Kane la mirara para sonreírle y preguntar—: ¿Podemos llevar a *Winston* al lago como hicimos ayer?

—Por supuesto —contestó él descruzando las piernas y poniéndose en pie—. Voy a preguntarle a tu madre si quiere venir con nosotros. A lo mejor quiere despejarse.

—Vale.

Rhiannon no lo oyó llegar. Lo supo en el momento en el que apartó las cortinas y la vio con la cabeza apoyada en las manos. Como si hubiera sentido su presencia, ella alzó la vista. Se ruborizó nada más verlo.

—Hola —lo saludó, precavida, y Kane echó de menos el desenfado con el que se habían tratado el uno al otro antes de besarla—. No me puedo creer que ya sea la hora de comer.

Miró el reloj y, tras comprobar la hora, arqueó las cejas y preguntó:

—¿Ha ocurrido algo?

—No, no ocurre nada. Lizzie quería saber si te apetecía ir a dar un paseo, así que he venido a preguntártelo.

Él la observó mientras consideraba la cuestión. Finalmente, su mirada se suavizó y esbozó una tímida sonrisa.

—La verdad es que no me vendría nada mal un descanso.

Kane le devolvió la sonrisa desde el umbral de la puerta. Miró en derredor. Aquél era el despacho de Mattie, la habitación en la que en tantas ocasiones había hablado francamente con su amigo de todas aquellas cosas que ocultaba al resto de la gente, como por ejemplo, sus miedos. Paseó la vista por los libros, papeles y facturas desparramados por el escritorio y por fin se detuvo en el rostro de Rhiannon. Ésta había sido muy guapa a los dieciocho años, cuando se conocieron, pero ahora, con veintinueve, era completamente diferente. Se había convertido en una mujer adulta, dotada de unas sensuales curvas que no había tenido de joven, y que Kane había podido adivinar bajo la ropa cuando estuvieron tendidos juntos sobre el lecho de paja. La atracción física había estado presente desde aquella primera noche en la cocina. Por eso había estado tan tenso con ella aquellos primeros días, porque sentía que estaba perdiendo el control de la situación. Se preguntó cómo reaccionaría ella si insistiera.

—¿Estás trabajando en la contabilidad de la casa?

Ella respiró hondo antes de contestar.

—Hay muchas cosas que aprender. Yo tengo experiencia en contabilidad, pero esto… es demasiado.

—Es una casa muy grande.

—Y una gran responsabilidad.
—Mattie te consideraba capacitada para hacerte cargo.
Por lo que él sabía, Rhiannon había sido la única persona que entendía la pasión de Mattie por Brookfield. Había que ser una persona especial para disfrutar de todo lo que conlleva el mantenimiento de una mansión como aquélla. Era el trabajo de toda una vida. Un legado que en el pasado se había trasmitido de generación en generación. Y que el futuro, pasaría de Rhiannon a Lizzie, lo cual era otra razón por la que Kane debía involucrarse en cualquier problema que pudiera surgir. Esa casa representaba el futuro de Lizzie, el futuro de su hija. Su legado. De repente, le asaltó un pensamiento que le hizo fruncir el ceño.
—Yo tenía razón. Esta casa no puede mantenerse si no es por las rentas obtenidas por el terreno… Rhiannon, ¿desde cuándo supo Mattie la verdad sobre Lizzie?
Rhiannon parpadeó, confusa.
—No sé por qué…
—¿Desde cuándo? —insistió Kane con la voz tranquila—. No tengo intención de empezar otra pelea; simplemente, necesito saberlo.
El reconocimiento de esas palabras, que ella misma había utilizado para hacerle confesar su gran secreto, le hizo facilitarle la información.
—Me imagino que lo supuso desde un principio. Él siguió viniendo a la cafetería mucho después de que tú desaparecieras. Ahí fue cuando nos hicimos amigos —sonrió mientras recordaba—. Fue él quien le regaló a Lizzie su primer osito de peluche. Pero no me lo preguntó directamente hasta poco antes de casarme con Stephen.
Kane asintió.
—Sí, es lo que me imaginaba.
Rhiannon lo miró con extrañeza.
—¿Me he perdido algo?
—Mattie siempre fue muy metódico, hasta cuando cometía locuras. Debería haberme imaginado que había algo más —Kane sacudió la cabeza sonriendo con ironía—. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo.
—No me estoy enterando de nada.
Él se apartó del escritorio y, señalando las puertas abiertas, le dijo sonriente:
—Ven a dar un paseo y quizá te cuente lo que pienso.
La miró con las cejas enarcadas, desafiante, y sonrió aún más cuando ella puso los ojos en blanco y dejó escapar una risita. Le

gustaba llevarse bien con Rhiannon. Además, sentía que así recuperaba un poco de control y eso le hacía sentir mejor, lo cual era hasta cierto punto irónico teniendo en cuenta que acababa de darse cuenta de hasta qué punto los habían manipulado a los dos.

—Muy bien —replicó ella incorporándose—. Voy a buscar el abrigo. Me tienes intrigadísima; no me puedo resistir a un buen caso de misterio.

—En éste no tengo nada que ver —y, en un tono grave pero burlón añadió—: Ya me has sacado mis más terribles secretos.

Ella inclinó la cabeza con coquetería.

—Dudo mucho que los conozca todos.

Kane la observó durante unos instantes.

—Conoces los suficientes.

—Sí, me imagino que sé lo que necesito saber.

Llevaban un rato caminando juntos, hablando de banalidades y comentando la flora y la fauna del lugar. Era un extraño momento de camaradería, que Rhiannon quiso saborear con intensidad. Cerró los ojos y se llenó los pulmones del aire invernal. Sonrió con satisfacción.

—Te encanta este lugar, ¿verdad? —la voz profunda de Kane sonó muy cerca de su hombro.

Cuando abrió los ojos y alzó la vista, esbozó una sonrisa todavía más amplia. De pronto, se sintió ligeramente avergonzada, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta las circunstancias de su último encuentro a solas. Ahora, aun con Lizzie apareciendo y desapareciendo a lo lejos, tras los árboles, volvían a encontrarse solos. Este pensamiento hizo que se le acelerara el pulso.

—Sí.

Él asintió y se detuvo cerca de la orilla. Mirando a un punto indefinido del suelo, preguntó:

—¿Sabías que Mattie te iba a dejar la casa en herencia?

—No tenía ni idea.

Ella frunció el ceño mientras él se agachaba para elegir unos cantos planos y redondos. Esperó que él no pensara que había hecho algo para influenciar la decisión de Mattie. Habían sido muy buenos amigos, casi como hermanos. De hecho, Mattie se había convertido en su única familia cuando la suya propia le había dado la espalda.

—Yo creo que lo decidió hace mucho, mucho tiempo. De hecho,

creo que lo tenía decidido cuando me ofreció venderme el terreno.

Rhiannon lo observó mientras él seleccionaba uno de los cantos. Tras dar un paso atrás, extendió el brazo hacia atrás y lanzó con fuerza la piedra, que dio unos cuantos saltitos sobre la superficie del agua antes de hundirse. Sonrió como lo haría un chiquillo.

—Me alegro de que no se me haya olvidado cómo hacerlo.

El corazón de Rhiannon dio un vuelco.

—No sabes lo mucho que me recuerdas a Lizzie cuando sonríes así.

Ella misma se quedó sorprendida por haber hablado así y se limitó a seguir sonriendo.

—Es una niña muy guapa —asintió mientras volvía a lanzar otra piedra.

Rhiannon sacudió la cabeza. ¿Quién era ese hombre? Cada día se sentía más fascinada por los diferentes aspectos de su personalidad. Y cada día él decía o hacía algo que la confundía. Esto debía haberla enfurecido, sobre todo después del beso, pero era imposible enfadarse con un hombre tan encantador, tan atractivo, tan increíblemente irresistible.

—Gracias a Dios que estoy yo aquí para ponerle el ego en su sitio —comentó ella antes de volver al asunto principal de la conversación—. ¿Qué te hace estar tan seguro de que Mattie lo había planeado todo con tanta antelación?

—Creo que él sabía que iba a perder la batalla. Su pelea duró más que la mía, y estaba resignado a disfrutar del poco tiempo que le quedaba. Pero ese poco tiempo lo empleó en recapacitar y en hacer planes de futuro. Él era ese tipo de hombre. Pensó en la gente a la que quería, y trató de imaginarse lo que sería de ellos cuando él ya no estuviera aquí.

Rhiannon se preguntó si Kane se habría llegado a ver en una situación similar. ¿Cómo sería plantearse la propia muerte cuando se es tan joven y se está lleno de vida? ¿Con quién habría hablado? Para un hombre como él debía de haber sido difícil confesar una debilidad. Pero desaparecer y enfrentarse a la enfermedad en soledad requería un valor extraordinario por el que ella sentía un reverencial respeto.

Un nuevo pensamiento le encogió el corazón. Se preguntó cómo habría reaccionado ella si Kane hubiera perdido la batalla. Seguramente, Mattie hubiera hecho lo posible por asegurarse de que no lo leía en los periódicos. Pero de enterarse, le hubiera causado un gran dolor, más profundo si cabe que el que sintió cuando perdió a Mattie. Pero la tristeza no hubiera sido tan

espantosa como si algo le ocurriera ahora…

—En cualquier caso… —continuó Kane—. Yo creo que cuando me vendió el terreno sabía que algún día tú serías la propietaria de la casa. Fue una encerrona, una manera de obligarnos a dialogar.

Rhiannon se quedó boquiabierta.

—¿Cómo…?

—Sí —continuó él con calma sin dejar de lanzar piedras al lago —. Sabía que la finca y la casa tenían que permanecer juntas, y se aseguró de que yo no pudiera vender la una sin la otra. Dudo mucho que tuviera los problemas económicos de los que se quejaba. Nos manipuló para que nos viéramos en esta situación.

Rhiannon no podía creer lo que estaba oyendo, pero de pronto todo pareció adquirir sentido.

—El muy ladino…

—Exacto. Sabía lo cabezotas que somos los dos. Y también era consciente de que ambos nos habíamos hecho una idea muy equivocada el uno del otro…

—Así que decidió arreglarlo a su manera, ¿no?

Él clavó la mirada en el horizonte.

—Sí, creo que sí. Esto es algo que se me acaba de ocurrir, pero estoy seguro de que fue así. Recuerdo haberle oído hablar de que la casa y el terreno eran inseparables y de cómo eso puede unir a la gente. No he entendido lo que quería decir hasta ahora.

Rhiannon estaba tan sumida en sus recuerdos, arrullada por la voz masculina, que tardó unos momentos en darse cuenta de que él la estaba observando. Cuando por fin lo hizo, sus miradas se entrecruzaron y la invadió un sentimiento de inevitabilidad.

—Tú consideras este lugar como tu legado para Lizzie, ¿verdad? Algo que permanecerá una vez te hayas ido…

Rhiannon asintió en silencio, conmovida.

—Yo quiero que mi parte de su legado sea el terreno. Así es como debe de ser. Las dos partes indisolublemente unidas para poder sobrevivir en un futuro. Una mitad de tu parte, y la otra de la mía.

—No tienes por qué hacerlo —acertó a decir sin atragantarse de emoción.

Él sacudió la cabeza y la miró con determinación.

—Sí, voy a hacerlo. Es lo que deseo.

Rhiannon permaneció clavada en el sitio mientras él se aproximaba aún más y explicaba con voz ronca:

—Yo la quiero, Mac. No sé si es demasiado pronto para sentir algo tan intenso, pero es la verdad. Mi vida ahora gira en torno a

ella.

Como había girado la suya propia desde el momento en que la sostuvo entre sus brazos por primera vez.

—Lo sé.

—Y quiero asegurarle un futuro. El resto lo podemos solucionar entre nosotros. Ahora podemos hacerlo, ¿no?

—Sí —susurró ella al tiempo que asentía con la cabeza para darle más énfasis a su respuesta.

Desde el momento en que él había dicho que amaba a Lizzie, sentía el pecho atenazado de la emoción. Lizzie era probablemente la única hija que tendría jamás.

—Quiero que se lo digamos ahora, si estás de acuerdo —continuó—. No creo que haya necesidad de seguir esperando.

Él asintió, mirándola fijamente con sus intensos ojos azules mientras se acercaba todavía más a ella.

—Sí, ha llegado el momento. ¿Te parece que lo hagamos después de cenar? Así podrá preguntarnos lo que quiera. Se lo contaremos juntos.

Juntos. Rhiannon asintió sin moverse de su sitio.

Él se aclaró la garganta.

—¿Has pensado ya en lo que le vas a decir?

Ella rio, nerviosa, y se enjugó con el dedo una lágrima solitaria que resbalaba por su mejilla.

—No tengo ni la más remota idea. Supongo que se me ocurrirá algo adecuado en el momento. No es fácil explicarle a tu propia hija que no eres infalible; sobre todo cuando le has dejado que se crea que sí lo eres.

—Mac, lo has hecho todo por ella desde que nació. Y has hecho un trabajo estupendo. Cualquier cosa que digas servirá.

El uso del apelativo cariñoso, unido a sus palabras de apoyo en un momento en el que necesitaba oírlas más que nunca, bastaron para derrumbar el muro que años antes había erigido en torno a su corazón.

Si pudiera volver al pasado, nunca apartaría a ese hombre de su hija. Era un hombre increíble. Cualquier niño se sentiría afortunado de tenerlo por padre. Habían sido su propio miedo y su propio resentimiento los que la habían llevado a mantenerlos separados, y nunca podría perdonárselo.

Como si pudiera leer sus pensamientos, Kane le rodeó el rostro con ambas manos en un gesto de infinita ternura.

—Mamá…

Kane se apartó de ella como si se hubiera quemado, y ambos

dirigieron sus miradas a Lizzie, que los observaba con expresión de curiosidad.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó la niña, traviesa.

—Estaba a punto de enseñar a tu madre a hacer botar las piedras en el río —explicó Kane al tiempo que se aclaraba la garganta—. ¿Te gustaría aprender a ti también?

—¡Sí, por favor!

Él se agachó para recoger unas cuantas piedras mirando de reojo a Rhiannon. Ella le devolvió la mirada, preguntándose si estaría arrepentido de haber estado a punto de besarla de nuevo. ¿Lo habría hecho como consecuencia de la emoción que ambos habían sentido al hablar de su hija y de su futuro, o porque se había dado cuenta de que sus sentimientos hacia él habían cambiado?

# Capítulo 11

Cuando volvieron a la casa, una visita inesperada hizo que no fuera necesario esperar a la hora de la cena para mantener la conversación con Lizzie.

Rhiannon no la había visto nunca. La mujer, esbozando una cálida sonrisa, se disculpó por presentarse sin avisar y se presentó como la presidenta de la Fiesta de la Caza, que tenía lugar en Brookfield todos los años. Sentada a la mesa de la cocina, con una taza de té entre las manos, les explicó que al comité le gustaría fijar una fecha para la fiesta con el permiso de Rhiannon. En cuestión de una hora, ésta se encontró accediendo a celebrarla el día de San Valentín, como dictaba una tradición centenaria. Kane se ofreció a colaborar, y Lizzie comenzó a dar saltos de alegría ante la perspectiva de dar una gran fiesta y de comprarse un vestido nuevo para la ocasión. Rhiannon se sintió ligeramente presionada. Pero el daño no se produjo hasta que acompañaron a la simpática señora hasta su coche.

—Muchísimas gracias, querida. El comité se pondrá contentísimo cuando se entere —declaró sonriente y, acariciando la cabeza de Lizzie, añadió—: Y tú, vas a estar guapísima con tu nuevo vestido.

Lizzie esbozó una amplia sonrisa.

—¡Qué niña tan mona! —exclamó y, mirando a Kane, continuó —: Igualita a su padre.

Lizzie alzó la vista para mirar a Kane, que se quedó mirando a la niña con la misma expresión de desconcierto que Rhiannon.

—Es verdad, es su vivo retrato —continuó la mujer con voz alegre—. Los mismos ojos, el mismo pelo…

Kane tragó saliva con dificultad y miró a Rhiannon antes de que ambos vieran cómo Lizzie se giraba y comenzaba a atar cabos.

—Bueno, ya estaremos en contacto —exclamó la mujer desde el interior de su vehículo—. Son una familia encantadora. Me alegro de haberlos conocido, por fin. ¡Hasta pronto!

Lizzie permaneció clavada en el sitio, con la cabeza inclinada hacia un lado y el ceño levemente fruncido mientras estudiaba detenidamente el rostro de Kane.

—Entra en casa, Lizzie —ordenó Kane con voz grave.

Rhiannon se acercó a la niña y le pasó una mano por el pelo.

—Vamos dentro, mi vida. Tenemos que hablar.

Lizzie lo miró en silencio al pasar por su lado, mientras Rhiannon apretaba la mano de Kane.

—Lo siento, no debería haber sucedido así —murmuró.

—Tranquila, no es culpa tuya —replicó él—. Se lo contamos juntos, ¿vale?

Rhiannon asintió, aunque pensó que no quedaba mucho por contar.

Una vez en el cuarto de estar, Kane avanzó hacia Lizzie y, empujándola con suavidad hacia el sofá, se sentó sobre él y esperó a que ella hiciera lo mismo. Pero, ante el asombro de Rhiannon, ella se quedó de pie frente a él y, rodeándole el rostro con sus manitas, se inclinó hacia él para mirarlo más de cerca.

—Tienes los ojos azules, como yo.

Rhiannon frunció los labios mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Kane asintió y con la voz ronca y una gentileza infinita, afirmó:

—Sí, es cierto.

Lizzie tomó entre sus dedos un mechón de su corto cabello, lo estudió detenidamente y volvió a mirarlo a los ojos.

—Y el pelo castaño, como yo.

—Sí.

Rhiannon se acercó a ella y le acarició el cabello al tiempo que se agachaba para quedar a su altura.

—Verás, cariño. Tienes los ojos azules como él y el pelo castaño como él porque… es tu padre.

Los ojos de Lizzie se abrieron como platos.

—¿De verdad?

Kane asintió.

—Sí, de verdad.

La sonrisa tardó unos instantes en llegar, pero cuando lo hizo, todo su rostro se iluminó desde dentro, como si se hubiera hecho realidad su más preciado deseo.

—Estoy contentísima —anunció convencida.

Kane tragó saliva con dificultad.

—Yo también.

—¿Y dónde has estado todo este tiempo?

La pregunta le rompió el corazón a Rhiannon. Abrió la boca para decir algo, pero no acertó a hablar. Fue Kane el que dijo las palabras perfectas:

—He estado esperándote.

Lizzie se arrojó hacia él y lo rodeó con fuerza con sus pequeños brazos. Rhiannon vio cómo Kane cerraba los ojos y envolvía a su

hija en un tierno abrazo al tiempo que la alzaba en el aire y adoptaba una expresión que podía haber sido interpretada como de agonía por alguien que no estuviera al corriente de lo que ocurría.

Lágrimas pesadas comenzaron a rodar por las mejillas de Rhiannon, que a duras penas consiguió reprimir un sollozo. ¿Por qué los había separado? Nunca podría perdonárselo. ¿Había conocido realmente a aquel hombre alguna vez? Era tan diferente, y la vez tan parecido, al chico que había conocido años antes… Seguía sintiendo por él la misma atracción física de antaño, pero el nuevo Kane la afectaba a otro nivel. Kane abrió los ojos y le sonrió. Aquella sencilla sonrisa la desarmó por completo y, durante unos instantes, no existió para ella nada más que él. Se limitó a asentir y a gesticular en silencio la palabra «gracias». No bastaba para expresar todo lo que hubiera deseado decirle, pero lo hizo de corazón.

Temerosa de que sus ojos traicionaran todo lo que sentía en su interior, dio un paso hacia atrás y, tras girarse, abandonó la habitación hecha un mar de lágrimas. Lo que estaba sucediendo en aquella estancia no tenía nada que ver con ella. Por primera vez en la corta vida de su hija, ésta tenía algo que Rhiannon no podía compartir, algo de lo que nunca formaría parte.

No se quedó a observar cómo padre e hija establecían unos vínculos que los unirían para siempre. No porque se sintiera celosa o porque no deseara que dichos vínculos existieran, sino porque ansiaba desesperadamente poder compartir con ellos su dicha, y le rompía el corazón saber que aquella familia estaba compuesta de dos partes que nunca llegarían a formar un todo.

Padre e hija la encontraron en la cocina después de haber pasado un largo rato en el cuarto de estar durante el cual Lizzie, sentada en el regazo de Kane y rodeando su cuello con los brazos, le repetía una y otra vez lo contenta que estaba de tener un padre propio y le bombardeaba a preguntas sobre su nueva familia.

Pero aunque Kane saboreó cada instante de aquel momento inolvidable, sintió que su dicha no era completa pues faltaba la presencia de Rhiannon. Le agradecía que les hubiera concedido tiempo a solas, pero a medida que empezaron a disminuir las preguntas de la niña, sintió que la presencia de su madre era necesaria. Así pues, inclinando la frente hasta tocar la de Lizzie, le susurró:

—Vamos a buscar a tu madre.

Fueron a la cocina de la mano y, tan pronto como entraron en ella, la niña se soltó y comenzó a dar saltos en el banco al tiempo que anunciaba, excitada:

—¡Tengo abuelos, y una tía y un tío, y primos y todo!

Rhiannon sonrió desde el otro extremo de la cocina.

—¡Qué estupendo!

Kane cayó en la cuenta de pronto de que la niña parecía estar especialmente emocionada ante la idea de tener una familia. ¿Acaso no tenía Rhiannon hermanos? Recordó vagamente la existencia de un hermano. En cuanto a sus padres…

—Pero tú ya tienes otros abuelos, ¿no?

Lizzie sacudió la cabeza con firmeza.

—No. Los papas de Stephen fueron mis abuelos un tiempo, pero no eran míos de verdad. Y los papas de mamá no me conocen.

Él frunció el entrecejo y miró a Rhiannon, sorprendido. ¿Por qué no habían conocido a su nieta? ¿Les había ocurrido algo?

—No querían que mamá me tuviera, porque era muy joven y todo eso. Pero mamá me quería más que a nada en el mundo, así que se fue de casa y me tuvo. Y formamos nuestra propia familia.

Kane se maldijo a sí mismo en silencio. Eso es lo que Rhiannon había querido decir el día que afirmó saber lo que se sentía al ser rechazada por tu padre. ¡Sus propios padres le habían dado la espalda! No debía sorprenderle que ella lo hubiera odiado por no estar allí. El padre de su hijo había desaparecido de la faz de la tierra, sus padres la habían repudiado y no contaba con un trabajo bien pagado ni con ningún tipo de ayuda económica. Una situación nada halagüeña. Kane se sintió furioso consigo mismo.

Desde el otro extremo de la cocina, Rhiannon observó en tono consolador:

—Y no nos ha ido nada mal, ¿verdad, mi vida?

Lizzie afirmó con la cabeza.

—Pero nos irá mejor ahora que Kane está aquí.

—Sí, ahora nos irá mejor —convino ella, sonriendo.

Kane sabía que Rhiannon estaba pensando en el bien de su hija, y una parte de él deseó que lo hubiera afirmado también desde su punto de vista, que considerara que tenerle allí era mejor para las dos. Al fin y al cabo, así es como deberían ser las cosas. Y era el deber de un padre cuidar de su familia. Este último pensamiento lo dejó desconcertado, pero lo apartó de su mente para seguir intentando encajar todas las piezas del *puzzle*.

—¿Dónde vivisteis?

Rhiannon no se mostró sorprendida por la pregunta.

—Una compañera de la cafetería me alquiló una habitación en su casa. Estuve trabajando a tiempo completo hasta que di a luz. Luego, trabajé a tiempo parcial hasta que Lizzie fue un poco mayor.

—La tía Kerri.

—Exacto. Cuando Kerri trabajaba por la noche en uno de los bares cerca del campus, yo cuidaba de sus niños; y cuando yo trabajaba, ella se encargaba de Lizzie. Era un arreglo satisfactorio para las dos; hemos sido amigas desde entonces.

Kane volvió a fruncir el ceño. Rhiannon había hecho muchos sacrificios para sacar a su hija adelante, le había hecho sentir deseada y había criado una niña feliz y equilibrada. Un gran logro en el mundo en el que vivían. Y mientras, el padre que podría haberles dado todo lo que necesitaban, se había esfumado.

Rhiannon volvió a sonreír.

—Nos las arreglamos bien.

—¿Y qué fue del curso que hacías por las noches?

Ella se sorprendió de que él lo recordara.

—Continué hasta que ya no me fue posible. Cuando tuve a Lizzie lo dejé para poder cuidar de ella. Un bebé, un empleo a tiempo parcial y un curso era demasiado, y tuve que renunciar a algo.

—Pero lo terminó por correo cuando me hice mayor —intervino la niña—. Porque aprender es muy importante, y mamá tenía que aprender para conseguir un trabajo mejor.

—Me matriculé en la universidad a distancia —le aclaró Rhiannon—. Tardé más de lo normal, pero conseguí acabar. Luego encontré un trabajo temporal como secretaria, que estaba mejor pagado que el de la cafetería. Me las arreglé bien.

«Bien». No dejaba de emplear esa palabra. Pues a él no le parecía «bien» en absoluto.

—La maternidad te hace madurar.

Eso mismo le había dicho al comienzo de su estancia en Brookfield. ¿Qué otras cosas le habría querido dar a entender que él no había logrado captar? ¿Qué otras cosas habría malinterpretado aparte de pensar que ella le había ocultado la verdad por despecho? No había sido despecho. Él la había abandonado sin darle ninguna explicación, pues no quería que nadie lo considerara menos hombre al finalizar el tratamiento. Ella había intentado contactar con él, sin éxito, y mientras, sus propios padres le habían dado la espalda. Debía de haberse sentido muy sola. Aun así, había trabajado con tesón para mantener a Lizzie y había conseguido terminar la carrera con vistas a mejorar profesionalmente, hasta que…

—No tenías por qué trabajar cuando te casaste con Stephen —masculló entre dientes.

Ese asunto seguía sacándolo de quicio. No sólo porque Stephen hubiera pasado tiempo con «su» hija, sino porque había tenido a Rhiannon. Stephen siempre había envidiado a Kane, desde que iban al colegio. Seguramente había considerado su matrimonio con Rhiannon como la victoria final.

—Seguí trabajando, aunque a Stephen no le hacía mucha gracia. De todas formas, casarme con él fue un error. No duramos mucho, y cuando nos divorciamos alquilé una casa que él tenía en Dublín.

Las manos de Kane se transformaron en puños por debajo de la mesa.

—Quería mandarme a uno de esos horribles internados —se quejó Lizzie poniendo los ojos en blanco.

—Pero yo no se lo permití, ¿verdad, mi vida? —replicó Rhiannon—. Bueno, eso ya es agua pasada y creo que ya ha habido demasiadas confesiones para una noche. Esta noche, tenemos pollo para cenar.

—¡Genial!

—Voy a ir a darme un baño. ¿Me podéis asegurar que no vais a quemar nada? —preguntó lanzándole una mirada de soslayo que daba a entender que aquella noche había hablado más de la cuenta.

Seguía ocultándole cosas, pero ¿por qué? ¿Qué más cosas había que no quería compartir con él? Él era ya un miembro más de la familia y la necesidad de protegerlas, a ambas, no sólo a su hija, era abrumadora. ¿Cuándo exactamente había empezado a sentirla? Quizá cuando la vio llorar emocionada tras confesarle a Lizzie que Kane era su verdadero padre.

—Nunca quemamos nada —protestó Lizzie.

—Bueno, pues no empecéis ahora —y, mirándolo de nuevo, salió de la cocina.

Kane le guiñó un ojo a Lizzie.

—Encárgate de la cena; yo vuelvo en seguida.

Rhiannon había llegado al primer descansillo de la escalera cuando Kane la alcanzó.

—Espera un momento.

Ella tensó los hombros antes de volverse y lo miró con cautela. Kane odiaba que hiciera eso; creía que esa época ya había pasado.

—Creí que ibas a encargarte de vigilar la cena.

—No sabía que tus padres te habían dado la espalda.

—¿Y por qué ibas a saberlo? No estabas cuando…

—Lo sé. Y te aseguro que desearía haber estado.

Ella frunció el ceño y dirigió su mirada hacia el piso de arriba, como si estuviera planeando una escapatoria.

—Al final nos fue bien.

—«Bien». Utilizas mucho esa palabra, ¿verdad?

Ella lo miró, confusa.

—Sí, no entiendo cuál es el problema. «Bien», en el sentido de que no nos fue mal. Nos las arreglamos. Igual que ahora. Ahora también estamos bien, ¿no?

Él abrió la boca para replicar, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, Rhiannon añadió en tono suave:

—Gracias por haberle explicado las cosas tan bien a Lizzie. No te puedes imaginar lo mal que me siento por haberos mantenido separados todo este tiempo, sobre todo después de lo que ha ocurrido hoy. Si te sirve de consuelo, no puedes hacer o decir nada que me haga sentir peor.

—No quiero hacer que te sientas peor, Mac —susurró él tomándola de la mano—. Y tampoco que sigas atormentándote. Entiendo perfectamente que me odiaras, y creo que los dos podemos mirar al pasado y aprender de nuestros propios errores. Lo hecho, hecho está. Ahora estamos…

—¿Bien? —sonrió ella al tiempo que bajaba la vista y miraba sus manos entrelazadas.

Kane sonrió y paseó la vista por su cabello. Por primera vez en mucho tiempo, se había quedado sin palabras.

Pero ese silencio le dio a Rhiannon la excusa perfecta para desasirse. Cuando elevó la barbilla, su sonrisa apareció forzada y su mirada, impenetrable. Una oleada de temor invadió el pecho de Kane antes de que ella hablara.

—Estoy muy contenta de que esto haya ocurrido, Kane.

—Yo también.

—Ahora debemos olvidar el pasado.

Esta declaración lo dejó intranquilo. Le dio la sensación de que olvidando el pasado estaban cerrando una puerta al futuro. Y él deseaba que… diablos, ni siquiera sabía lo que deseaba. Aquella mujer tenía el don de confundirlo. Y por si eso no fuera suficiente, ella extendió la mano y le dio unas palmaditas en el brazo. ¡Unas palmaditas en el brazo! Como si Kane fuera un pariente entrado en años o un perro…

—Me alegro de que podamos volver a ser buenos amigos.

Kane frunció el ceño. ¿Cuándo exactamente habían sido buenos amigos?

—Creo que es importante… por el bien de Lizzie.

«Por el bien de Lizzie». Él mismo había pronunciado esa frase muchas veces pero, por alguna razón, ya no le parecía suficiente. Él quería… algo más.

—Sí, estoy de acuerdo, pero…

Ella volvió a sonreír de una manera que a él le pareció artificial.

—Llevarnos bien va a facilitar la tarea de tomar decisiones como padres.

Kane frunció los labios y se metió las manos en los bolsillos, en un intento por contener las ganas de zarandearla. Porque eso es lo que quería hacer en ese preciso instante.

—Sé que tendrás que volver a tu antigua vida, ahora que está todo aclarado. Quizá mañana podríamos hablar de cuándo quieres que vaya Lizzie a verte y cuándo quieres venir tú. Para organizamos.

Siguieron hablando de asuntos prácticos. No les quedaba más remedio. Al fin y al cabo, así se había imaginado él que serían las cosas una vez estuviera aireada la verdad. ¿Por qué, entonces, se sentía rechazado? ¿Se habría acostumbrado a vivir en Brookfield? Últimamente se habían instalado en una cómoda rutina, interrumpida solamente por los momentos en que cada uno se dedicaba a sus propias tareas. Al fin y al cabo, todas las parejas pasaban tiempo separados durante el día, cuando estaban en sus respectivos trabajos…

Vaya, hombre. ¿Significaba eso que eran una pareja? Reflexionó sobre ello. Nunca habían sido simplemente amigos. Tampoco eran una pareja propiamente dicha. Estaba claro que ya no eran amantes, por más que los recuerdos de su antigua pasión lo asaltaran día y noche, sobre todo desde aquel segundo beso que había estado a punto de darle…

¿Qué diablos eran, entonces?

Los padres de Lizzie, sí, pero tampoco podía decirse que fueran dos extraños con planes de criarla por separado. Eso los convertiría en dos mitades separadas de una misma familia. Y él no deseaba eso. Pero para formar una familia, hacía falta algo más.

—No te sientas culpable. Ella sabe que volverás. Tu empresa es muy importante; le has dedicado años de tu vida y ahora llevas casi un mes lejos de ella.

Kane deseó que dejara de expresarse con tanta sensatez. Pensó en lo fácil que sería sacar las manos de los bolsillos, atraerla hacia sí, estrecharla entre sus brazos y besarla hasta hacerle perder el sentido, hasta hacerle comprender lo lejos que estaban de ser «buenos amigos».

—Sólo quiero que sepas que no tienes que demostrarle nada a Lizzie. Ella te adora. Eres un padre increíble —le aseguró ella poniéndole con suavidad una mano en el pecho, justo encima del corazón, que latía alocado. Sintió un dolor tan intenso que estuvo a punto de gritar.

—No necesito que me levantes la moral.

—Lo sé.

Kane le apartó la mano, molesto. Se sentía confuso y frustrado a la vez.

—Tienes razón, tengo que volver al trabajo. He pasado aquí más tiempo del previsto. Pero tenía que hacerlo, por el bien de Lizzie —explicó apretando la mandíbula. E, inclinándose ligeramente hacia ella, añadió—: Quiero que tengas clara una cosa: no tienes por qué sentir lástima por mí.

Ella le sorprendió con una risa nerviosa.

—Qué tonto eres. No te tengo ninguna lástima. De hecho, creo que nunca he respetado tanto a alguien. Eres la persona más fuerte que conozco. Te enfrentaste a tu enfermedad y ganaste la batalla; creaste una empresa de la nada; llegaste aquí y, en cuestión de un mes has demostrado que eres un padre estupendo, por no mencionar que has desbaratado todas las ideas falsas que tenía sobre ti. No te tengo ninguna pena, Kane Healey, ninguna en absoluto —dijo de corrido dejándolo sin palabras—. Lo que te quiero decir es que no tienes que demostrarle nada a nadie. Y que tampoco tienes por qué enfrascarte en tu trabajo para compensar. Estabas convencido de que nunca tendrías una familia, pero ya tienes una —le sonrió y añadió con voz ronca—: Lizzie es tu familia.

Mientras ella se alejaba, Kane se pasó la mano por el pelo y la cara y meneó la cabeza tratando de asimilar lo que acababa de escuchar y de aclarar sus sentimientos. Rhiannon había llegado al segundo tramo de escaleras cuando acertó finalmente a decir unas palabras.

—A veces parece que no me conoces en absoluto y otras, sin embargo, da la sensación de que me conoces mejor que nadie. No sé qué pensar al respecto.

—Quizá, cuando te aclares, podríamos hablar sobre ello. Para eso están los amigos.

# Capítulo 12

Si un mes antes alguien le hubiera dicho que iba a echar de menos a Kane cuando éste se marchara, se habría reído a carcajadas.

Afortunadamente, los preparativos para la fiesta de San Valentín la mantenían ocupada. Ella y Kane mantenían breves conversaciones cuando éste telefoneaba para hablar con Lizzie. Solían hablar de asuntos relacionados con la casa y el terreno, pues Kane había delegado en ella la gestión de éste último. Rhiannon sabía que podía consultarle cualquier cosa en caso de que fuera necesario, y eso le hacía sentir bien.

Pero «bien» ya no le parecía suficiente. Probablemente no lo fuera nunca más. No ahora que se había hecho una idea de cómo podía ser la vida con Kane. Tenerlo bajo el bajo el mismo techo jugando a las familias la había dejado con una sensación permanente de pérdida por lo que podía haber sido y nunca sería. Pero eso no era todo. Lo echaba de menos a él como persona. El sonido de su voz, su risa profunda, la forma que tenía de mirarla con aquellos ojazos azules que hacía que el pulso le latiera a mil por hora. Y como persona, era mucho mejor que cualquier otra que hubiera conocido. Una personalidad tan fuerte como su cuerpo, una valentía extraordinaria y una profunda capacidad de amar, como la que demostraba con su hija. Atributos todos ellos que lo convertían exactamente en el hombre que una vez creyó conocer. Haberlo perdido en su momento y no tenerlo en el presente «de esa manera» la sumía en una agonía insoportable. Puede que no hubiera estado enamorada de él en el pasado, pero ahora sí lo estaba. Y mucho.

Lo echó de menos especialmente la noche de la fiesta. Y no sólo porque fuera una de las pocas personas en ella que no tenían pareja.

La casa parecía haber cobrado vida gracias a la suave iluminación, el aroma de las flores, la música de fondo y las risas de los invitados. Pero Rhiannon no podía disfrutarlo y, a pesar de estar rodeada de gente, se sentía sola porque Kane no estaba allí para compartir ese momento. Todavía no había cumplido los treinta, pero tenía la sensación de que iba a pasarse sola el resto de su vida. Sabía que todavía tenía tiempo de conocer a alguien, pero ese alguien no sería él. Le iba a costar trabajo superarlo. Y saber que iba a tener que pasar tiempo con él, verlo con su hija desde la distancia… Iba a ser una auténtica tortura.

Mientras atravesaba el vestíbulo, sonriendo como deben hacerlo las anfitrionas, se vio reflejada en uno de los enormes espejos labrados. Se había arreglado con mucho esmero, consciente de que gozaba de una posición importante en la comunidad local. Se detuvo un momento para pasarse las manos por el largo vestido de línea imperio y comprobar que ninguno de los tirabuzones que le rozaban los hombros se habían salido de su sitio. Se quedó sorprendida al ver la tristeza de sus ojos. ¿Se estaría dando cuenta la gente de lo deprimida que estaba? Maldijo a Kane en silencio; las cosas serían mucho más sencillas si pudiera odiarlo.

Se giró y se topó con unos ojos azules que le resultaron muy familiares.

—Lizzie me comentó que había una fiesta…

¡Diablos! Estaba guapísimo. ¡No era justo!

Lo miró de arriba abajo para ver lo que llevaba puesto, y decidió que aquel hombre debería pasarse el resto de su vida en traje de gala. Le quedaba mejor que a cualquiera de los hombres que había en aquella fiesta, aun con la chaqueta desabotonada y las manos en los bolsillos.

Ella se mordió el labio inferior y elevó la barbilla.

—No sabía que fueras miembro del club de caza.

—Me ha invitado mi hija. Me dijo que tenía que ver su nuevo vestido «y todo eso». Seguro que está guapísima.

Pero no preguntó dónde estaba la niña ni hizo ademán de buscarla. Rhiannon estaba exultante de felicidad, y temió que fuera demasiado evidente.

—¿Quieres tomar algo?

—Te veo muy en tu papel de anfitriona.

—Es que soy la anfitriona —explicó, sonriendo. No podía parar de sonreír—. ¿No te parece que Brookfield es el lugar ideal para este tipo de fiestas? La casa está preciosa, como nunca lo ha estado.

Él sonrió mientras admiraba su vestido.

—Sí, preciosa es la palabra.

Rhiannon se quedó sin aliento. ¿Qué había dicho?

—Esto… hay algo de comida que ha sobrado del bufé —acertó a decir—. Si es que tienes hambre, claro. Es por allí…

Sabía que se estaba ruborizando, por lo que apartó la mirada y echó a andar en la dirección del bufé. Pero él, sin moverse del sitio, sacó una mano del bolsillo y tomó la de Rhiannon, entrelazando sus largos dedos con los de ella.

—Baila conmigo.

Era una sensación deliciosa. Rhiannon sabía que estaba

reaccionando como una adolescente vergonzosa y enamorada, pero necesitaba el contacto físico. Además, deseaba demostrarse a sí misma que podía llevarse bien con él, pasar tiempo a su lado sin dejar que su enamoramiento estropeara las cosas.

Así que lo miró alzando las cejas en un gesto de desafío.

—¿Cómo sé si sabes bailar? Puede que tengas dos pies izquierdos…

—Vamos a comprobarlo —replicó él en voz baja y seductora.

Rhiannon se dejó guiar por él hasta que llegaron al salón abriéndose paso entre los invitados. La estancia había sido convertida en una sala de fiestas, para lo cual había sido necesario retirar todos los muebles. Varias parejas bailaban a su alrededor. Kane la atrajo hacia sí y esperó a que ella le rodeara el cuello con las manos antes de empezar a moverse al ritmo de la música. Rhiannon percibió su aroma a canela y se relajó entre sus brazos. No conseguía apartar la mirada de su rostro. Estaba oficialmente loca por aquel hombre.

Él esbozó una de esas sonrisas cálidas y sensuales que la derretían por dentro.

—¿Ves? No tengo dos pies izquierdos —y, acercándose un poco más, preguntó—: ¿Cómo es posible que tú y yo no hayamos bailado antes?

Rhiannon tenía la sensación de que llevaban toda la vida bailando juntos.

—Una vez bailamos música de los setenta en una fiesta.

Él se rio mientras le acariciaba lentamente la espalda con sus grandes manos.

—Pero para nosotros aquello no era bailar. Eran más bien juegos preliminares antes de…

Rhiannon no estaba del todo convencida de que no fuera lo mismo que estaban haciendo en ese momento. Convencida de que a la mañana siguiente le echaría la culpa a las tres copas de vino que había bebido, no se molestó en llevarle la contraria, limitándose a mirarlo y a humedecerse los labios antes de decir:

—En aquellos tiempos te gustaba ir al grano.

—Supongo que, teniendo en cuenta la ley de probabilidades, siempre hubiéramos acabado encargando una Lizzie, ¿no crees? Era el destino —susurró muy cerca de su oído.

Rhiannon cerró los ojos y se abandonó a la sensualidad del momento.

—A veces ayuda creer que las cosas saldrán bien a pesar de los errores cometidos.

Rhiannon abrió los ojos y frunció el ceño. ¿Qué habría querido decir con eso?

—Ahí está Lizzie. Tienes razón, está guapísima —dijo sonriendo a su hija—. Creo que debería ir a bailar con ella.

Rhiannon asintió.

—Hazlo; le encantará.

Él se inclinó hacia ella y la miró fijamente a los ojos.

—Me alegro de que seamos amigos, Mac.

¡Las mismas palabras que le había dicho ella! Una puñalada en el pecho le hubiera dolido menos. Se las arregló para volver a asentir y esbozar una apagada sonrisa, aunque no consiguió mirarlo a los ojos al replicar:

—Yo también.

Él la soltó y se dio la vuelta, pero de pronto la sorprendió girándose sobre sí mismo y dándole un suave beso en la mejilla antes de susurrarle al oído.

—Ah, y por si no te lo había dicho todavía, estás guapísima esta noche. Claro que tú siempre lo estás.

Durante unos breves instantes Rhiannon se quedó sola en el centro de la pista de baile luchando por no derramar las lágrimas que anegaban sus ojos. Tragó saliva y respiró hondo un par de veces para recuperar el control, y a continuación volvió a forzar la sonrisa de anfitriona. Volviendo a donde estaba la gente, saludó a algunos invitados, que empezaron a contarle historias sobre Brookfield y la familia de Mattie. En un momento dado vio cómo Kane caminaba junto a Lizzie hacia la pista de baile y se detuvo a mirarlos.

Él hizo una pequeña reverencia que hizo reír a su hija. Rhiannon les sonrió afectuosamente. Eran tan parecidos… eran las dos personas a las que más quería en el mundo. Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

Kane la aupó, Lizzie le echó los brazos al cuello y empezaron a bailar. Era la escena más bonita y conmovedora que Rhiannon había visto nunca. Y también la más dolorosa, porque no hacía sino recordarle que su vida iba a ser siempre así: la de una espectadora. Si no hubiera sido por los setenta invitados que había en su casa, se habría marchado a su habitación para no tener que seguir viendo la escena.

Pero no le quedaba más remedio que quedarse, así que tomó aire y levantó la barbilla. Se las arregló para aguantar el resto de la velada, eso sí, consciente en todo momento de dónde estaba Kane, de con quién hablaba, especialmente si eran mujeres, y oyendo el sonido de su voz cuando estaba cerca y aspirando su aroma cuando

pasaba por su lado. Incluso logró sonreírle cuando él la miraba. Pero, una vez terminada la fiesta, estando los dos de pie en la puerta principal despidiéndose con la mano de los últimos invitados, Rhiannon notó que se le quedaba la boca seca y que el corazón empezaba a latirle con fuerza. A pesar de respirar hondo varias veces, parecía no llegarle el aire a los pulmones.

Cerró la puerta y se quedó de espaldas a él unos instantes antes de girarse y esbozar una efímera sonrisa.

—Voy a comprobar que Lizzie se fue a la cama cuando se lo ordené hace ya una hora. Creo que la limpieza de la casa puede esperar hasta mañana.

—Ya lo he comprobado yo; está fuera de combate. Has dado una fiesta estupenda, Mac.

Una parte de ella deseó que dejara de llamarla así. No hacía que las cosas le resultaran más fáciles.

—El Comité me ha ayudado mucho. Es un grupo muy dispuesto —señaló mientras se levantaba el vestido para que le resultara más fácil subir las escaleras.

—Lizzie me ha dicho que tú te has encargado de casi todo, que hasta has elegido el color de las flores —observó él sujetándola con fuerza por el codo.

Ella tragó saliva y se concentró en no caerse.

—Al final ha salido bien.

Los dedos de Kane aflojaron la presión y le acariciaron la piel en un gesto que la estremeció. ¿Sería consciente del efecto que tenía sobre ella? Cuando una vez llegados al descansillo, Rhiannon trató de desasirse sutilmente, él se detuvo en seco y, en tono neutro, le preguntó:

—¿Estabas enamorada de Stephen?

—¿Cómo? —preguntó elevando súbitamente la cabeza.

—¿Lo estabas?

—¿Por qué quieres saberlo? —Rhiannon no entendía a qué venía la pregunta, y no tenía ningún deseo de confesarle al hombre con el que había cometido el mayor error de su vida los detalles de su segunda gran equivocación. La sonrisa irónica de Kane la confundió aún más.

—Porque creo que cuando me enteré de que te habías casado con él empecé a odiarte tanto como tú me odiabas a mí.

Era lo último que se habría esperado de él, y se sintió en parte alborozada ante la idea de que él hubiera estado celoso.

—La cosa no iba contigo.

—Lo sé, pero me sentó como una patada en el estómago.

Rhiannon entendió de pronto a qué se refería. Otra puñalada.

—Porque pensaste que Lizzie era hija suya, lo cual quería decir que estuve con él tan pronto como acabó nuestra relación. Creo que ya hemos hablado de ese asunto.

Él volvió a agarrarla por el codo y la apoyó contra la pared.

—En parte, sí. Pero por otro lado, me enfadó que fuera precisamente Stephen, el hombre que siempre quería tener lo que era mío. Pensé que lo sabías.

Su corazón dio un brinco al oír «lo que era mío». ¿La había considerado suya en ese momento? Lo miró a los ojos en busca de una respuesta y se encontró con que él la estaba mirando de la misma manera. La tensión era palpable.

—Esa no fue la razón por la que me casé con él.

—Entonces explícame por qué lo hiciste.

Rhiannon sopesó las ventajas y los inconvenientes de confesarle la verdad. Él volvió a esbozar una sonrisa devastadora.

—Ahora estás tratando de decidir si contarme la verdad o no.

—¿Te das cuenta de lo molesto que resulta que estés siempre tratando de adivinar mis pensamientos?

—Hubo un tiempo en que te gustaba —replicó él con voz seductora.

—Eso era diferente; aquello era algo puramente físico.

—No te preocupes, ahora hablamos de eso.

Rhiannon gimió para sí. No podría aguantar aquella conversación mucho tiempo. ¿Por qué la hacía sufrir de aquella manera?

—¿Lo querías o no?

—¡No! —le espetó—. ¿Contento?

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—Es buen comienzo. Y si no lo querías, ¿por qué te casaste con él?

Rhiannon estaba a punto de echarse a llorar.

—Muy bien, si de verdad lo quieres saber, te lo diré. Lo hice porque él quería casarse conmigo. Y no porque quisiera lo que era tuyo, sino porque me quería a mí. Acéptalo, Kane. Él estaba allí y tú no. Él quería estar conmigo, y tú no. Aquello no tuvo nada que ver contigo. Y sigue sin tenerlo, así que déjame en paz.

—¿Él te amaba?

—¿Tan difícil es de creer?

—No, eso lo puedo entender mejor ahora que te conozco de verdad. No lo culpo por ello.

¿Qué querría decir con eso?

—Eres increíble. Y luego dicen que las mujeres somos enrevesadas…

De pronto él colocó ambas manos en su cintura y avanzó hacia ella, dejándola atrapada entre la pared y su cuerpo, que estaba duro y caliente. Ella sintió cómo la sangre le corría alocada por las venas. Estaba loca de deseo.

—Así que te casaste con él porque te quería, y porque estabas sola y tenías una hija a la que mantener. Te casaste con él por seguridad, ¿sí o no?

—No me casé por dinero, si es eso lo que estás insinuando —le espetó casi sin aliento, mientras su pecho subía y bajaba en un intento por tomar aire—. Podría haber seguido manteniendo a Lizzie como lo hice hasta entonces. Él no es tan horrible como te crees. Era encantador, y divertido, y poco complicado. Cuando me pidió que me casara con él me dije que era mejor llegar al matrimonio sin hacerse muchas ilusiones sobre el amor o sobre «eso» que había entre nosotros.

—¿Así que no hubo ni amor ni «eso» entre vosotros? ¿Te pareció que sería más sencillo así?

—Quizá, en parte. No lo sé. Pero eso no importa ya.

Sus dedos se abrieron para abarcar la totalidad de su cintura. Empezó a acariciarle las costillas con los pulgares mientras la estudiaba muy de cerca.

—Pensaste que si no amabas, no sufrirías.

—El amor no garantiza el éxito de un matrimonio. Y «eso» tampoco. Cuando tenga noventa años, los hombros caídos y el pelo cubierto de canas, ni siquiera nosotros tendríamos «eso».

Él bajó la vista para fijarla en sus labios entreabiertos mientras le acariciaba los costados.

—No estés tan segura; yo creo que sí lo tendríamos. Todavía lo tenemos, ¿no crees?

Oírle hablar así le provocaba un gran dolor en el corazón.

—Pero eso sólo no es suficiente.

—¿Y qué más hace falta?

—Como si yo lo supiera —respondió ella nerviosa, al borde de la histeria—. Por si no te has dado cuenta, mi historial no es especialmente bueno. Si quieres consejos, pídeselos a alguien que no haya llegado a la conclusión de que está mejor sola.

—Te casaste con el hombre equivocado, eso es todo —observó él inclinándose aún más hacia ella—. Con un hombre con el que no tuviste esto.

Kane acarició los labios de Rhiannon con su boca hasta que ésta

los entreabrió al tiempo que emitía un leve gemido. El beso se hizo más profundo y sus lenguas se entrelazaron en un baile sensual.

Aquello no podía estar ocurriendo, pensó Rhiannon. No quería volver a caer en el error de una relación puramente física; esta vez quería algo más. Pero ya les había ido mal una vez. Y por mucho que lo intentaran, los errores cometidos siempre se interpondrían en su relación y acabarían arruinándola. Rhiannon sabía que no podría resistirlo por segunda vez.

—Muchas parejas ni siquiera tienen esto, ¿sabes? Y nosotros tenemos todavía algo más. Una hija en común. ¿No te parece suficiente?

¿Qué demonios quería decir? No estaría refiriéndose a…

—No me lo puedo creer —protestó, incrédula—. ¿Estás proponiéndome un matrimonio de conveniencia? ¿Crees de verdad que consideraría la posibilidad de casarme contigo?

Él frunció el ceño.

—¿Y por qué no?

—No me puedo creer que te lo estés planteando siquiera. Con un matrimonio fallido a mis espaldas, ¿de verdad piensas que me voy a embarcar en una farsa tal? ¿En qué siglo crees que vivimos?

Él retrocedió un paso.

—Creí que estábamos de acuerdo en que por el bien…

—¡Oh, no! —lo amenazó con el dedo, furiosa—. No te atrevas a utilizar el argumento «por el bien de Lizzie». Soy más que capaz de cuidarla yo sola. Haré lo que esté en mi mano para que pase tiempo contigo, pero sólo porque cuando estás con ella eres una persona diferente a cuando estás conmigo. El Kane Healey que he visto bailar con su hija esta noche es mil veces más hombre que el que tengo enfrente de mí en este momento. Es un hombre increíble que no tiene problemas en demostrar lo mucho que quiere a su hija a pesar de haberla conocido hace poco tiempo. Si yo me volviera a casar, lo haría por una serie de razones, y una de ellas sería el amor. Y nosotros no nos amamos, así que no me casaría contigo ni en un millón de años.

—¿Un millón de años? —preguntó él, divertido.

—¡Sí, un millón de años! —exclamó ella entre hipidos y poniéndole las manos en el pecho para apartarlo—. Apártate de mí. Me arrepiento de todas las cosas buenas que he pensado de ti desde que te he conocido esta segunda vez.

—¿Qué cosas buenas?

Ella volvió a empujarlo.

—He sido tan tonta como para pensar que eras mucho mejor de

lo que creía hace años. Hasta te he echado de menos cuando no estabas aquí. Pero ahora me alegro de que te hayas ido.

Sus ojos se tiñeron de un azul muy oscuro y su boca esbozó la sonrisa más tierna que Rhiannon había visto nunca, que hubiera podido pasar por cariñosa, pero que Rhiannon sabía que era de condescendencia.

—Mac —murmuró él con voz ronca.

—Y deja de llamarme así. ¡Te odio!

—No, no me odias.

Ella rio, sarcástica.

—En este preciso momento sí te odio. Puede que no me rompieras el corazón hace años, pero estás a punto de conseguirlo esta vez. Si te importo algo, aunque sólo sea porque soy la madre de Lizzie, deberías darme una oportunidad para ser feliz.

Agarrándose la falda con ambas manos, subió corriendo las escaleras, dispuesta a llegar a su habitación antes de que él pudiera detenerla. Pero Kane no la siguió. No intentó detenerla, ni convencerla de que estaba equivocada; ni siquiera decirle que se merecía la oportunidad de ser feliz.

Y Rhiannon lo odió por ello.

# Capítulo 13

Kane tenía que encontrar la manera de que Rhiannon volviera a hablar con él. Y tenía que hacerlo rápido, porque cuanto más tardara más difícil le resultaría convencerla de que no se había explicado bien la noche anterior.

Desde que se había ido no hacía más que pensar en ella. Los cinco minutos que hablaba con ella cuando llamaba a Lizzie se habían convertido últimamente en el mejor momento del día. Estaba obsesionado. Y aquello le hizo reflexionar sobre lo que había sentido por ella cuando estuvieron juntos la primera vez. ¿Habría estado enamorado sin darse cuenta? No había manera de descubrirlo, pero eso explicaría la intensidad de sus sentimientos aquella segunda vez. Desde que había vuelto a encontrarla había experimentado unas emociones que no había sido capaz de interpretar hasta que no se hubo alejado por unos días. Las había echado de menos, a las dos, con una intensidad que nunca hubiera creído posible.

Pero fue verla con aquel vestido, tan hermosa, en aquel trasfondo de luces tenues y flores, lo que le hizo darse cuenta de sus verdaderos sentimientos.

Ahora, todo lo que tenía que hacer era arreglar la situación.

Tras varias horas de duermevela, en las que luchó contra el impulso de plantarse en su habitación y convencerla a la manera tradicional de que había malinterpretado sus palabras, una idea empezó a germinar en su mente. Hacia las seis y media, la idea se había convertido en un minucioso plan. Ahora sólo necesitaba un cómplice…

Cuando Lizzie anunció que se iba a encargar ella sola de la cena, Rhiannon se escapó a su habitación. Había estado sonriendo forzadamente todo el día y necesitaba descansar. Había hecho todo lo posible por evitar pasar tiempo junto a Kane, afanándose en colocar los muebles en su sitio original, recogiendo, quitando el polvo y pasando el aspirador. No se había detenido ni para almorzar. La idea era mantenerse ocupada para que el día trascurriera lo más rápidamente posible y él volviera a marcharse. Algo que deseaba ocurriera lo antes posible, pues verlos juntos todo

el día, riéndose y abrazándose, era una dolorosa tortura.

Pero cuando, tras darse un largo y relajante baño, se sintió con fuerzas para enfrentarse a ellos de nuevo, se encontró con que en la puerta de la cocina había clavada una nota que, en la escritura multicolor de Lizzie, le prohibía la entrada.

Sintió un hormigueo en la nuca que le hizo pensar que Kane andaba cerca.

—Por lo visto no se nos permite entrar en la cocina.

Él caminó hacia ella con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Me pregunto qué se trae entre manos.

Rhiannon suspiró.

—No tengo ni idea.

Se quedaron allí de pie durante unos instantes hasta que ella volvió a sentir punzadas en el pecho. Estaba demasiado exhausta sentimentalmente como para jugar con Lizzie.

—Creo que no voy a cenar. Todavía estoy cansada por la fiesta de anoche.

—Deberías comer algo; hoy no has almorzado —observó él mientras golpeaba la puerta de la cocina con los nudillos—: ¿Podemos pasar ya?

—¡No!

Rhiannon volvió a suspirar.

—¿Te falta mucho?

La puerta se abrió y tras ella apareció Lizzie. Sus padres se quedaron mirándola antes de que Kane preguntara:

—¿Qué tienes en el pelo?

La niña se llevó la mano a la cabeza, se la pasó por un mechón y a continuación se la chupó.

—Mayonesa. Por cierto, no vais a cenar en la cocina, sino en el salón de la chimenea. Venid conmigo.

Rhiannon no tenía ninguna gana de jugar, no aquella noche, pero una mirada de Kane, que enarcó sus oscuras cejas en un gesto de desafío, le impidió protestar. Así que siguió a su hija en dirección al salón de la chimenea. Lo que vio al entrar en él la pilló totalmente desprevenida.

—¿Qué es todo esto?

La habitación estaba engalanada con corazones de cartón y cadenetas de papel. La mesa hexagonal que había debajo de la ventana estaba puesta para dos personas y decorada con corazones, un narciso y una vela.

Lizzie los miró, radiante.

—¡Feliz día de San Valentín!

Rhiannon deseó hacerse un ovillo y desaparecer de allí. Kane se inclinó hacia ella y le preguntó en un susurro:

—¿Sabías que todavía es el día de San Valentín?

—Sí, supongo. La fiesta tuvo que adelantarse un día porque no podíamos celebrarla un domingo, teniendo la gente que ir a trabajar al día siguiente…

Sus palabras se extinguieron al tiempo que un pensamiento anidaba en su cabeza.

—Te aseguro que yo no he tenido nada que ver con esto —declaró frunciendo el ceño.

Él sonrió.

—Lo sé.

—Mamá, tú te sientas en ese lado —indicó Lizzie señalando la silla al otro extremo de la mesa—, y papá, tú vas ahí.

Era la primera vez que lo llamaba «papá». Ambos se giraron para mirarla y a continuación se sonrieron el uno al otro, conscientes de la importancia de esa breve palabra. Fue un momento agridulce para Rhiannon.

—Quizá deberíamos seguirle la corriente.

Se sentaron a la mesa y Lizzie le dio una caja de cerillas a Kane.

—Tienes que encender la vela. Así es más romántico.

Rhiannon gimió en voz baja mientras apoyaba un codo sobre la mesa y ocultaba los ojos tras una mano. Cuando oyó que la puerta se cerraba, preguntó:

—Sabes lo que está tramando, ¿no?

Él sonrió y, apoyando los antebrazos sobre la mesa, se inclinó hacia ella y murmuró:

—Sí, sé exactamente lo que está tramando.

—Creo que no voy a aguantar mucho —murmuró—. Deberíamos advertirle de que esto no nos va a llevar a nada. Tienes que hablar con ella.

Él soltó una risotada.

—¿Y por qué tengo que hacerlo yo?

Porque su madre no sería capaz de mirarla a los ojos y decirle que no amaba a su padre, por eso. Aunque en ese preciso momento, lo odiaba a muerte. Amor y odio, las dos caras de la misma moneda. Siempre había sido así; él siempre se las había arreglado para hacerla rabiar con unas pocas palabras. La diferencia era que antes él había sabido cómo hacerse perdonar…

—Como comprenderás no podemos dejar que se crea que…

La puerta se abrió y apareció Lizzie con dos platos.

—Los entrantes.

Kane miró a Rhiannon cuando Lizzie salió del salón y soltó una sonora carcajada a la que ella respondió con una mirada encolerizada.

—Vaya, me alegro de que al menos uno de nosotros encuentre todo esto divertido.

—Tú también lo considerarías divertido si pudieras ver la expresión de tu rostro.

—No me hace ninguna gracia.

—Venga, es muy gracioso. Y bastante romántico, ¿no crees?

Kane revolvió la comida con el tenedor.

—¿Qué crees que es esto?

Rhiannon rebuscó unos instantes y finalmente extrajo un huevo.

—Son huevos con mayonesa.

—¿Hay huevos ahí dentro?

—Sí, un huevo duro entero —aseguró ella sin poder evitar esbozar una sonrisa.

Él sonrió a su vez, pero Rhiannon parecía decidida a acabar con todo eso.

—En serio, no podemos permitirle que haga esto. Está haciendo de celestina entre tú y yo.

Kane asintió.

—Es normal.

—¿Qué quieres decir con eso?

Él se encogió de hombros y se concentró en su huevo duro.

—Es una niña bastante lista, los dos lo sabemos. Y ha tenido que darse cuenta de la buena pareja que hacemos.

—¿Cómo?

—Será mejor que te comas eso si no quieres herir sus sentimientos.

—¿Tú crees que sabe que nosotros…?

Kane enarcó las cejas mientras dijo con la boca medio llena:

—¿Que nos besamos? ¿Que casi nos besamos? ¿A qué momento te refieres exactamente?

Ella abrió la boca con la intención de decir algo cortante, pero no se le ocurrió nada, así que la volvió a cerrar.

—Come un poco.

Ella clavó un trozo de pepino en el tenedor y se lo llevó a la boca. Lo miró sarcásticamente mientras masticaba.

—Mac, no estropees una velada tan romántica. Es el día de San Valentín.

Lizzie volvió a aparecer.

—Vengo a recoger los platos —anunció mientras recogía los

entrantes y depositaba en la mesa dos platos más grandes—. He puesto mucha ensalada porque mamá dice que hay que comer sano.

Kane asintió.

—Lo estás haciendo fenomenal, Lizzie.

Lizzie correspondió al cumplido de su padre con una amplia sonrisa que hizo que Rhiannon se sintiera culpable.

—Es verdad, mi vida. Te estás esforzando muchísimo.

—Espero que no hayas puesto ensalada en el postre también.

Rhiannon no pudo evitar reírse ante el comentario, pero aún así le dio una patada por debajo de la mesa. No quería volver a reírse con él, prefería seguir enfadada; le resultaba más fácil.

—Es una broma, cariño, seguro que está buenísimo.

—Es helado.

—Me encanta el helado.

—A mí también —sonrió Lizzie guiñándole el ojo. Kane le devolvió el guiño y Rhiannon sacudió la cabeza para desterrar la idea de que a él le estaba pareciendo estupendo todo aquello.

—Tenéis que hablar el uno con el otro —les apremió Lizzie.

—Lo haremos.

Rhiannon consideró que aquello era suficiente, pero esperó a que la niña hubiera abandonado la habitación.

—Tenemos que decírselo.

—¿Decirle qué?

—Que no va a ocurrir lo que ella espera —masculló ella soltando el tenedor—. No es justo, Kane.

Él la observó con intensidad a través de la mesa.

—Puede que a la niña le agrade ver que nos llevamos bien, ¿no se te ha ocurrido pensarlo? Yo estoy de acuerdo con ella en eso. Y tú fuiste la que dijo que se alegraba de que pudiéramos ser amigos.

—Sí, es verdad, lo dije —masculló Rhiannon.

—Es importante que seamos amigos, ¿no crees?

Ella frunció los labios mientras jugueteaba con el tenedor.

—Por supuesto que lo es. Es importante por el bien de Lizzie.

Se produjo un largo silencio antes de que él replicara en voz baja:

—No todo tiene que ser por el bien de Lizzie.

El corazón dejó de latirle durante unos segundos.

—Es verdad, técnicamente también somos socios comerciales. Es importante que seamos capaces de trabajar juntos.

El asintió lentamente con la cabeza.

—La comunicación también es importante y tenemos que mejorar ese aspecto. Aunque si te soy sincero, siempre has tenido

unos ojos muy expresivos. Por eso soy capaz de adivinar lo que estás pensando tan a menudo como lo hago. Siempre me ha gustado eso; de hecho es una de las cosas que más me gusta de ti.

Rhiannon no podía creer que él estuviera siendo tan agradable, casi romántico. ¿No se daba cuenta del efecto que esto tenía en su pobre corazón? Sintió además un escalofrío recorriéndole la espalda al pensar que él era capaz de saber cómo se sentía sólo con mirarla a los ojos. ¿Se habría dado cuenta de los sentimientos que albergaba por él? Si ése era el caso, él jugaba con ventaja. Podía seguir presionándola con el asunto del matrimonio de conveniencia. Y ella sabía por experiencia lo que ocurría cuando sólo una persona dentro de una pareja amaba a la otra.

—Sí, todo eso es importante. Estoy de acuerdo contigo.

—Por fin estamos de acuerdo en algo.

—No te emociones. En este preciso momento no me gustas demasiado.

—Creo que eso no es del todo cierto.

Ella lo miró extrañada, mientras él continuaba en el mismo tono neutro.

—Creo que te gusto más de lo que estás dispuesta a reconocer. Y yo estoy contando con eso. Si no es cierto, entonces estoy a punto de hacer una solemne tontería.

Lizzie volvió a aparecer.

—He traído el helado. Por cierto, me había olvidado de la canción —declaró la niña dirigiéndose hacia el equipo de música.

Rhiannon trató de detenerla.

—No te preocupes, mi vida, no hace falta.

—Sí hace falta —replicó Lizzie que ya estaba eligiendo una canción—. Es música romántica, para que bailéis.

—Estoy muy cansada, Lizzie y no me apetece bailar.

—No tengo dos pies izquierdos.

Rhiannon lo miró, furiosa.

—No quiero bailar contigo.

—¿No es la música que querías, papá? —preguntó la niña volviéndose hacia Kane—. Me dijiste que era la tres.

«¿Me dijiste?».

—Sí, es ésa, no te preocupes. Y muchas gracias, has hecho un trabajo estupendo con la comida y la decoración.

—¿Tú has sido el responsable de todo esto?

—Por el día de San Valentín —intervino la niña—. Fue idea de papá, pero la cena la he preparado yo sola.

Rhiannon inclinó la cabeza hacia un lado y cerró los ojos. Se

sentía mareada de pronto. Cuando los abrió, Kane estaba sonriéndole con ternura.

¿Sería que sentía pena por ella?

—No me puedo creer que hayas hecho esto.

—Tu madre y yo tenemos que hablar. ¿Nos puedes dejar solos un ratito? —le pidió Kane a Lizzie.

—Claro.

Lizzie le dio un abrazo, le plantó un beso en la afeitada mejilla y se fue dando saltos hacia la puerta, dejando que Rhiannon se enfrentara sola al momento más humillante de su vida.

Ella se echó hacia atrás en la silla y se levantó.

—No me lo puedo creer. ¿Por qué lo has hecho?

—Piénsalo durante unos minutos y a lo mejor lo adivinas —y, extendiendo la mano hacia ella, añadió—: Baila conmigo.

—No quiero bailar contigo.

—Sí quieres. Podemos hablar y bailar al mismo tiempo. Además, yo quiero bailar contigo. Por favor.

Ella lo miró de hito en hito. Kane nunca pedía las cosas por favor. Aquello pareció bastar para convencerla. Como un autómata extendió la mano hacia él y observó cómo él entrelazaba los dedos con los suyos.

—¿Por qué lo haces?

—Ya sabes el porqué.

—Ya te he dicho que no me voy a casar contigo.

—Ni en un millón de años —asintió él con un brillo en los ojos mientras comenzaba a moverse con delicadeza—. Sí, lo recuerdo.

—Entonces, ¿por qué insistes? Ya te dije que necesito algo más que…

Él se inclinó hacia ella y le dio un beso tierno y apasionado al mismo tiempo.

—Algo más que esto. ¿De verdad crees que esto es lo único que hay entre nosotros?

—¿Es que hay algo más? —parpadeó ella.

—Estoy dispuesto a demostrarte que hay mucho más. Y si no logro convencerte esta vez, volveré a intentarlo las veces que haga falta.

Rhiannon notó que el corazón se le hinchaba de esperanza.

—Es lo que trataba de decirte ayer, pero cometí la tontería de decir que éramos amigos. Tú y yo nunca hemos sido simplemente amigos.

Ella sonrió.

—La primera vez que me dejaste me rompiste el corazón. Me

negué a creer lo mucho que me importabas, así que decidí odiarte. Ahora soy una adulta y sé exactamente lo que siento. Si volviéramos a ser pareja y me dejaras otra vez, no podría resistirlo. Ayer, cuando me propusiste ese estúpido matrimonio…

Kane la estrechó firmemente entre sus brazos.

—Me salió mal; la verdad es que no tenía claro cómo decirte lo que quería decirte.

—¿Y ya te has aclarado?

—Sí, completamente. Sé lo que quiero —le aseguró él inclinándose para besarla de nuevo—. Y anoche fue la primera vez que pensé que quizás tú sentías algo por mí. Así que le pedí a Lizzie que me ayudara a intentarlo de nuevo.

La música se había tornado de pronto más animada, pero Kane la ignoró y siguió moviéndose despacio y en círculos. Esbozó una amplia y confiada sonrisa.

—Por cierto, ¿me echaste de menos tanto como yo a ti cuando estuve fuera, a pesar de lo mucho que nos peleamos cuando estamos juntos?

—Terriblemente. Y sí, discutimos mucho, porque los dos somos muy cabezotas. Lo que echaba de menos esta vez eran las reconciliaciones.

Él se detuvo y sostuvo el rostro de Rhiannon entre sus manos mientras la miraba fijamente.

—Quiero que nos reconciliemos.

Rhiannon apoyó las palmas de las manos a la altura del corazón y sintió cómo éste latía acelerado.

—Te quiero, Kane.

Él suspiró aliviado.

—Y yo también te quiero, Mac —le susurró al oído con voz ronca.

—Una vez dicho eso no lo puedes retirar. No voy a permitir que te vayas nunca. Así que no estás del todo seguro, tómate tu tiempo.

—No necesito tiempo. Pero sí tenemos que hablar de la cuestión del «millón de años», porque tengo un anillo en el bolsillo que no voy a poder darte el próximo día de San Valentín si no rebajas el millón de años a un plazo más razonable.

Rhiannon se quedó boquiabierta, y pensó fugazmente que probablemente él la sorprendería con algo todos los días de su vida.

—¿Has comprado un anillo?

—Sí, hace poco, cuando me di cuenta de mis verdaderos sentimientos. No lo planeé; simplemente lo vi y tuve el impulso de comprarlo. Así que, ¿qué es lo que tengo que hacer para que

cambies de opinión respecto a lo del millón de años?

Los ojos de Rhiannon brillaron de emoción.

—Eso… puede que no lo dijera en serio. ¿Puedo verlo?

Él meneó la cabeza mirando la palma que ella agitaba ante él.

—Si te lo enseño, tendré que pedirte en matrimonio…

—Quiero verlo.

Los ojos azules de Kane resplandecieron.

—¿Quiere eso decir que si te lo pido aceptarás?

—¿Por qué no lo haces y vemos qué ocurre?

—Una vez te ponga el anillo en el dedo, ahí se queda.

—Lo sé.

Con una risa alegre que iluminó su rostro, él se metió la mano en el bolsillo y extrajo un anillo que sostuvo delante de sus ojos. Rhiannon lo miró durante unos instantes, maravillada. La piedra que Kane había elegido tenía el mismo color que sus ojos.

—Es precioso —musitó—. Pídemelo.

Él giró el anillo de un lado a otro varias veces. La luz se reflejó en la piedra dándole un aspecto casi hipnótico. Finalmente habló, con una voz grave y llena de emoción.

—Cásate conmigo. Seamos oficialmente una familia. Te quiero; siempre lo he hecho. Y la vida es demasiado corta para perder el tiempo. Lo sé mejor que nadie.

Ella se quedó sonriendo como una tonta mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Deseaba pasar el resto de su vida con aquel hombre.

—Te amo. Mi respuesta es sí, un millón de veces sí.

Kane se inclinó hacia ella y la besó largamente. Cuando se separaron, Rhiannon musitó con un suspiro:

—¿Te das cuenta de que te va a resultar muy difícil superar este día de San Valentín?

Él tomó su mano y le colocó el anillo en el dedo.

—Verás cómo soy capaz de algo más que una tarjeta y una caja de bombones cada dos años. Si no, espera y verás.

Rhiannon lo abrazó con fuerza, pensando que en algún momento tendrían que ir a buscar a Lizzie para decirle que su cena romántica había cosechado los resultados esperados. De pronto, se oyó una voz proveniente del pasillo.

—¿Os estáis besando ya?

Con la boca cerniéndose sobre los labios de Rhiannon, Kane alzó la vista y exclamó:

—¡Sí! Así que ya puedes ir desapareciendo…

Desde el otro lado de la puerta se oyeron unos gritos de alegría,

que fueron atenuándose a medida que Lizzie desaparecía por el pasillo.

Kane y Rhiannon rieron al unísono antes de que sus bocas volvieran a juntarse.

—Y lo vamos a hacer durante mucho, mucho tiempo. Tenemos que recuperar el tiempo perdido. ¡Feliz día de San Valentín!